

Quintín Balderrama López, sj

Rector

Juan José Esquivias López, sj

Vicerrector Educativo

Felipe Espinosa Torres, sj

Vicerrector Académico

Ma. Cristina Solórzano Garibay

Directora y editora

Mariana Ramírez Estrada

Secretaria técnica y correctora de estilo

Jaime Muñoz Vargas

Asesor

Comité Editorial

Ricardo Coronado Velasco

Guillermo Garibay Franco

Brenda Azucena Muñoz

Jaime Muñoz Vargas

Margarita Torres Rodríguez

Jacob Atiyeh Yunes Rdz.

Diseño Gráfico

Vínetas: Erasmo Bernadac Graciano

Acequias No. 29 otoño (septiembre) 2004, revista trimestral publicada y distribuida por el Centro de Difusión Editorial, dependiente de la Vicerrectoría Educativa de la Universidad Iberoamericana Torreón. Su distribución es gratuita para los alumnos, empleados y profesores del plantel.

Toda colaboración o correspondencia deberá dirigirse al Centro de Difusión Editorial, Universidad Iberoamericana Torreón, Calzada Iberoamericana 2255, 27010 Torreón, Coah. Teléfono (871) 705 10 10 ext. 11 35 o en la dirección electrónica acequias@laguia.mx

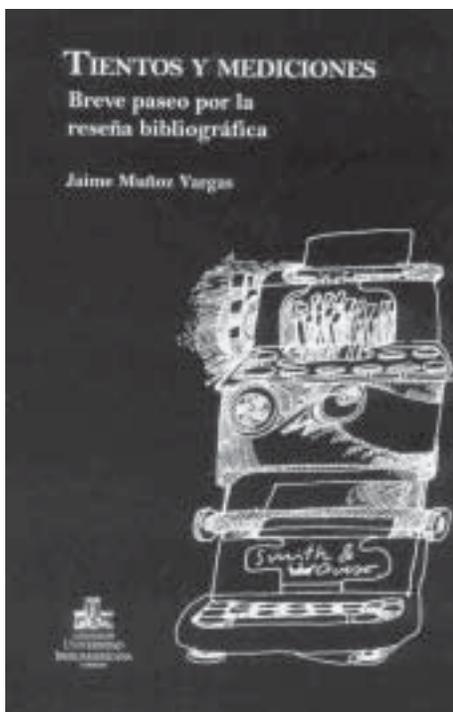
Tiraje 1500 ejemplares. Impreso en Gráfica Impreza, SA de CV, Río Yaqui 1283, Col. Las Magdalenas, 27010 Torreón, Coah.

Número de reserva al Título en Derechos de Autor: 04-1999-020116360000-102. Número de Certificado de Licitud de Título: 10825 y Número de Certificado de Licitud de Contenido: 8708 otorgados por la Secretaría de Gobernación.

Las opiniones vertidas en los artículos de esta revista no representan en ningún modo la postura institucional de la Universidad. Son juicios de la estricta responsabilidad de los autores.

Contenido

- 2—Espíritus nobles: cambiando de clima el corazón.
La transformación docente necesaria para construir una auténtica tutoría desde una nueva cultura docente
MARTÍN LÓPEZ CALVA
- 10—La aprehensión del pasado: un reto epistemológico para maestros y alumnos
SERGIO ANTONIO CORONA PÁEZ
- 14—Lo absoluto en la experiencia moral y la educación
LUIS A. AGUILAR SAHÚN
- 20—Del egresado y su futuro profesional
JUAN MANUEL TORRES VEGA
- 22—Transición democrática y comunicación política
SANTIAGO RODRÍGUEZ SOLÓRZANO
- 26—Por qué es el cristianismo
JOSÉ MARÍA MARDONES
- 28—Una mirada a la función social del internet
BLANCA CHONG LÓPEZ
- 30—Hacia el VI Foro de derechos humanos
JOSÉ EDGAR SALINAS
- 32—Estaciones de soledad
EDGAR LONDON
- 35—Tristezas de la erótica
MARIO ANTONIO ROSA
- 36—El aroma del viento
DANIEL ZETINA
- 38—Qué Sherlock Holmes me explique el dolor
JESÚS GERARDO SEGURA MEDINA
- 40—Tras una poética *sapiensblataria* en “Trópico de cucarachas”
JESÚS ANTONIO RODRÍGUEZ
- 45—Aparecía en sueños
FEDERICO CORRAL VALLEJO
- 46—Escritores argentinos en el México actual: un breve panorama
JAIME MUÑOZ VARGAS
- 50—*Tengo miedo torero*, Pedro Lemebel sale al ruedo
JUAN PABLO NEYRET
- 54—Ocho microrelatos
DAVID LAGMANOVICH
- 56—Sólo quedaban los pájaros
FERNANDO MARTÍNEZ SÁNCHEZ
- 58—Dominio selvático
ADÁN ECHEVERRÍA
- 59—Bajo la arena
BRENDA AZUCENA MUÑOZ
- 62—*Kill Bill*: vuelve la tarantinomanía (II)
MIGUEL BÁEZ DURÁN



VENTANA A *TIENTOS Y MEDICIONES*

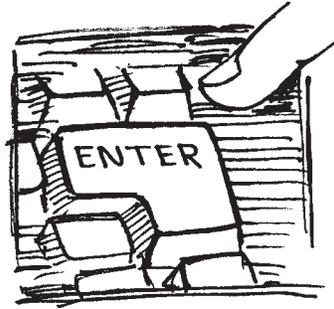
Sin hipérbolo, más bien con una cierta medida basada en la certeza de estar presentando un libro que se asume sinceramente perfectible, la cuarta de forros de *Tientos y mediciones. Breve paseo por la reseña bibliográfica* observa que "La promoción de la lectura en México se ha encaminado generalmente a la publicación de más títulos, al mejoramiento de la distribución, a la creación de bibliotecas y a la formación de círculos de lectores. Poco se ha reflexionado sobre la necesidad de ampliar esos horizontes por medio de la difusión de opiniones sobre el libro, por medio de la escritura sobre la escritura. Sin la pretensión de agotar el tema, en *Tientos y mediciones* Jaime Muñoz Vargas plantea la importancia que como dinamo de la lectura puede llegar a tener, sobre todo entre los jóvenes, la reseña bibliográfica. Leer para escribir, escribir para leer, ese es el sencillo circuito en el que pone énfasis esta obra pensada para fomentar una amistad más estrecha y duradera entre el libro y el lector".

Publicado con los sellos del Instituto Coahuilense de Cultura Laguna y de la Universidad Iberoamericana Torreón, *Tientos y mediciones* es entonces un libro que tiene como destinatarios idóneos a los jóvenes, sobre todo a aquellos universitarios que, sin aspirar a la crítica sesuda y profesional, deseen establecer un trato más serio con los libros que, por obligación o por gusto, consumen con el objetivo de articular algún reporte de lectura.

Su autor, Jaime Muñoz Vargas (Gómez Palacio, Durango, 1964) es escritor, maestro, periodista y editor. Radica en Torreón, trabaja para el Archivo Histórico *Juan Agustín de Espinoza, sj*, de la UIA Torreón, además de coordinar el Taller literario en esa misma Institución. En el Instituto Coahuilense de Cultura Laguna está encargado del Taller de periodismo cultural y literatura. Licenciado en Ciencias de la Información, tiene estudios de maestría en Historia, y, entre otros, ha publicado *El principio del terror* y *Juegos de amor y malquerencia* (novela), *Pálpito de la sierra tarahumara* (poesía), *El augurio de la lumbre* (cuento) y *Miscelánea de productos textuales* (periodismo cultural). Ha ganado el Premio Nacional de Narrativa Joven (1989), el Premio Nacional de Novela Jorge Ibarguengoitia (2001) y fue finalista en el Concurso Nacional de Novela Joaquín Mortiz 1998. Reseñas y artículos suyos han aparecido en revistas y periódicos como *Ensayo*, *Azar*, *Estepa del Nazas*, *Tierra adentro*, *Frontera*, *Acequias*, *El Diario de Chihuahua*, *Arteletra*, *Hoja por hoja*, el suplemento *Ojarasca* de *La Jornada*, *La Opinión Milenio*, el suplemento *El Ángel de Reforma*, *Espéculo* (revista virtual de la Universidad Complutense de Madrid) y *Noticias & Protagonistas* (semanario de Mar del Plata, Argentina). Es, junto con el crítico argentino David Lagmanovich, editor de la colección Cuadernos de Norte y Sur Torreón-Tucumán.



Editorial



La UIA Torreón será sede en este otoño de 2004 del VI Foro de derechos humanos. Dado que *Acequias* ha puesto consistente hincapié en la publicación de textos que desde diferentes ópticas inciden sobre el asunto, de antemano podemos saludar como fructífera la realización de un encuentro donde se debatirán temas estrechamente vinculados a la necesidad de dialogar sobre la justicia y su limpia impartición.

Foros de tal naturaleza permiten observar, sobre todo, avances y retrocesos, logros y perspectivas. El debate en este caso es importante, ya que obliga a replantear políticas y a redimensionar la acción de las instancias abocadas a vigilar el respeto de los derechos humanos. En la turbulenta y barroca realidad que vivimos, realidad atravesada como nunca por la inequidad económica que se ve reflejada en otras muchas inequidades, la falta de apego a la legalidad y el endeble respeto a los derechos elementales de cualquier hombre se ha convertido en un tópico de importancia mundial.

Por ello, dialogar en torno al derecho a la vivienda, a la alimentación, a la educación, al trabajo y a la procuración de justicia dignos resulta de sumo interés para nuestra vida universitaria, singularmente porque se contará con especialistas de la más alta calificación en la materia.

No quiere decir por ello que celebremos sólo la comunicación y el debate de ideas y propuestas. Quedarse en la retórica, por acabada que sea, no es suficiente ante una realidad que urge transformar, de allí que la Ibero crea en estos foros como puntos de partida para, desde allí, apurar el impacto de las palabras en los hechos tangibles.

Que el VI Foro de derechos humanos llegue a felices resultados. No puede ser otro el deseo de *Acequias* y de toda nuestra comunidad universitaria.

JAIME MUÑOZ VARGAS

Espíritus nobles: *cambiando de clima el corazón*

La transformación docente necesaria para construir una auténtica tutoría desde una nueva cultura docente

Martín López Calva

MARTÍN LÓPEZ CALVA

Doctor en Educación. Becario del Instituto Lonergan de Boston College en el año académico 1997–1998. Académico numerario y director general de Servicios Educativos Universitarios de la Universidad Iberoamericana Puebla. Ganador del segundo lugar en el certamen Agustín de Espinoza 1999.

INTRODUCCIÓN

ENCUESTA MUNDIAL: EL PESO DE LA CULTURA

La ONU acaba de finalizar la encuesta más grande de la historia. La pregunta fue: Por favor, diga honestamente, qué opina de la escasez de alimentos en el resto del mundo. Los resultados no han podido ser más desalentadores, la encuesta fue un total fracaso: Los europeos no entendieron que significaba “escasez”. Los africanos, en general, no sabían qué eran “alimentos”. Los argentinos no entendieron qué quería decir “por favor”. Los gringos preguntaban qué significaba “el resto del mundo”. Los cubanos, extrañados, pedían que les explicaran qué era “opinión”. En el congreso de México aún no saben qué significa la palabra “honestamente”.

Independientemente de lo exagerado que pueda parecer este chiste que alguien inventó y puso a circular en la red, lo que está de fondo en su concepción es que en cada país o región del mundo hay un modo concreto de vivir en el que ciertos significados se desconocen porque están ausentes de la vida cotidiana de ese lugar o porque se ha dejado de lado lo que se considera valioso para la organización social. Este modo de vivir de una sociedad determinada que se refleja en un mensaje en el que se toman los estereotipos de distintas sociedades y se llevan al extremo de

la caricatura, está sin duda definido por la cultura que se vive en esa sociedad.

La cultura es como el filtro que tiene una sociedad para percibir, procesar y responder a la realidad que vive. La cultura determina lo que se incluye en el mundo particular de cada comunidad y lo que está excluido, lo que no existe para las personas que conforman ese grupo humano concreto. Lo que no está dentro de la cultura es lo que no se percibe, no se comprende y no se valora en esa sociedad.

Toda cultura tiene en su base una serie de valores y significados que sirven como criterios de selección de los datos, las experiencias, los conceptos y realidades con los cuales se vive.

1. LA TUTORÍA: UNA NOCIÓN

Como parte de los procesos de reforma y renovación de la educación en el país, específicamente de la educación superior, se ha definido e introducido en el campo curricular y de los procesos docentes el término “tutoría”. Este concepto, sin duda novedoso y sugerente, ha empezado a formar parte de los modelos educativos de cada vez más instituciones de educación superior, públicas o privadas, a lo largo y ancho del territorio nacional.

El concepto de *tutoría* remite a un proceso educativo en el que se cambian muchos de los significados y valores que sostienen a la educación que tradicionalmente se ha impartido en nuestras universidades, empezando por ser totalmente contradictorio con el término “cátedra” o “catedrático” que ha sido parte de la tradición educativa a nivel superior en el país desde hace siglos. El tutor es por definición lo opuesto al catedrático, en el sentido en que éste es el centro del proceso educativo, es el que sabe, el que enseña y el que manda en una relación de enseñanza–aprendizaje centrada sobre todo en la transmisión de información y situada mayormente en el ámbito del aula. El tutor, por el contrario, es el que acompaña un proceso en el que el educando es el sujeto activo y responsable de su propio proceso de construcción de aprendizaje, un proceso que sucede con el acompañamiento pero no con la dirección absoluta del profesor y que se da en ámbitos plurales y diversos cada vez menos centrados en el aula.

En este contexto general: ¿qué se puede entender por tutoría? En síntesis, podemos definir la tutoría como una intervención educativa centrada en el acompañamiento cercano, sistemático y permanente del educando por parte del educador que se convierte en un facilitador y asesor de su proceso de construcción de aprendizajes tanto cognitivos como afectivos, sociales, culturales y existenciales.

En este sentido, la tutoría implica una verdadera transformación del modo de entender y vivir el proceso educativo, implica el paso de un modelo educativo centrado en la enseñanza a uno centrado en el aprendizaje; de un modelo centrado en el profesor, a uno centrado en el educando; de un modelo centrado en lo cognitivo a uno con visión integral.

Asumir la tutoría como componente importante del proceso educativo implica del educador:

·Una visión, vocación y pedagogía del acompañamiento personal, que tiene implícitos muchos retos que los docentes actuales no necesariamente están capacitados ni llamados a cumplir.

·Una destreza metodológica en este acompañamiento, que se tiene que ir adquiriendo en la práctica reflexionada, porque aunque hay sin duda algunos escritos y desarrollos teóricos al respecto, el método de acompañamiento concreto tiene que irse construyendo en la vivencia cotidiana con los educandos o tutorados.

·Una visión y capacidad para facilitar y asesorar los procesos de construcción del aprendizaje que de algún modo están siendo ya subrayados en los enfoques pedagógicos actuales, y en los materiales y espacios de formación docente que se ofrecen ahora, pero que tienen sin duda que ser apropiados en la *praxis* de los docentes más allá del aprendizaje de métodos, técnicas o conceptos.

·Una visión integral del proceso educativo y del educando (el proceso es personal, social, intelectual, afectivo, existencial...), que implica una auténtica conversión del docente que no ha vivido en una cultura que le permita tener y desarrollar esta concepción más integral del proceso educativo.

·Un compromiso de persona a persona con el educando y su desarrollo, que tiene sin duda sus retos y problemas, dado que el proceso educativo tradicional no está sustentado en un compromiso personal con los estudiantes, sino más bien, en un dominio erudito del contenido y cuando más, de los métodos de enseñanza.

1. UNA NOCIÓN DE CULTURA

Cultura es un conjunto complejo de significaciones y valoraciones que determinan un modo concreto de vida.

BERNARD LONERGAN

Este trabajo parte de la noción de cultura propuesta por Lonergan (1988), en la que

se relacionan básicamente tres elementos: significados, valores y modos concretos de vida.

La cultura es el conjunto de significados y valores, o de procesos de significación y valoración que determinan el modo concreto de vivir de una comunidad o grupo social determinado. Cada sociedad, comunidad y grupo humano va entonces definiendo su vida a partir de este conjunto de valores aceptados, heredados de sus antepasados o propuestos por los grupos de poder o influencia, son estos significados los que le dan una manera particular de percibir y procesar la realidad en la que vive.

Esto quiere decir que los valores y los significados son elementos dinámicos que van incidiendo en el modo en que se va viviendo y que son perpetuados, reforzados o modificados también por los modos concretos de vida de cierta comunidad humana. Hay una relación dinámica entre modos de vivir y significados y valores que hace que lo que se cree y valora determine las prácticas de vida y que éstas incidan en la preservación o transformación de aquello en que se cree o se valora.

En cuanto a los significados que forman parte de toda cultura, Lonergan apunta que existen vehículos de significación que los expresan u objetivan: intersubjetividad, lenguajes, símbolos, arte y significado personificado.

La significación se objetiva y transmite por medio del clima intersubjetivo humano, los lenguajes que se construyen y comparten, los símbolos, el arte y las personas que encarnan los significados de manera existencial.

En el caso de la cultura docente, cabría preguntarse y analizar cómo es la intersubjetividad que se establece espontáneamente entre los sujetos de la educación, cuáles son los lenguajes que privan en el medio educativo, los discursos que se legitiman y aquellos que son rechazados, cuáles son los símbolos que siguen vigentes en la escuela o la universidad (aquellos objetos o

rituales que evocan sentimientos en los protagonistas de la educación y qué sentimientos evocan), cuál es el arte que se acepta, se vive, se enseña y se aprende en las instituciones educativas y, finalmente, de qué manera encarnan los significados (y qué significados encarnan) los educadores en la vida cotidiana de la escuela y la universidad a través de su propio testimonio.

En cuanto a los valores o valoraciones, podemos distinguir dos ámbitos diferentes en toda cultura: la dimensión más estática o conceptual de los valores y la dimensión dinámica y existencial de la búsqueda concreta de valor en cada situación. En este sentido, en toda cultura podemos diferenciar ciertos valores declarados, conceptos sobre lo que es bueno o lo que vale la pena, que guían o se supone que deben guiar las decisiones y acciones. Por otro lado, se puede identificar y analizar cómo son los procesos de búsqueda de valor en esa cultura, es decir, qué tipo de preguntas valorales se plantean y con qué criterios se responden al momento de tomar decisiones y orientar las acciones.

En la cultura educativa concretamente hablando, habría que ir analizando y preguntándose por esos valores declarados, esos conceptos de lo bueno que guían la vida universitaria o escolar y por ese valor real, como respuesta y criterio de decisión y acción, que van haciendo el día a día de la vida de todas las instituciones educativas concretas. Este conjunto de conceptos y de búsquedas de valor serán los que determinen el modo concreto de vivir la educación por parte de sus protagonistas, tanto de los que ponen las reglas y toman las decisiones a distintos niveles, como de los que tienen que acatarlas y son objeto de dichas decisiones.

Estos significados y valores se van encarnando y manifestando en comportamientos individuales, en acciones específicas, pero sobre todo, dan coherencia al conjunto de acciones que se llevan a cabo

cuando se pretende educar. Todos los comportamientos individuales y colectivos concretos de la vida universitaria o escolar están determinados por ese conjunto de valores y significados, por esa cultura educativa docente y concreta.

Si vemos la práctica docente, según la define Bazdresch (2000), como un “conjunto o serie de acciones particulares coherentemente estructuradas desde un sentido o finalidad bien definida”, podemos afirmar entonces que toda práctica docente se estructura y adquiere coherencia a partir de la cultura docente dominante, es decir, que lo que da estructura al conjunto de acciones de esa práctica y lo que incluso define la finalidad que esta práctica persigue, es el conjunto de significados y valores que están en el fondo de la cultura docente aceptada.

3. LA TUTORÍA: UNA NUEVA CULTURA DOCENTE

Si asumimos la tutoría como una práctica educativa novedosa, definida y estructurada desde un nuevo enfoque de lo educativo, es decir, desde un conjunto distinto y renovado de significados y valoraciones sobre lo que representa el proceso o la intervención educativa y las finalidades que debe perseguir, podemos inferir entonces que para que esta práctica nueva y transformadora de la educación pueda realizarse auténticamente, tiene que construirse una nueva cultura docente que la sustente: para que se generen nuevas prácticas tiene que haber una nueva cultura. Es por tanto incorrecto pensar que bastará con una capacitación sobre métodos o técnicas que digan cómo se van a realizar las prácticas que se llevarán a cabo en la cristalización de los objetivos educacionales que se persiguen con la creación e institucionalización de las tutorías en el ámbito de la educación. El trabajo primordial que hay que iniciar es el de la construcción de una nueva cultura docente que vaya poco a poco, desde lo profundo de los significa-

dos y valoraciones de los docentes, construyendo las nuevas prácticas deseables para una educación que esté “a la altura de nuestros tiempos”, como decía Ortega y Gasset (en Lonergan, 1999).

Para lograr tal objetivo, en este trabajo se propone la búsqueda de una transformación docente que será la condición necesaria para la emergencia de esta nueva cultura.

4. LA TRANSFORMACIÓN DOCENTE COMO CONDICIÓN PARA UNA NUEVA CULTURA DOCENTE

*Déjame por un instante,
cambiar de clima el corazón*
CARLOS PELLICER

Cambiar de clima el corazón, esta es la expresión metafórica que expresa lo que se quiere decir con el término transformación docente. La transformación docente implica un cambio intelectual, pero también y simultáneamente, un cambio afectivo en los docentes particulares y en las instituciones educativas en cuanto docentes. Esta transformación puede ser entendida como “el cambio profundo y radical de la orientación de los procesos por los cuales el docente entiende su misión y se compromete con ella”. Dicha definición implica entonces, una apertura intelectual y moral.

La apertura intelectual consiste en el cambio radical en los procesos de comprensión del profesor respecto a su misión y tarea. Esta apertura implica salir del conceptualismo que atrapa muchas veces la tarea educativa y domina nuestra cultura docente, dejar atrás la repetición mecánica y acrítica de conceptos sobre los cuales el docente sustenta la comprensión de su labor, para abrirse, desde el dinamismo de su “deseo de conocer”, a la búsqueda permanente de inteligencia y reflexión crítica sobre lo que es educar y cómo se educa en cada realidad concreta.

La apertura moral tiene que ver con el cambio radical en los procesos de valoración y vivencia del profesor respecto a su

propia misión. Esto quiere decir, dejar atrás la repetición y aplicación dogmática de ciertos valores preestablecidos que dominan su quehacer para abrirse a la búsqueda continua y auténtica de valor en cada situación concreta, a partir de la guía de su propio “deseo de elegir bien”.

5. LAS DIALÉCTICAS DEL PROFESOR Y LOS CAMPOS DE EXIGENCIAS PARA SU TRANSFORMACIÓN

Este proceso de transformación debe hacerse partiendo de los procesos de contradicción que vive el docente en su cotidianidad. Estas contradicciones o dialécticas se manifiestan en tensiones permanentes de las que el profesor no es tan conciente, pero que influyen en su práctica de manera determinante.

En este trabajo se proponen cuatro dialécticas generales que vive todo docente y a partir de ellas, cuatro campos de exigencias para la transformación del profesor. Un estudio más detallado de estas dialécticas y campos de transformación se encuentra en el libro *Mi rival es mi propio corazón... Educación personalizante y transformación docente: Hacia una visión integral del proceso educativo* (2001).

Las cuatro grandes dialécticas del docente son:

Personal, la tensión que se establece entre la búsqueda auténtica de desarrollo del profesor como persona y sus propios prejuicios y aberraciones que le impiden este desarrollo y le orientan desde intereses pragmáticos o egoístas.

De las culturas docentes, la tensión que se establece entre los valores y significados auténticamente promotores de educación que están presentes en la cultura docente en que se vive y las distorsiones o aberraciones que esta misma cultura contiene, fruto de intereses políticos o de poder.

Social, la tensión que se establece entre las demandas educativas auténticas de la sociedad hacia las instituciones educativas y hacia los docentes, y aquellas demandas

que son producto de los intereses económicos o políticos de grupos de poder interesados en la conservación de su estatus por encima del desarrollo de una sociedad más humana.

Histórica, la tensión generada a partir de los significados y valores auténticamente humanos que se han venido introduciendo en el rol del docente a lo largo de su desarrollo histórico, y aquellos valores y significados que son producto de los procesos de distorsión o aberración cultural vividos en la docencia en todos los siglos que comprenden su historia.

De estas dialécticas generales se desprende que todo proceso de transformación docente debe contemplar las siguientes dimensiones:

·Partir del docente como persona concreta y de sus necesidades de formación y desarrollo humano, buscando procesos de reflexión y autorreflexión que le permitan ir depurando su práctica docente y desarrollando sus potencialidades humanas simultáneamente, así como descubrir sus propios bloqueos y desviaciones para irlos trabajando y eventualmente superando.

·Promover el continuo análisis y resignificación de las culturas docentes que prevalecen, para descubrir los elementos auténticos y los inauténticos, y trabajar en procesos de cambio en los significados y valores que orientan los modos de vivir la docencia en cada institución, sistema educativo y tiempo concretos.

Facilitar procesos por los cuales el docente vaya creciendo en conciencia histórica de su propia labor y analizando críticamente la historia de la docencia encarada en él mismo como sujeto que ha heredado esa tradición, para discernir lo auténtico de lo inauténtico y trabajar por recuperar la visión de la trascendencia histórica de la tarea docente.

En este proceso de transformación es necesario tomar en cuenta tanto el elemento de la herencia en la educación como el papel que debe jugar el descubri-

miento en el proceso educativo. La idea del docente como mediador y comunicador de la herencia cultural del educando, pero al mismo tiempo, como facilitador de procesos de descubrimiento e innovación de esta misma cultura, es central en un proceso educativo acorde a los tiempos y a la complejidad de los mismos. Una herencia que debe ser valorada, reflexionada críticamente, comprendida con inteligencia y estudiada con atención para enriquecer la experiencia del educando y no quedar solamente como información acumulada entre el polvo de los siglos. Un proceso de descubrimiento que parta de esta herencia y que procure transformarla, enriquecerla, depurarla de sus limitaciones y elementos de injusticia y deshumanización, es otra dimensión imprescindible en un proceso educativo moderno.

Como los tiempos más revolucionarios, nuestros tiempos están atrapados en contradicciones

JEROME BRUNER

Como afirma Bruner en *The culture of education* (1997), nuestros tiempos y nuestra educación están atrapados por las contradicciones, que son serias y profundas y de las que hay que partir, más que ignorándolas, asumiéndolas y trabajándolas para enriquecer la visión de un sistema educativo complejo, acorde al cambio de época que se vive.

Los fines educativos son complejos, dice el mismo Bruner, y deben partir de estas contradicciones que él llama *antinomias*. Sustentado en la afirmación de Bohr, la cual dice que en relación a pequeñas verdades existen afirmaciones contrarias que son falsas, pero que en relación a las grandes verdades, existen afirmaciones opuestas que suelen ser también verdaderas, este autor plantea las antinomias en educación precisamente como pares de afirmaciones que, a pesar de ser contradictorias entre sí, suelen ser verdaderas. Constatando con estas antinomias hay que ir

construyendo los procesos educativos.

Esta concepción de Bruner puede fundamentar lo dicho anteriormente acerca de que una nueva cultura docente debe surgir de conocer y asumir las contradicciones o dialécticas que vive el docente y agrega además otros elementos a tomar en cuenta en este proceso de cambio educativo que vivimos.

Bruner señala tres antinomias básicas, propias del sistema educativo:

- Realización personal–preservación de la cultura
- Centrada en el talento–centrada en las herramientas
- Particularismo–universalismo (¿Preservación de la cultura–crítica y transformación de la cultura?)

La idea de que el sistema educativo debe buscar tanto la realización personal de los educandos como la preservación de la cultura global, la idea de que la educación debe concebir el aprendizaje tanto como producto del talento personal como a través de herramientas y procesos de carácter sociocultural y la idea de que la educación debe realizarse formando en la cultura particular del educando, pero al mismo tiempo en la cultura universal de la humanidad.

Estas son las tres antinomias básicas, a las que se podría quizá agregar la de que la educación debe preservar o reproducir la cultura, pero debe también criticarla, cuestionarla y transformarla.

Finalmente, reforzando lo dicho en relación a la necesidad de una transformación de la cultura docente, Bruner plantea como un reto educativo fundamental de toda reforma la transformación “de la escuela como cultura de aprendizaje, pero también la transformación del profesor dentro de esa cultura y dentro de la cultura global amplia”. De este modo, el profesor debe comprender y transformar su cultura docente, pero también comprender y transformar la cultura global en la que se inserta esta cultura docente.

6. ALGUNOS ELEMENTOS CONCRETOS PARA UNA TUTORÍA AUTÉNTICA DESDE UNA NUEVA CULTURA DOCENTE

A manera de conclusión, se señalan ahora tres elementos concretos para ir construyendo una tutoría auténticamente educativa desde la construcción de una nueva cultura docente.

En primer lugar, es necesario plantear que para la construcción de tutorías auténticamente educativas se necesita facilitar mediante los procesos de transformación docente, que los profesores vayan construyendo o reconstruyendo su vocación como docentes.

Hansen (1995) señala que la vocación para una actividad o profesión consiste en que el sujeto que la realiza encuentra en esa actividad o vocación elementos para su propia realización personal y elementos de aporte a la sociedad en la que vive.

Desde este punto de vista, es necesario, por el nivel de compromiso interpersonal y de acompañamiento al proceso integral del educando, que los tutores vayan encontrando o reencontrando su vocación educadora en la tutoría, es decir, que encuentren elementos para su propia realización personal y que sean conscientes del aporte social que implica una buena tutoría a nivel universitario o incluso en los niveles previos de educación.

En segundo lugar, parece relevante decir que hay una labor básica que debe hacer un tutor: educar en la disciplina. La vida es difícil, según apunta Peck (1994), y una labor central de todo educador o acompañante debe ser facilitar o desarrollar las habilidades para enfrentar estas dificultades de la vida con posibilidades de crecimiento y capacidad de resolver problemas.

La educación en la disciplina contempla cuatro habilidades o capacidades básicas: Postergar la satisfacción, asumir responsabilidades, dedicarse a la realidad (verdad) y ser capaces de equilibrio.

Educar en la disciplina implica educar para posponer la satisfacción: hacer que

los educandos vayan aprendiendo a resolver y enfrentar los elementos menos agradables o aún desagradables de las situaciones, para dejar al final lo más agradable o satisfactorio. Este es un elemento central que posibilita hacerle frente a la vida y concluir con las tareas o retos a realizar. Cuando se hace primero lo agradable y se pospone lo desagradable, generalmente las cosas se dejan sin concluir o cerrar.

Educar para asumir responsabilidades es otro elemento de la educación en la disciplina. Quiere decir educar para asumir las consecuencias de los propios actos, pero también es educar para pensar, analizar y proyectar previamente lo que pasará si se toma una u otra decisión, con el fin de valorar lo que cada decisión podría traer como consecuencia.

La dedicación a la realidad o a lo que se va descubriendo o construyendo como verdadero, es el tercer elemento que compone la educación en la disciplina. Esta dedicación a la realidad es una tarea imprescindible en una realidad en la que hay cada vez más elementos que nos hacen vivir en mundos imaginarios o de fantasía que provocan evasiones. Educar en y para la realidad es una tarea básica de un buen tutor.

Finalmente, educar para ser capaces de equilibrio en medio de todas las tensiones de la vida. La vida es problemática, lo cual puede hacer que fácilmente se pierda el equilibrio. La labor de una tutoría es educar en este equilibrio que implica flexibilidad y juicio, o como dice Peck, “una disciplina disciplinada”.

En tercer lugar, la tutoría implica una búsqueda permanente de autenticidad humana. Un buen tutor no será alguien que se acerque a lo definido en un perfil ideal, sino aquel docente que sea cada vez más él mismo o ella misma, es decir, que sea cada vez más congruente con las exigencias de su propia conciencia intencional humana. Una exploración mucho más amplia y rigurosa del término autenticidad se encuentra en *Mi rival es mi propio*

corazón..., obra del autor de este texto citada anteriormente, sin embargo, de manera sintética, diremos aquí que un tutor auténtico es un docente que trata de ser progresivamente más atento a sus experiencias, más inteligente para procesarlas, más crítico y reflexivo para acercarse a la realidad de las cosas o vivir en esa dedicación a la realidad, y más responsablemente libre para adecuar sus decisiones y acciones a lo que va descubriendo como valioso, humanamente hablando.

Noble es, en general, un espíritu que es capaz de convertir el asunto más trivial o el negocio más nimio en un infinito, por su manera de tratarlo...

SCHILLER

En conclusión podemos afirmar que un tutor auténtico es aquel que se acerca a lo que Schiller definió como un “espíritu noble”, es decir, aquél espíritu capaz de convertir “el negocio más nimio o el asunto más trivial en un infinito, por su manera de tratarlo”. Un espíritu noble capaz de transformar un proceso de acompañamiento interpersonal, aparentemente rutinario y sin trascendencia, en un infinito, por su manera de tratarlo. Un espíritu noble capaz de transformar a cada estudiante, aparentemente trivial o sin importancia, en un infinito, por su manera de tratarlo. Espíritus nobles que “cambien de clima el corazón” para poder estar a la altura del reto educativo que la tutoría les plantea. Esta es la invitación y el arduo trabajo que habrá de realizarse colaborativamente, si queremos que esta propuesta fructifique y no pase a ser una moda más en nuestra historia educativa o una Babel como la de la encuesta incomprensible de la ONU, que se cita al principio de este texto. 🗨️

REFERENCIAS

Bazdresch M., *Vivir la Educación, transformar la práctica*, SEP Jalisco, Guadalajara: 2000.

Hansen D., *The call to teach*, Columbia University press, New York: 1995.

B. Lonergan, *Método en Teología*, Sígueme, Salamanca: 1988.

Lonergan B., *Insight. Estudio sobre la comprensión humana*, Sígueme /UIA México, Salamanca: 1999.

López Calva M., *Mi rival es mi propio corazón...*

Educación personalizante y transformación docente.

Hacia una visión integral del proceso educativo, Universidad Autónoma de Tlaxcala/ UIA Puebla /ITESO /Universidad Pedagógica Nacional /Universidad Loyola del Pacífico, México: 2001.

S. Peck, *La nueva psicología del amor*, EMECÉ, México: 1994.



La aprehensión del pasado:

un reto epistemológico para maestros y alumnos

Sergio Antonio Corona Páez

SERGIO ANTONIO CORONA PÁEZ
Doctor en Historia por la UIA ciudad de México. Coordinador del Archivo Histórico Juan Agustín de Espinoza, sj, de la UIA Torreón. Autor de *San Juan Bautista de los González y Ríos de gozo púrpura*. Coordinador de la colección *Lobo Rampante* y editor del boletín electrónico *Mensajero* del Archivo Histórico. Becario de CONACYT.

Uno de los mayores retos a los que me he enfrentado como historiador y como docente universitario, ha sido el de erradicar el falso concepto de historia.

La mayoría de los muchachos dicen que la historia “es el pasado”. Es decir, creen que lo que se expresa del pasado en el presente es el pasado mismo, y no una mera representación del pasado en el presente. Si se les pregunta cómo Cristóbal Colón descubrió América, invariablemente alguien relatará alguna escena de *1492: la conquista del paraíso*, película protagonizada por Sigourney Weaver y Gerard Depardieu. Y si se les preguntara de nuevo si saben en qué documentos del pasado se basaron los productores de la película en cuestión, o si lo que se muestra en la película es verosímil, enmudecen con cierto embarazo.

En pocas palabras, cuando lo hacen, los alumnos prefieren enterarse del pasado a través de los medios masivos o del internet. Todos sabemos que entre los hábitos de la actual generación, la lectura de libros no es el más popular.

Peor aún: los jóvenes –por lo general– consideran que las representaciones históricas son completamente veraces, por el simple hecho de que las difunden los medios masivos. Deciden confiar en que los

medios les están diciendo “la verdad”. Éste es un acto de fe muy ingenuo, funesto en sus consecuencias. Otros, más suspicaces, sospechan de la veracidad de los medios, pero no tienen idea de cómo adoptar una posición crítica. Carecen de conocimientos sobre los eventos historiados y de una metodología adecuada.

Bajo estas circunstancias, conviene presentar unas cuantas líneas de reflexión que pueden ser de ayuda para maestros y alumnos de la historia como asignatura y como quehacer. Pero igual vale cualquier otra cátedra o disciplina que se remonte al ámbito de los hechos del pasado.

En primer lugar, debemos separar la historia como serie de conocimientos sobre el pasado, y la historia, o más propiamente “historiografía”, como práctica de la escritura de la historia, una ciencia social que genera nuevos conocimientos sobre una base metodológicamente válida. Hace ya tiempo que la historiografía –en cuanto ciencia– tomó distancia de la ficción de la literatura y de la especulación de la filosofía. Para los académicos de la historia, cualquier afirmación sobre fenómenos del pasado debe ser probada. Las ciencias sociales en general tienen por objeto de estudio las sociedades del presente, mientras que la historia estudia las socie-

dades del pasado. En ocasiones, las ciencias sociales incursionan en el ámbito propio de la historiografía, y por lo mismo, es fundamental que sus investigadores estén prevenidos contra la ingenuidad al trabajar con culturas del pasado.

Los principios del *Discurso del método* de Descartes se encuentran presentes en la ciencia de la escritura de la historia desde el siglo xvii. No se puede aceptar como verdadero conocimiento histórico aquél que se presenta sin evidencia, sin pruebas. Dicho de otra manera: solamente podemos dar por buenas aquellas afirmaciones que se prueban hasta la certeza. No es de extrañar que los padres de la diplomática —forma de crítica textual— el benedictino Jean Mabillon y el bolandista Daniel Papenbroeck, hayan bebido intelectualmente de las fuentes cartesianas del siglo xvii.

Podemos hacer nuestras las palabras de Descartes:

Ya me percaté hace algunos años de cuántas opiniones falsas admití como verdaderas en la primera edad de mi vida y de cuántas dudosas eran las que después construí sobre aquéllas, de modo que era preciso destruirlas de raíz para comenzar de nuevo desde los cimientos si quería establecer alguna vez un sistema firme y permanente...¹

En el campo de la enseñanza de los conocimientos históricos, esta duda sistemática debería ser una actitud fundamental, ya que en México escribir sobre el pasado ha sido en gran medida una actividad intelectual que, estimulada desde el poder, ha buscado la consolidación de una ideología que lo legitime o valide ante la sociedad. Un ejemplo: ¿Existe evidencia documental de que Porfirio Díaz sacó al país de una guerra civil de medio siglo, y lo mantuvo en paz durante otros treinta? ¿Existe evidencia de que Díaz construyó casi la totalidad de las vías férreas mexicanas? ¿Es cierto que posibilitó la existencia de una clase media? ¿Podemos probar que al final de su

régimen dejó superávit y no deuda en las arcas de la tesorería nacional? En este caso, la duda nos lleva a considerar que cabe la posibilidad de que Díaz haya sido un presidente bastante notable. Si lo anterior se probara fehacientemente, resultaría que quienes despojaron del poder a Díaz tuvieron que construir una nueva historia en la cual se pudiera justificar su deposición y el establecimiento de un nuevo y mejor régimen. Esta sería una hipótesis que requeriría probarse a su vez. El proceso de investigación nos conecta con otros problemas metodológicos y de percepción. Como nadie puede ver directamente los hechos del pasado —porque ya no existen— sólo podemos proponer hipótesis verificables a través de los documentos de archivo. Sin archivos no hay historia.

“La Historia” no tiene existencia propia. Nadie puede decir “la historia dice...”, porque la historia no existe por sí misma, sin historiadores. Podemos decir “este o aquel historiador afirma, sugiere, prueba, propone”, etcétera. Así, nuestra noción de historia se vuelve relativa, condicional y mucho más crítica, ya que tendremos que considerar los argumentos y las pruebas que aportan los historiadores. Y como no hay historia sin historiador, tendremos que reconocer que los historiadores trabajan desde el presente, situados socialmente e inmersos en sus propias culturas.² Los hechos en torno a la Revolución Mexicana no los percibe igual un académico descendiente de las clases terratenientes porfirianas que otro que es hijo del reparto agrario cardenista. Tampoco escribirían de manera semejante un extranjero y un connacional. La historia de las instituciones nobiliarias en la América virreinal no la escribiría un hidalgo español de manera semejante a como lo haría un férreo republicano.

De esta manera entramos al ámbito intelectual de los constructivistas. No hay realidad sin observadores, afirmación que

equivale a la nuestra de que no hay historia sin historiadores.³ ¿Cuál es la historia verdadera?, ¿existe fuera de la representación textual o audiovisual? El historiador es el que organiza e interpreta los fenómenos del pasado a partir de sus fuentes primarias y secundarias, su experiencia, su razonamiento lógico, su conocimiento de los contextos culturales de las fuentes primarias que maneja. Porque, después de todo, el manuscrito es un mensaje del pasado para un destinatario del pasado, y no fue escrito para el historiador del presente. Los contextos culturales que le daban sentido al mensaje ya no existen. Ser historiador y ser científico implica reconocer las propias limitaciones en este sentido. Implica también largos años de estudio y especialización para poder reconstruir esos contextos culturales y hacerlos inteligibles.⁴ Y también implica dar a conocer los hallazgos, ya que el conocimiento nuevo, si no pasa del mero conocimiento individual, es como si no existiera. El conocimiento científico se construye de manera colectiva. El consenso de los historiadores científicos sobre las hipótesis más viables a partir de la documentación con que se cuenta en el momento, es el que nos proporciona alguna certeza sobre los hechos históricos.

Un maestro de historia no debería tener por meta convertirse en una “enciclopedia” que tenga respuesta para todas las preguntas. Más bien debería ser un investigador que construyera su propio conocimiento, o mejor aún, que impulsara una investigación de grupo para que los alumnos puedan llegar a convicciones personales, aunque sean pequeñas certezas. En este sentido, falta una cultura de la investigación. Los maestros “enciclopedia” convirtieron las clases de historia en largas relaciones cronológicas de eventos políticos y militares. Los maestros investigadores buscarían coordinar esfuerzos en trabajos detectivescos para dar respuesta a preguntas significativas. Su dialéctica podría ser rabí-

nica: “X dijo esto; Y sostiene aquello; veamos qué nos dicen las fuentes primarias a nuestro alcance”.

Los malentendidos suscitados por la deficiente historia magistral y la historiografía ingenua parten, en gran medida, del desconocimiento de la dimensión cultural de la realidad social del presente y, más aún, del pasado. No podemos hablar de sociedades en abstracto, cuando en la práctica cada sociedad es diferente. No es lo mismo la cultura de cada una de las ciudades fronterizas, que la cultura de Guadalajara, de Puebla, o de San Cristóbal de las Casas. Tampoco podemos afirmar que la cultura de una ciudad es única y homogénea, como si no existieran las culturas de clase o de grupo. O que toda cultura es urbana, suburbana o rural. No es lo mismo aprehender al mundo en español que en inglés o en tzeltal.

No existen estratos de la población que sean naturalmente “superiores”. Todos los sectores sociales son importantes, y por lo tanto, historiables. En cuanto ciencia social, la historia se interesa más en los fenómenos grupales. Bajo un paradigma historiográfico ingenuo suele ocurrir que el éxito económico de una empresa se le atribuye siempre a un “gran” individuo, como si con él se agotara la participación humana en la generación de esa riqueza en particular. Debemos ser muy conscientes de que la riqueza la generan los trabajadores, el capitalista y los consumidores. Basados en este criterio, se puede historiar la producción vista desde los trabajadores, o también la historia del consumo, sin quitarle méritos al agente organizador de la producción, el empresario. Se puede historiar la mentalidad de la aristocracia colonial mexicana, y también la de sus trabajadores libres o acasillados. Más aún, es historiable todo aquello que evoluciona o ha evolucionado, que ha dejado registros y que tiene que ver con la percepción de un grupo. Historia del gusto, de la lectura, de la *toilet-*

te, de la sexualidad, de la cocina, de la ortografía, y así hasta el infinito.

Si el pasado ya no existe, y nadie lo puede ver directamente, ¿cómo vamos a construir representaciones veraces del mismo? Decía un académico francés que la historia se hace con documentos, y sin documentos no hay historia.⁵ Es decir, que los fenómenos del pasado los podemos conocer a través de documentos (escritos) o de monumentos (restos físicos). Los archivos históricos conservan los documentos que testimonian fenómenos del pasado. Las colecciones documentales de estos archivos nos permiten trabajar con materiales de primera mano, coetáneos al fenómeno estudiado, si es que queremos respuestas veraces y no meras afirmaciones acríticas. Existe gran diferencia entre la historia documental (o real) de un país o región, y su historia oficial o consensual.

La existencia de un archivo histórico en una universidad es una enorme fortaleza, un haber inapreciable, un enorme privilegio que permite a los profesores la creación y mantenimiento de una cultura de la investigación. Con la existencia de documentos del pasado, se pueden fundamentar las afirmaciones de trabajos críticos individuales y de grupo. Un solo fondo puede contener material para conocer más de medio siglo de historia tecnológica y económica de una región, de la moda, de la publicidad, de los tipos utilizados por la prensa, de los estilos arquitectónicos, de los artefactos innovadores. La diversidad de los fondos posibilita la generación de trabajos originales sustentados con pruebas, que a su vez permiten la formación de alumnos en la investigación, en la diversidad cultural y, por contraste, en la diversidad de valores, en el respeto a la alteridad. A partir de historias de caso verdaderas y no hipotéticas, la investigación escolar o de calidad en un archivo histórico es la esencia misma del conocimiento de lo que ha significado y significa ser humano. ☺

¹ Descartes Renato, *Meditaciones metafísicas*, "Primera meditación".

² Certeau Michel de, *La escritura de la historia*.

³ Luhmann Niklas, *La ciencia de la sociedad*. Humberto Maturana, *La realidad ¿objetiva o construida?*

⁴ Mendiola Alfonso y Zermeño Guillermo, *Hacia una metodología del discurso histórico*.

⁵ Marrou Henri, *El conocimiento histórico*.



Lo absoluto en la experiencia moral y la educación

Luis Armando Aguilar Sahagún

LUIS ARMANDO AGUILAR SAHAGÚN
Doctor en Filosofía por la Escuela Superior de Filosofía en Múnich, Alemania. Profesor e investigador del ITESO. Ha publicado *En el límite del Universo, la visión cosmológica de Stephen W. Hawking* (Universidad de Guadalajara, 1991) y *El derecho al desarrollo: su exigencia dentro de la visión de un nuevo orden mundial* (ITESO y UIA Puebla, 1999).

¿Por qué la justicia y no más bien la injusticia? ¿Por qué la verdad y no la mentira? ¿Por qué buscamos la sociedad justa? Este tipo de preguntas ponen de relieve cierto carácter incondicionado en los valores morales. El presente trabajo tiene el propósito de sugerir que lo incondicionado forma parte de la experiencia humana y que su fuente puede remitirse últimamente a la realidad divina. Con el propósito de mostrar la plausibilidad de esta afirmación, se plantean distintos niveles de análisis: el origen de la pregunta, lo absoluto en la acción humana, la concepción de lo divino como amor originario y origen de la conciencia moral y un acceso racional a su afirmación. El ensayo está guiado, a su vez, por un interés formativo. Por eso en la última parte se plantean algunas consideraciones de carácter educativo.

ORIGEN DE LA PREGUNTA

La pregunta por lo que hay de absoluto en la experiencia —por ejemplo, con relación a valores como la verdad y la justicia— no tiene su origen en el mero ánimo especulativo que busca obtener una respuesta cualquiera. El supuesto de que hay lo incondicionado en la experiencia humana y de que es algo absoluto no es evidente. Podría tratarse de un acto de fe. Pero lo funda-

mental, para ser humanamente significativo, es la posibilidad de que cualquier persona pueda acceder a ello a partir de su propia experiencia. Mejor dicho, del examen cuidadoso de su propia vida, sobre todo de los momentos más significativos. El ser humano, consciente de sus límites busca la respuesta. Ésta puede ser objeto de una indagación reflexiva, que implicaría cierta introspección. También puede ofrecer una respuesta vital; una respuesta que da al ir viviendo.

La pregunta por lo incondicionado en la experiencia del valor es legítima también para quien se la pueda plantear desde la experiencia cotidiana del conflicto y del sinsentido, o bien, del sentido fragmentario. Interesa saber cómo, por qué, qué experiencias lo llevan a plantearse. *El flanco laico de Dios* (Ortega),¹ su rostro todavía anónimo, ¿hasta dónde puede ser descubierto por quienes, sin religión, buscan construir un mundo más justo?

Se podría plantear como hipótesis la posibilidad de que el ser humano aspire a la justicia por la fuerza anónima de seducción de ese polo radical, incondicionado. Quizá se muestre que la justicia y la verdad son algunos de sus modos de ser frente al hombre que busca e interroga. Un gesto que alienta el sentido, aun cuando falte el

re-conocimiento. ¿O es la fuerza prometéica tan grande como para arrancar sentido a la nada?

LO ABSOLUTO EN LA ACCIÓN HUMANA

La pregunta se plantea por la experiencia del carácter incondicional con que, en ciertos momentos, se vive su exigencia, en el ánimo de dar un sustento a la vivencia de la caducidad y del sentido fragmentario de todos los valores. Se trata de un carácter dado en la finitud del ser humano, como vivencia y conocimiento implícito, pero no por ello menos real.

El ser humano descubre el valor por una experiencia interna que se vive como un rebasamiento de todos los condicionamientos de la vida. En momentos privilegiados de la vida, presentimos que es posible mostrar que *hay* algo absoluto en la existencia humana, sin detrimento de la plena afirmación de nuestra finitud humana.² El absoluto sería la condición de posibilidad de toda acción personal y social que busca humanizar la existencia. En este sentido, la virtud sería últimamente explicable gracias a la fuerza trascendente de lo absoluto en el hombre, que potencia su desear el bien y el decidirse por él. “La rectitud no es sólo un valor. Es parte de Dios en la vida humana; lo que está en juego de Dios en la historia”.³

Por ejemplo, ¿por qué la justicia? Porque hay en nosotros un Dios que nos mueve a realizarla. La justicia tiene un valor y un significado intrínsecos. Si bien la justicia pide ser realizada por sí misma, supone una relación al hombre, al que ha de servir. El antiguo adagio: *Fiat iustitia, pereat mundo* (¡Hágase la justicia; perezca el mundo!), es una expresión de absolutización de un valor sin referencia ni a su origen ni a su fin. La afirmación de la verdad por la verdad puede ser indicio de fanatismo. Los valores humanos tienen, tal vez, un origen divino, pero no son divinos. Son, quizá, el modo humano como Dios se deja atisbar



en la vida. Son, como ha llegado a descubrirse en las grandes religiones, los caminos de Dios entre los hombres.

El ser humano es capaz de absolutizarlo todo; ese es el origen de los ídolos.⁴ En la vida humana, la línea entre la experiencia de lo absoluto y la absolutización es sumamente delgada. Si el absoluto es una realidad personal, cabe preguntar si el ser humano es capaz de reconocerlo y de descubrirlo; de abrirse o cerrarse a él; de vivir y actuar en referencia a él como polo frente al que se define su propio ser y mediante el que configura su realidad y su mundo, o de ponerlo al margen de la existencia, por una decisión libre. Ese es el origen de la religión, del agnosticismo y del ateísmo.

De existir, el absoluto siempre aparecerá en imágenes, representaciones y conceptos. Es decir, su molde son productos finitos de la mente humana. La experiencia del absoluto sería criterio decisivo que los rompa en la medida en que el Dios divino quede anulado u olvidado en cualquiera de los modos humanos que intentan comprenderlo.

Si lo que mueve a decidir la propia existencia, a hacer las opciones fundamentales que le dan sentido es el Dios trascendente y personal, los signos de su presencia y acción tendrían que tocar las dimensiones constitutivamente humanas de la conciencia y la libertad. La experiencia de lo incondicionado sería lo que explicaría el movimiento que conduce a su dilucidación, al silencio, o al compromiso en el que se juega la vida:

En momentos en que creo estar lúcido, me digo que en épocas como éstas uno debe tener algo por lo cual está resuelto a ser fusilado y, por lo cual, con toda probabilidad, uno va a ser fusilado. ¿Qué es esto? ¿Un principio? ¿Fe? ¿Virtud? ¿Dios? La pregunta no es fácil de responder y tal vez no tenga respuesta que pueda ser puesta en palabras. Tal vez esto ya no sea algo comunicable, ni siquiera pensable.⁵

El sentido de la pregunta puede ser objeto de reflexión, aunque la respuesta sea en principio inagotable. La respuesta será siempre balbuceante e incierta, pues se refiere nada menos que al fundamento de la totalidad de la realidad, a la que rebasa, como su fuente oculta.

EL ABSOLUTO COMO AMOR ORIGINARIO

“Un Dios que fuese sólo trascendentemente trascendente –dice el filósofo japonés Nishida– no sería Dios.” Dios es inmanentemente trascendente. Y lo es porque su naturaleza está constituida por el amor. Dios debe ser un Dios de amor. A este convencimiento han llegado los hombres religiosos de todos los tiempos. El cristianismo, por ejemplo, afirma que Dios es amor porque Jesucristo, su hijo, lo ha revelado en la Historia, en su persona y su vida.

Si se pudiera mostrar que esta convicción es real y razonable, se pondría de manifiesto que vivimos siempre insertos en la realidad divina, y que nuestra conciencia moral brota en nosotros precisamente del hecho de que el amor absoluto de Dios nos envuelve. Una moral así transforma el corazón, la mente y el carácter. Esto valdría también para el ateo o el agnóstico, en quienes la realidad divina sería una presencia anónima. La moral que brota del amor estaría por encima del legalismo y del formalismo, porque la obligación moral tendría al amor Absoluto de Dios como sustento.⁶ Toda acción profundamente humana se basaría en esa experiencia y Dios, que es fuente de todos los valores, sería también la raíz de la acción social, política y económica.

Dado que su reconocimiento está sujeto a mediaciones y fuerzas culturales, difícilmente puede evitarse el riesgo de hacer de Él un fetiche, una caricatura utilizada para legitimar posiciones que pueden ser profundamente deshumanizantes y contradictorias. El “riesgo histórico” de la fe es

su permanente distorsión: la idolatría, el fanatismo y todo tipo de abusos por parte del hombre.

UN MODO DE ACCESO RACIONAL

Un modo de acceso racional a ese Dios es la experiencia de lo incondicionado. Lo incondicionado es lo que ob-liga a su reconocimiento y realización de una manera irrestricta. No se puede identificar sin más con Dios como el Absoluto. Señala más bien que el Absoluto existe y se hace patente en lo relativo, como objeto de experiencia. La experiencia de lo incondicionado es un indicio de lo absoluto en el ser humano. Lo incondicionado del conocimiento objetivo, por ejemplo, es el elemento que permite reconocer su carácter relativo y subjetivo. Es la condición de posibilidad de la fuerza vinculante de la verdad en el conocimiento intelectual y del valor en la experiencia moral.⁷

La experiencia de lo incondicionado es paradójica: se experimenta en medio de los condicionamientos de todo tipo a que está sujeto el ser humano. Si el hombre es “el ser que rebasa infinitamente al hombre” (Pascal), cabe pensar que es en virtud de esa fuerza que dinamiza todos sus actos espirituales. Es por ello que el hombre puede reconocer su capacidad de trascender, así como el desequilibrio que ha de restablecer constantemente y la desproporción entre su condición, preguntas y anhelos. El hombre vive esta tensión en la experiencia del asombro de la propia existencia, del deslumbramiento en la constatación de sus propios límites, que reconoce justamente porque es capaz de sobrepasarlos.

EDUCAR EN LO INCONDICIONADO

Educar en el sentido de lo incondicionado es poder mostrar una presencia inmanente de lo trascendente, la presencia de esa realidad a la que en las grandes religiones se llama Dios. Se trata de mostrar que Dios



es trascendente en lo inmanente, y cómo lo es.

Gracias a su carácter finito el ser humano es un incesante aprendiz, un ser en constante proceso de formación, transformación y deformación. Se ha intentado mostrar cómo las transmisiones educativas son un aspecto fundamental de una filosofía de la finitud. El educador debería dar testimonio de la provisionalidad, de la vulnerabilidad y de la contingencia propias de la condición humana. De otro modo la educación llega a ser fácilmente un instrumento al servicio del totalitarismo, el fanatismo o cualquier clase de ideología.⁸

En un nivel más hondo, parece que el ser humano, aprendiz en virtud del dinamismo del conocimiento y de la libertad, que, cabe suponer, tienen su raíz última en el Ser absoluto y trascendente, el Infinito, como condición de posibilidad de esos actos. El ser humano puede ser entendido como el sujeto de la trascendencia, abierto e indeterminado, porque es el único ser que puede poner delante de sí la totalidad de su existencia y de todo lo que existe; de interrogar por esa totalidad sin encontrar jamás punto final que satisfaga su capacidad de preguntar.⁹ Por eso el hombre puede ser entendido como pregunta que se realiza balbuceando respuestas.

El testimonio del educador no puede pasar por alto esta dimensión del ser humano. Su tarea se hace por ello doblemente delicada, dado que, por una parte, ha de salvaguardar el sentido de la finitud frente a los riesgos de manipulación y absolutización; pero por otra, deja abierta la pregunta por el sentido trascendente y absoluto del que dimanar, en último término, las experiencias de valor. ¿Cómo dar a la vez testimonio de la finitud y de lo infinito que se vuelve experiencia humana? ¿Qué puede ser la educación si no implica el acto por el que se pone al ser humano en condición de abrirse a lo absoluto que hay en él? Lo que educa abre al hombre a lo

que lo rebasa. Educar en el sentido de lo absoluto es abrir al hombre a la raíz de su humanidad.¹⁰ ¿Es el Amor? ¿Es la Verdad? ¿Es la Justicia? Siguiendo a Emmanuel Lévinas, cabría decir que es el otro. Porque *lo humano* del hombre consiste en un permanente estar abocado *al otro*, que aparece como un extraño inapropiable, que le anuncia lo Otro por excelencia.¹¹ El rostro del otro es demanda de servicio y responsabilidad, exigencia de justicia y de verdad. El infinito brilla en su rostro, se anuncia en él, como exigencia ética incondicionada.¹² Lo inaprensible de su ser corresponde a la proximidad del prójimo.¹³ **El testimonio del educador** es ante todo un testimonio ético que, más que como conocimiento, ocurre como “revelación”.¹⁴ En su testimonio el testigo es rebasado: “...El testigo da testimonio de lo que se ha dicho por él... La gloria del Infinito se manifiesta por lo que ella es capaz de hacer en el testigo.”¹⁵ ☪

¹ Ortega y Gasset José, “Dios a la vista” en *Obras completas*, II, Madrid: Revista de Occidente, 1927 pp. 493–496.

² Cf. Gómez Caffarena José, *Metafísica trascendental*, Madrid: Revista de Occidente, 1970.

³ Cf. Heschel A. J., citado en Morton C. Fiermann, *Leap of Action, The Theology of A. J. Heschel*, Nueva York: Morton, 1990, p. 42

⁴ Cf. Beuchot Mauricio, *Las caras del símbolo, el ícono y el ídolo*, Madrid: Caparrós, 1999.

⁵ Cf. Merton Thomas, *Paz personal, Paz social*, Buenos Aires: ERREPAR/ Longseller, 1999, p. 68.

⁶ Citado por Masiá Clavel Juan, *El animal vulnerable, Introducción a la Filosofía de lo humano*, Madrid: Universidad Pontificia de Comillas, 1997, p. 335. Énfasis añadido.

⁷ Weissmahr Bela, *Teología natural*, Barcelona: Herder, 1984.

⁸ Mélich Joan–Carl, *Filosofía de la finitud*, Madrid: Paidós, 2003.

⁹ Rahner Karl, *Curso fundamental sobre la fe*, Barcelona: Herder, 1984.

¹⁰ El teólogo judío Abraham Joshua Heschel ha desarrollado profundas intuiciones en este sentido. Cf. *Id. Who is man?*, Nueva York: Bantham Books, 1973.

¹¹ “Cuando, en presencia del otro, digo, ¡Heme aquí!, este ¡Heme aquí! es el lugar por donde el In-

finito entra en el lenguaje, pero sin darse a ver. No aparece, puesto que no está tematizado, al menos de manera original. El 'Dios' invisible no hay que comprenderlo como Dios invisible a los sentidos, sino como un Dios no tematizable en el pensamiento, y sin embargo, como no indiferente al pensamiento que no es tematización y, probablemente ni siquiera una intencionalidad." (Emmanuel Lévinas, *Ética e infinito, La cabeza de medusa, Íbid*, p. 88).

¹² "... Frente a la ontología, 'en donde todo lo posible está permitido', la idea de Infinito, esto es, la exigencia ética, vendría a revolver esta autocomplaciente conformidad, insertándose en ella a modo de cuña y cortando la referencia circular que pretende sostenerse por sí misma y autojustificarse: *el Bien como lo absolutamente diferente o lo trascendente*". (Philip Nemo, Nota a Lévinas, *op. cit.*, p. 73). "El infinito me viene a la idea en la significatividad del rostro. El rostro *significa* el Infinito. Este nunca aparece como tema, sino en esta misma significatividad ética: es decir, en el hecho de que cuanto más justo soy, soy más responsable; nunca está uno libre respecto del otro." (*op. cit.*, p. 87).

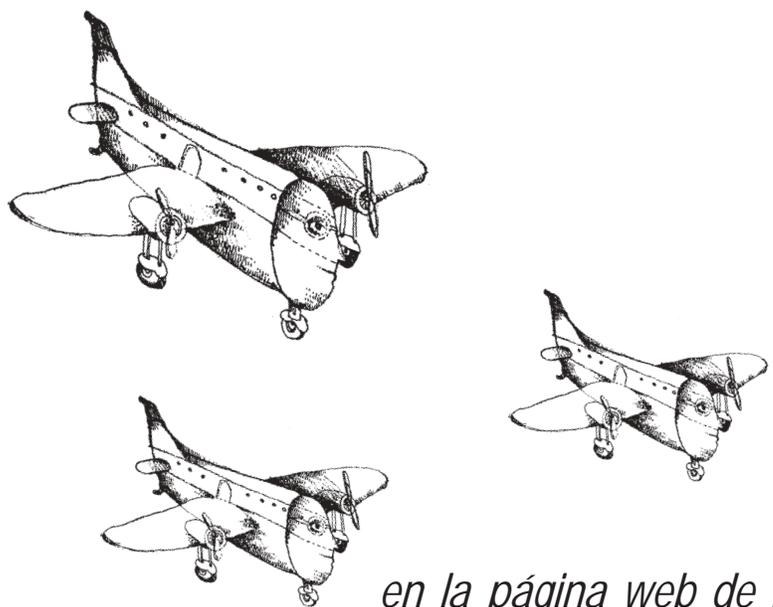
¹³ Tenemos necesidad de aprehender aquello que en toda acción perseguimos. Lo perseguimos por la sabiduría que aprende el rostro del otro. Platón ya había planteado la pregunta por aquello que perseguimos en toda acción y por lo cual hacemos todo lo que hacemos: "Aquello que toda alma persigue y por lo cual hace todo lo que hace, cuya existencia adivina, pero sin poder, en su perplejidad, aprehender suficientemente lo que pueda ser, ni apearse a ello con una creencia tan sólida como con respecto a las demás cosas (lo cual es causa, además, de que no pueda derivar de ellas la utilidad que puedan darle); en lo que concierne, pues, a algo que es tal naturaleza y de tamaño importancia, ¿cómo podemos decir que deba mantenerse en esta condición tenebrosa, hasta para aquellos eminentes ciudadanos en cuyas manos hemos puesto todas las cosas?" (Platón, *República*, Libro VI, 505 e). Lévinas: "Más allá de la sabiduría del conocer, la sabiduría del amor o la sabiduría en forma de amor. Filosofía como amor al amor. Una sabiduría que aprende el rostro del otro hombre. ¿No era esto lo que anunciaba el Bien más allá de la esencia y por encima de las ideas en el libro IV de la *República* de Platón? Un bien respecto al cual aparece el ser mismo. Un bien al cual debe el ser la claridad de su manifestación ontológica. Un bien en vista del cual 'hace el alma cuanto hace'" (*República*, 505 e; Lévinas, *Entre nosotros, Ensayo para pensar en otro*, Valencia: Pre-Textos, 1993, p. 268).

¹⁴ *Op. cit.*, p. 90.

¹⁵ *Ídem*, p. 91.

*ahora puedes tener acceso a la versión
electrónica de la revista*

Acequias
Universidad Iberoamericana TORREÓN



en la página web de la
Universidad Iberoamericana Torreón

www.lag.uia.mx

*también puedes consultar nuestro
catálogo de publicaciones*

Del egresado *y su futuro* *profesional*

Juan Manuel Torres Vega

JUAN MANUEL TORRES VEGA
Licenciado en Psicología por el IS-
CYTAC (hoy ULSA Laguna). Académico
en el Departamento de Humanida-
des de la UIA Torreón.

Egresar de la universidad es una meta intermedia en la vida, misma que necesita ser conectada con la siguiente etapa: la vida productiva en su sentido estricto, es decir, trabajar. En un contexto globalizado en el que la competencia reina y los empleos escasean, importa destacar en dos actitudes personales: la creatividad, donde el horizonte constantemente es amplio, y la competitividad, donde el enemigo a vencer es uno mismo.

Ser competente y creativo para afrontar los cuestionamientos iniciales, tomar las primeras decisiones y atreverse a vivir sus consecuencias. ¿Trabajar como personal de tiempo completo o como profesional independiente? ¿Estar en la empresa de otro o en la propia? ¿Desarrollarse solo o en grupo? Cada persona requiere construir sus propias respuestas. No hay recetas. Sólo la experiencia de otros, únicos y diferentes.

Para iluminar estas preguntas, conviene reconocer a la persona que somos: en su identidad, características de personalidad, cualidades y limitaciones, anhelos e historia académica. ¿Cuáles son las motivaciones que realmente sacuden y llevan a una persona a conseguir los objetivos que se plantea? Personalidad y motivación son el

primer nivel para asegurar un comienzo significativo de la práctica profesional.

Un segundo nivel cuestiona la visión y los valores que ella implica. Se trata de ubicar lo que se quiere lograr por medio del trabajo profesional. Es momento para definir palabras significativas, como por ejemplo, “éxito”, “servicio” y “calidad”. ¿Conviene centrarlas en las ganancias económicas? ¿A caso en el servicio a los demás? El tiempo es clave, pues la constitución de una cartera de clientes consistente requiere de cinco a diez años para quien incursiona en la práctica independiente, sea en solitario o en grupo. El ingreso como personal de una empresa llevará un periodo, que puede ser incluso más corto, para desarrollar en los niveles de la organización.

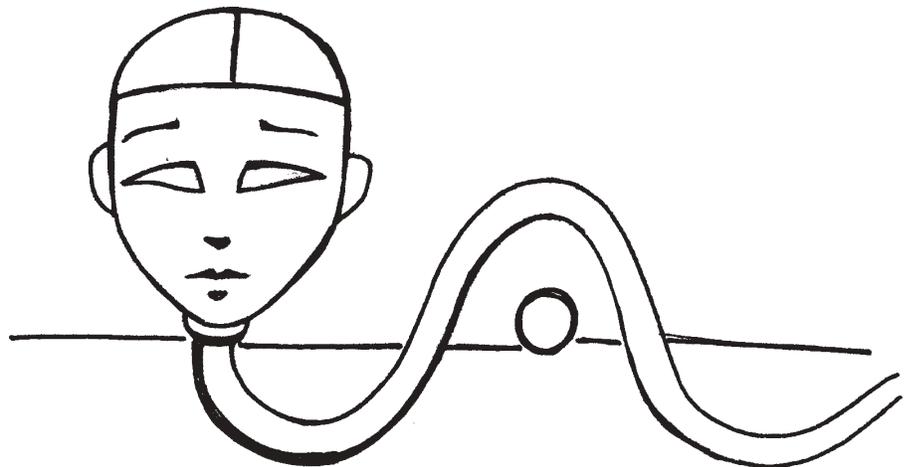
Es momento de la mercadotecnia, el tercer nivel a desarrollar. Hay distintas alternativa y mientras más se aprovechen, la probabilidad de conseguir al cliente es mayor. Figuran la publicidad, sea por medio del internet, el directorio telefónico o los medios tradicionales de comunicación. La mejor publicidad es el trabajo, la calidad con que se desarrolla y la eficiencia con que se cumpla la encomienda. Los primeros clientes son la mejor y la más efectiva

publicidad, pues llevan la noticia sobre el servicio que recibieron, sea eficiente o deficiente, la información llegará a quienes interactúan con ellos. Es bueno aprovechar toda oportunidad para compartir con los medios, en una entrevista o artículo; y con la comunidad, en presentaciones, conferencias o talleres. La inclusión del servicio social, o la admisión de clientes “pro bono”, a quienes se cobra una tarifa reducida o se les ofrece el servicio gratuitamente, necesariamente forma parte de la agenda. Nos debemos a la comunidad en la que estudiamos o en la que trabajamos, y nuestra retribución apoya la calidad de vida para las personas que la integran.

Un cuarto y último nivel se encuentra en la actualización profesional permanente. Hay opciones en programas de educación continua, en las asociaciones profesionales, en la supervisión de casos y, especialmente, en las revistas profesionales. Conviene encontrar el área específica,

aquella que puede realizar integralmente, que tiene futuro en su servicio a la comunidad y en la retribución que ofrece, para profundizar al máximo. Ser un referente académico o profesional en la comunidad o en la región es una forma de brindar lo mejor de sí.

La ceremonia de egresados, el temor ante el entorno, la competencia encarnizada y las limitaciones en el reconocimiento de la propia identidad, pueden ser factores que inhiban el ingreso a esta nueva etapa. Estas líneas constituyen una propuesta para enfrentar esa circunstancia de la mejor manera. En las manos de cada egresado está la construcción del mañana, desde su ser competente y creativo. Cada uno debe cuidar que no le arrebaten ese privilegio, ya que forma parte de su dignidad.



Transición *democrática* *y comunicación política*

Santiago Rodríguez Solórzano

SANTIAGO RODRÍGUEZ SOLÓRZANO
Nació en el Distrito Federal en 1982. Ex alumno de la Preparatoria Carlos Pereyra. Actualmente estudia la licenciatura en Ciencia Política en la UNAM, institución en la que también ha sido profesor adjunto.

INTRODUCCIÓN

El objetivo de este trabajo es abordar el tema de la comunicación política dentro del marco del actual movimiento de apertura democrática, así como la relación de éste con el contexto social. Lo primero será revisar la importancia que tienen dos de los ejes fundamentales de dicho proceso de democratización y que inciden directamente en la creación de valores para una comunicación política más amplia y activa: la revitalización ciudadana y la ampliación del espacio público. La segunda cara del texto intenta romper un poco con el discurso triunfalista de los teóricos de la democracia, para presentar a partir de un análisis sociológico del concepto de esfera pública, el problema central tanto de la comunicación política como de una apología a la democracia: el problema social. Por último se intentará entrelazar todo esto con algunas nociones de la realidad en México.

DEMOCRACIA

La demanda histórica que comenzó su lucha abogando por la universalización del derecho al voto como instrumento esencial para la representación política, se ha convertido en un valor central de nuestra sociedad. Este movimiento, en su gradual desarrollo, ha renovado y ampliado sus medios para ajustar la voz de la sociedad con la toma de decisiones sobre los temas de la agenda pública. La democracia es un con-

junto de opciones que permiten la estructura de las decisiones y las acciones que pueden traducirse en estrategias que favorecen el abordaje metódico y puntual de los asuntos comunes (Uvalle, 2003: 69).

A consecuencia de la sensación de exclusión de los asuntos de interés común que sufría la ciudadanía en tiempos de un excesivo intervencionismo estatal, la democracia se constituyó como un valor de suma importancia para no dar vigencia a la dicotomía entre lo estatal y lo público, lo burocrático y lo público, la función pública y el público ciudadano (Aguilar, 1997: 70); es decir, el reencuentro de las mayorías con el monopolizado interés público.

Una ciudadanía activa y organizada es requisito de primer orden para que por medio de su acción política, incida en la deliberación y argumentación, cuyo objetivo básico es asegurar las relaciones entre los diversos miembros de la comunidad.

REVITALIZACIÓN CIUDADANA Y AMPLIACIÓN DEL ESPACIO PÚBLICO

Se trata de dos ejes fundamentales para dar el salto de una democracia formal (elecciones, representación, alternancia, etcétera) a otra interpretada en un sentido mucho más amplio: una democracia que más que procesos electorales implica una forma de vida.

Como ya se dijo, actualmente en una sociedad democrática el interés público no

es monopolio de institución alguna y su importancia puede ser proclamada tanto por los gobiernos como por los ciudadanos y las organizaciones civiles. Lo relevante de que el interés público sea un valor compartido radica en que en él se dan las formas de cooperación de diversas organizaciones de la sociedad para atender y solucionar asuntos que reclaman recursos compartidos, estrategias comunes y planteamientos coincidentes, así como acciones coordinadas que aprovechen los recursos de la auto-ridad y los esfuerzos ciudadanos (Uvalle, 2003: 39).

Hoy en día los ciudadanos han ganado espacios en los amplios campos de lo social y lo político, lo cual es un ejemplo de su revitalizado interés por llevar a cabo acciones encaminadas a la solución de problemas de índole pública. En términos de Popper, una “sociedad abierta” o de ciudadanos activos no está dispuesta a que la maquinaria burocrática sea la única en tomar decisiones que atañen a todos. Las decisiones unilaterales de gobierno ya no son aceptables. El quehacer de los ciudadanos se inscribe en el redescubrimiento de sus capacidades reales y potenciales para reclamar su presencia en las distintas facetas de la vida en común. Una de estas facetas consiste en su interés en que la información sobre los asuntos públicos no sea un bien reservado a los expertos, sino que aboga por la creación de canales de acceso en su calidad de ciudadano.

Con la debida información en poder de la ciudadanía se espera que surjan múltiples voces que con la creatividad propia de una sociedad plural, planteen diversas soluciones a los problemas que les conciernen. La fuerza creativa de los ciudadanos ha sido y es un medio efectivo para evitar que las estructuras gubernamentales se alejen o se sobrepongan a esa abstracción, un tanto amorfa, llamada interés público.

La ciudadanización es un proceso que se relaciona con la insurgencia de los ciudadanos para reclamar la vigencia de los

derechos políticos que les confieren la oportunidad de participar con mayor intensidad en la vida pública (Loaeza, 1996: 27).

En lo referente al espacio público, su ampliación es también la ampliación de los grupos organizados de la vida en común en detrimento de los monopolios de poder. Una característica de la sociedad moderna es que dicho espacio se ha intensificado. Lo público se ha constituido en un sistema de vasos comunicantes que condensan la variedad y la riqueza cultural, que permiten identificar la formación de nuevos movimientos que configuran la presencia de grupos y organizaciones que tienen interés de participar en el destino de los asuntos públicos (Uvalle, 2003: 76).

Con la crisis del estatismo, grandes áreas del quehacer de la sociedad quedaron en manos de la iniciativa privada y por lo tanto, de las leyes de la competencia. Este fenómeno obliga a la sociedad, acostumbrada a depositar en manos de la clase política toda la discusión acerca de los intereses de la colectividad, al desarrollo de capacidades para la solución de los problemas públicos.

A manera de síntesis de los dos conceptos aquí analizados, la acción ciudadana en el espacio de lo público se conjuga para favorecer un clima de entendimiento que estimula la superación de los desacuerdos, teniendo como referente central la deliberación y la argumentación sobre los asuntos que son de interés común. Esta deliberación y argumentación es el punto de enlace con la noción de comunicación política.

ESFERA PÚBLICA Y COMUNICACIÓN POLÍTICA

La esfera pública es un espacio social en el que individuos, voluntariamente reunidos, intercambian opiniones, emiten juicios, plantean demandas y procesan acuerdos. En un segundo nivel, esta noción nos remite al espacio y a los procesos por medio de los cuales los individuos reciben, interpretan y producen información a través de los medios masivos de comunicación (Olve-

ra, 1999: 69). El concepto de esfera pública se refiere esencialmente a un espacio comunicativo.

Para efectos de este trabajo, entendemos el concepto de comunicación política en sentido *lato* y no en el sentido acotado que define Wolton (1995: 31): "...comunicación política como 'el espacio en que se intercambian los discursos contradictorios de los tres actores que tienen legitimidad para expresarse públicamente sobre política, y que son los políticos, los periodistas y la opinión pública a través de los sondeos'". En el contexto de este trabajo tal definición puede juzgarse limitada, ya que acota a la opinión pública al decir que su participación en el proceso de la comunicación política se reduce a los sondeos. En la actualidad, la opinión pública, como ya se dijo, se hace presente de manera muy activa a través de la sociedad civil organizada que tiene una amplia gama de medios para manifestar su opinión sobre los temas de la agenda pública.

Por lo tanto, en la noción de comunicación política se aplica la misma idea de ampliación con la que antes caracterizamos al nuevo espacio público. La comunicación política será pues, el espacio en el que se producen e intercambian los discursos contradictorios sobre los problemas de la vida pública por parte de *todos* los actores que tienen legitimidad para expresarse públicamente de ella. De esta manera, toda la comunicación que se da en la esfera pública es comunicación política.

EL PROBLEMA

El ideal democrático alcanza su culminación en el consenso. Sin embargo, para que la deliberación y argumentación sobre los temas de la agenda pública se acerquen a dicho ideal, es necesario vigilar una serie de factores que entorpecen el proceso. Estos factores constituyen el punto de quiebra entre la teoría y la realidad empírica.

Los espacios donde la comunicación se produce son de naturaleza muy diversa. La

copresencia entre estos espacios se encuentra limitada por factores físicos y sociales. Las limitaciones físicas son obvias, es decir, el diálogo cara a cara sólo es posible en espacios pequeños y no masivamente.

Por lo tanto, se requiere de puentes comunicativos y con ellos se abre la gama de problemas entre la transmisión e interpretación del mensaje. En este sentido, la permeabilidad y contacto entre los públicos, es limitada. Sin embargo, el problema de más peso está en las prácticas sociales. En palabras de Olvera, es necesario preguntarnos si los públicos se extienden a lo largo del tejido social o si hay algunos sectores que, definidos por sus características sociales, no forman parte del proceso de comunicación; y asimismo, cuestionarnos también si estos grupos son internamente democráticos y permiten el aprendizaje colectivo o persisten en ellos las prácticas corporativistas.

La desigualdad de la participación en los espacios de comunicación es proporcional a las desigualdades sociales de un país. Los participantes en estos espacios parten del reconocimiento de una situación de desigualdad, por un lado económica y por el otro, y de gran relevancia, una desigualdad cultural. La dialógica habermasiana se pone en serio peligro. Por si esto fuera poco, no todas las esferas públicas son democráticas ni su interconexión está garantizada por institución alguna. El éxito en la superación de estos obstáculos depende del grado de apertura política de la sociedad y de la porosidad real de los diferentes públicos (Olvera, 1999: 76).

ALGUNAS NOTAS SOBRE EL CASO MEXICANO

Los dos puntos de vista presentados en el trabajo se cruzan y se mezclan como parte de una misma realidad en la vida diaria de la incipiente democracia mexicana. La transición mexicana ha cumplido ciertos parámetros de la democracia electoral, pero aún no satisface las condiciones institucionales y procesales de la democracia li-

beral, y está lejos de cumplir con los requisitos básicos de una democracia deliberativa.

La ausencia de voces diversas a las de las elites políticas fue un signo de la insuficiencia del diálogo social y político, y una evidencia de la falta de diversidad en los puntos de vista que poblaron la opinión pública en los años de mayor despliegue hegemónico del régimen político mexicano (Escobedo, 2002). Históricamente el espacio público ha estado subordinado al régimen político.

La descolonización del espacio público se acentuó con la ampliación del pluralismo partidista a partir de las elecciones federales cada vez más competidas desde 1998 hasta la fecha. Los medios de comunicación se han diversificado, han ganado autonomía frente a los poderes del Estado, el periodismo independiente es ya una realidad. Este proceso toma un nuevo impulso con la legislación sobre el derecho a la información. Es un hecho que el espacio público en México se ha ensanchado frente a la reducción del intervencionismo estatal que se gesta de manera paulatina desde los años ochenta.

Con todo, estamos lejos de proclamar un discurso triunfalista, ya que de la mano de la consolidación de estas instituciones democráticas, las condiciones socioeconómicas de la mayoría de la población han ido a la baja. Esto, por lo tanto, implica una dosis de problema en la materialización de los conceptos de comunicación política ya planteados. O bien, el público que participa de la toma de decisiones no abarca todo el tejido social o en la representación de éste persisten las prácticas corporativistas.

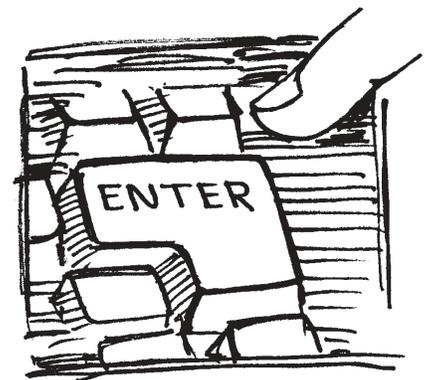
CONSIDERACIONES FINALES

La desigualdad en la cantidad y calidad de información, causada por la falta de permeabilidad entre los diversos públicos (bien definidos social y económicamente), es una de las principales causas por las que la democracia mexicana no alcanza los parámetros de una democracia social. Existe, sin

duda, la dominación de ciertos discursos respaldados por grupos de poder. Sin embargo, y gracias a la vigencia de los derechos civiles y políticos, existe un espacio para debatir, en el cual se garantiza la libre expresión. Esto abre la posibilidad para que diferentes miembros de la comunidad, en especial líderes de opinión, se sumen, equilibrando la balanza y pugnando por la vigencia de los derechos económicos, sociales y culturales. El espacio público es un espacio más de lucha y quizá, sea uno de sus frentes más importantes. ♪

BIBLIOGRAFÍA

- Aguilar Villanueva F. Luis, "La administración pública y el público ciudadano", *Revista del Senado de la República*, n. 6, vol. 3, 1997.
- Uvalle Berrones Ricardo, *La responsabilidad política e institucional de la administración pública*, Instituto de Administración Pública del Estado de México, A.C., Toluca, México: 2003.
- Loeza Soledad, *Oposición y democracia*, Cuadernos de Divulgación de la Cultura Democrática, Instituto Federal Electoral, n. 11, México: 1996.
- Olvera Rivera Alberto, "Apuntes sobre la esfera pública como concepto sociológico", *Metapolítica*, vol. 3, n. 9, 1999.
- Wolton Dominique, "La comunicación política: construcción de un modelo", *El nuevo espacio público*, Gedisa, Barcelona: 1995.
- Escobedo Juan Francisco, "Democratización y espacio público: el caso de la Ley de Transparencia y Acceso a la Información Pública", *Revista Mexicana de la Comunicación*, no.76, julio-agosto 2002.



¿Por qué es el cristianismo?

José María Mardones

JOSÉ MARÍA MARDONES

Doctor en Sociología y Teología. Estudió en Deusto, Bilbao y Tübingen, Alemania. Investigador en el Instituto de Filosofía del Consejo Superior de Investigaciones Científicas CSIC de Madrid, España. Es autor de diversas publicaciones, numerosos artículos, conferencias y otras colaboraciones. Su atención se centra en el análisis sociocultural y su confrontación con la fe cristiana. Sus últimas publicaciones han abordado el pensamiento filosófico y religioso de la actualidad.

Hace 2004 años, seguramente unos siete más, en algún mes distinto del de diciembre, apareció un hombre en un pueblecito de Nazaret, villorrio sin importancia ubicado en una provincia fronteriza de un apartado lugar del imperio romano, *carrefour* de civilizaciones ancestrales, denominado Palestina. Ese hombre llamado Jesús de Nazaret transformó la historia de Occidente y con ella, la del mundo. ¿Qué hizo este hombre para tener tamaña influencia?

Cuando dejamos la narración y emprendemos la reflexión, la argumentación y el intento de razonar lo ocurrido, resulta que no es nada fácil dar con unas cuantas claves explicativas. Aquel hombre, Jesús, hizo poco. Tres años de actividad o a lo máximo siete, no dan para mucho. Sobre todo siendo —como nos dicen G. Theissen y J. D. Crossan— una suerte de predicador ambulante, de predicador curandero, que desarrolló su actividad alrededor de unas cuantas pequeñas ciudades acostadas junto al lago de Genesaret.

Lo extraordinario es que fue capaz de verter unas semillas transformadoras en el corazón y las expectativas de varios hombres y mujeres. Desde entonces aquellos hombres y mujeres que tuvieron contacto con él ya no vieron igual la realidad ni la vida. Soñaron que era posible un mundo distinto, donde todos fuéramos iguales; un

hogar de fraternidad en vez de un bosque lleno de alimañas; una casa de acogida con calor y pan caldeal para todos, especialmente para los más malheridos; una sociedad de seres humanos dignos y reconocidos sólo al mirarnos a los ojos, sin necesidad de acudir a papeles y documentos de identidad. La novedad desconcertante fue que dijera que una sociedad así era lo que Dios quería, sin importarle tanto ni templos ni culto ni ofrendas ni rezos.

Los pensadores de antes y de hoy han denominado *mesianismo* a esta inquietud que recorre nuestra alma, y que se ha clavado como un aguijón de radical insatisfacción en las entrañas de nuestra cultura. Donde quiera que surja una mirada que diga que no le gusta nuestro mundo ni nuestra sociedad, e inmediatamente le brote una ansia de liberación, ahí está el profetismo que recorrió a Israel desde el Éxodo a Amós, y desde Jesús hasta el más reciente revolucionario de mañana. Jesús no inventó esta ansia de liberación, sólo la excitó y la puso en conexión con lo más sagrado del ser humano y de toda realidad, a quien llamamos Dios.

Se dice que la revolución de Jesús de Nazaret consistió en elevar el **amor** sobre cualquier otro estatuto. No es la ley, ni las constituciones bien hechas, de acuerdo a la experiencia y la razón jurídica o científi-

ca, lo que nos proporcionará la paz, la humanidad y la justicia, sino el amor. Este mensaje suena a ingenuidad. Una tremenda ingenuidad viendo nuestro mundo y contemplando la historia de la humanidad. Gordon Childe nos dirá que desde el paleolítico el hombre no ha dejado de ser un carnicero para el otro ser humano. ¿Qué garantías tiene el amor de salir triunfante de semejante historia? Ninguna, parece. Y, sin embargo, cada día y cada instante donde se hace la experiencia de saltar por encima de la ley y aplicar el corazón y las manos abiertas, escuchamos el latir de una promesa de felicidad y atisbamos que merece la pena, aunque se necesita mucho coraje para creer en ella y para llevarla a cabo.

Jesús de Nazaret tampoco parece que se hiciera muchas ilusiones respecto de las posibilidades reales de llevar a cabo tal utopía. Sabía de la flaqueza y de las sombras que anidan en el corazón humano. Pero no cejó de proclamar, a quien lo oyera, que no menos que tal sueño debe presidir nuestros afanes y esfuerzos. Incluso murió colgado por ser coherente con este mensaje. Esperaba que lo imposible para el ser humano lo culminaría Dios, el Amor incondicional, a partir del empeño humano.

¿Qué tuvo de original este hombre Jesús de Nazaret? Lo discuten hasta hoy exégetas como G. Vermes y filósofos como A. Schaff. Y sin duda, tienen razón cuando afirman que todo lo que Jesús de Nazaret dijo, sobre Dios o sobre el ser humano, ya estaba dicho. No fue original en este sentido. ¿Cuál fue entonces la aportación que conmovió al mundo de este hombre, que ni fue místico como Gautama Buda, ni sabio moralista como Confucio o Lao-Tsé, ni fundador religioso-militar como Mahoma, ni profeta como Isaías, ni dador de la ley como Moisés?

Intuimos que nada en particular, sino esa unión o cóctel de amor, sed de justicia, sagrado que es el hombre y culto a un

Dios cercano y amoroso a través del esfuerzo por humanizar este mundo.

Quien ayer y hoy siente que al escuchar su mensaje y mirar hacia su vida hay un eco que se agranda en su mente y en su corazón, en sus ansias y en sus esperanzas, y se siente más humano y hasta más divino, es a quien la semilla del Nazareno ha tocado y comienza a transformar. En este momento hay que andar con cuidado. Si uno se deja prender demasiado corre el riesgo de desvariar. La gente, hasta sus parientes más cercanos, dirán que ha perdido la razón y procurarán hacerlo “razonable”. Sentirá que la contradicción con este mundo es la señal del cristiano y vislumbrará que un hombre así, capaz de despertar lo mejor de nosotros mismos, está en la órbita de Dios mismo. ☪



Una mirada

a la función social

del internet

Blanca Chong López

BLANCA CHONG LÓPEZ

Licenciada en Sociología por la UA de C y maestra en Comunicación por la UA Ciudad de México. Profesora de asignatura en la licenciatura en Comunicación y la maestría en Educación y Desarrollo Docente en la UA Torreón.

En la mayoría de los libros y artículos sobre el tema, se hace referencia al internet como “la red de redes de computadoras”. Sin embargo, es posible formular una definición que muestre la función social que cumple esta herramienta tecnológica.

Podemos entender al internet como un nuevo *espacio de interacción entre los seres humanos*, que está mediado por computadoras, lo que le da características especiales. Es indispensable considerar que la participación individual o colectiva en internet implica una interacción social entre personas y grupos. Por ello, Camacho propone comprender este medio como “una red de redes humanas que utiliza una plataforma de conexiones electrónicas mediadas por computadora”.

Para quienes sustentan una visión social del internet, lo importante es que esta herramienta pueda contribuir a transformar el mundo en uno más justo, equitativo y sostenible.

Cuando se hace referencia a las tecnologías de comunicación, la idea que predomina es que se trata del *progreso*. Sin embargo, el ideal del progreso vigente en nuestros días evita que se consideren algunas cuestiones:

¿Para qué sirven todas estas tecnologías de comunicación? ¿Qué relación hay entre

las necesidades de comunicación de los hombres y de las sociedades y esta explosión de tecnologías? ¿Hasta qué punto sienten los hombres la necesidad de comunicar? ¿De comunicar qué y a quién? ¿Qué relación se establece entre comunicación tecnológica y comunicación humana?

¿Qué interés se encuentra en tener cien canales en casa o en poder consultar directamente la biblioteca de Alejandría o la del Congreso de los Estados Unidos? ¿Cuál es el costo y el precio de esta revolución?

¿Qué desigualdades y qué relaciones de fuerza se desprenden de todo ello? ¿Qué problemas resuelven las tecnologías de comunicación y qué problemas plantean?

Ante estas preguntas el dogma actual identifica la felicidad individual y colectiva con la capacidad de estar “conectado” y “multiconectado”, con la consecuencia de que toda crítica y escepticismo se interpretan como un *rechazo al progreso y al porvenir*.

Un aspecto importante a considerar cuando se aborda el tema de las tecnologías de información y comunicación, el cual no es contemplado en esta idea del progreso, es la denominada *brecha digital*, expresión de las desigualdades profundas que existen en la sociedad. Para superarla, es necesaria una visión social que ponga a las tecnologías de la información y la comuni-

cación al servicio del desarrollo humano. Una visión que considere que la sola conectividad es importante, pero no suficiente para contribuir al desarrollo: se requiere el acceso equitativo, uso con sentido y apropiación social de los recursos tecnológicos.

Un *acceso equitativo* implica fortalecer el alcance público a los recursos de internet, que exista disponibilidad de conectividad a un precio razonable y la capacitación básica en el manejo de las herramientas, a fin de que más personas puedan utilizarlas.

Pero el acceso a las tecnologías no lleva necesariamente a la superación de las desigualdades sociales. Se requiere promover su *uso con-sentido* y su apropiación social. Un uso con-sentido implica utilizar de manera efectiva los recursos tecnológicos; incluye la posibilidad de producir contenidos propios y acceder a otros de utilidad, en el propio idioma.

La *apropiación social* existe cuando los recursos de internet contribuyen a resolver problemas concretos para la transformación de la realidad.

El uso y apropiación de las tecnologías para el desarrollo debe contemplar asimismo una ética de la solidaridad, basada en valores profundos, que permita la transformación interior de las personas y sus relaciones.

En esta concepción del uso de las herramientas tecnológicas se parte de una mirada integral del desarrollo, como “la realización del potencial humano en sus diferentes dimensiones, la prosperidad económica con equidad y el fortalecimiento democrático con transparencia y justicia social”.

En la visión social que se propone, las tecnologías no siempre son relevantes para transformar la realidad. El desafío es comprender cuándo y en qué condiciones el internet puede aportar algo al desarrollo.

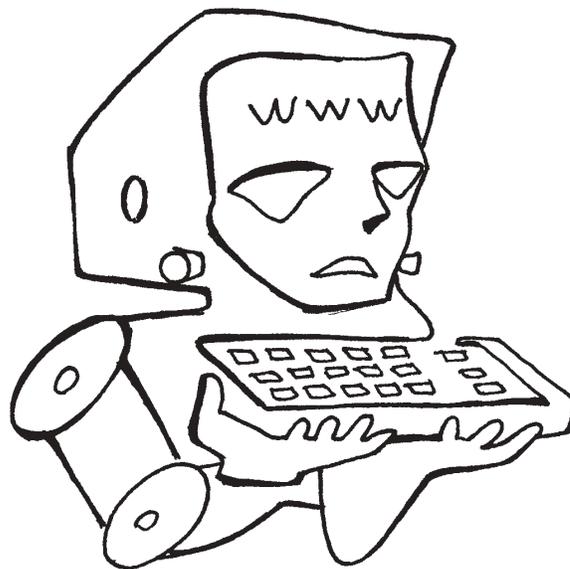
En la experiencia latinoamericana es posible identificar tres tipos de resultados positivos del uso de las tecnologías de información y comunicación, que muestran

cómo éstas, si bien no resuelven los problemas sociales, pueden contribuir de manera indirecta al desarrollo:

·*Participación en un mundo más grande.* El uso del internet facilita el acceso a más fuentes de información actualizadas, así como la participación entre personas y grupos geográficamente dispersos.

·*Nuevas formas de trabajo colaborativo.* Se hace viable el establecimiento de nuevas relaciones y trabajo colaborativo, de manera descentralizada.

·*Fortalecimiento de múltiples voces.* Permiten a personas y organizaciones abrirse un espacio para dar a conocer al mundo sus prioridades. 🗣️



HACIA EL VI FORO DE DERECHOS HUMANOS DEL SISTEMA UIA-ITESO

José Edgar Salinas Uribe

Integrante de la comisión organizadora

“ANA PATRIA NUEVA”

¿Por qué ese nombre? Esperé la respuesta observando con atención su rostro oscuro de ojos cavernosos; su bronceada cara arropada por el misterio de una selvática cabellera. Miró al valle como queriendo encontrar algo que esperaba, a caso imaginado, tal vez deseado. Con una voz pausada y dejando caer poco a poco las frases, como si sólo pretendiera agrietar el silencio, me dijo:

“Cuando la matanza de Acteal, nos fuimos al cerro pa’ protegernos de los paramilitares. Allí nació la niña, debajo de un árbol que nos gustó a su madre y a mí, era bonito, lleno de hojas y un tronco grueso. Cuando vi a la niña abrazada por su madre le dije que íbamos a luchar toda nuestra vida pa’ que a ella no le tocara sufrir como a nosotros, que queríamos una Patria nueva para ella y la íbamos a encontrar. Se lo prometí allí, cuando nació. Y por eso le pusimos el nombre de Ana Patria Nueva”.

Esa noche las montañas de los altos de Chiapas me cobijaron; estrellas de cielos rurales brillaban tímidas ante el reflejo de una luna imponente. Acostado sobre un petate lloré, pedí perdón, agradecí la experiencia. El voluntariado no era asunto de dar, sino de entrega; el voluntariado no era asunto de caridad, sino de justicia; el voluntariado no era asunto de meses o años, sino de vida; el voluntariado no era asunto de ayuda, sino de lucha; el voluntaria-

do no era asunto de apoyo y compañía, sino de, solidariamente, construir una Patria Nueva. Y de eso, también, se trata cuando de derechos humanos se habla, se actúa, se vive. No es posible crear una cultura de derechos humanos sin crear nuevas patrias. Ya alguien lo dijo con sobrada razón: no conviene poner vino nuevo en odres viejos.

En el año del error decembrino, aquél 1994, el Sistema Educativo UIA-ITESO comenzó a organizar, cada dos años, un foro de derechos humanos. El Foro, cuyas sedes han sido las instituciones del Sistema, ha ofrecido el espacio adecuado para discutir, reflexionar y proponer sobre una diversidad de temáticas, a saber: Promoción y educación para los derechos humanos (UIA León), Vinculación universidad-sociedad civil en la defensa y promoción de los derechos humanos (UIA ciudad de México), La justicia, la diversidad y el bienestar en México (ITESO), Nuestros derechos sin fronteras en el umbral del tercer milenio (UIA Tijuana), Derechos humanos y globalización alternativa: una perspectiva iberoamericana (UIA Puebla).

Los tres primeros foros tuvieron en su reflexión un sello marcadamente nacional. En Tijuana, el tema obligaba a una discusión centrada en el contexto de la relación México-Estados Unidos. Para el efectuado en Puebla la temática propició una discusión que facilitó la reflexión de situaciones que rebasaron lo meramente mexicano.

En octubre próximo la UIA Torreón será la sede del VI Foro, con una marcada intención de reforzar la tendencia de los anteriores, otorgándole un rostro que rebase nuestras fronteras.

Pretendemos que el Foro sea un espacio de expresión y enriquecimiento de las organizaciones, activistas, académicos y estudiantes, así como de propuestas alternas de respuesta a los desafíos.

Revisando el informe 2003 (correspondiente al 2002) de Human Rights Watch sobre América Latina, y el del equipo Nizcor, así como los avances en el diagnóstico sobre la situación de los derechos humanos en México, consideramos que los temas más acuciantes en este momento son: impunidad/procuración de justicia, pobreza y desigualdad, violencia, narcotráfico, tortura, migración y desplazamientos, derechos de los pueblos indios defensores de derechos humanos.

Todos ellos sobrepasan lo coyuntural y se inscriben en el centro de las estructuras socio-jurídicas y económicas en nuestros países, lo que les imprime un carácter complejo, cuyo abordaje, reflexión y propuesta de solución forzosamente está por encima de lo nacional, y obliga a considerar y compartir experiencias de diversos países, a fortalecer los lazos de solidaridad, apoyo y estudio entre quienes somos parte del movimiento por el respeto a los derechos humanos.

La fecha en que habrá de realizarse el Foro, en México presenta una oportuna ocasión para evaluar los avances del proceso de implementación de resoluciones derivadas de los resultados finales del diagnóstico sobre derechos humanos, en el que nuestro país participó, junto con la ONU, activistas y organizaciones civiles.

Considerando lo anterior, y para evitar la dispersión temática, en aras de profundizar en pocos aspectos de la poliforme problemática de los derechos humanos, proponemos que el VI Foro tenga como eje conductor el tema:

Procuración de justicia y derechos humanos

En el cual hemos de desentrañar los siguientes subtemas:

- Tendencias de la reforma penal
- Impunidad
- Violencia, violaciones graves y reparación del daño
- Corrupción, terrorismo y seguridad pública
- Rol, replanteamiento y fortalecimiento de los organismos públicos de derechos humanos

El perfil del Foro orientará el encuentro, no a la disertación o a la pura teorización, tampoco a sacar declaraciones grandilocuentes sobre el tema eje, sino a analizar, compartir experiencias y proponer alternativas factibles. A veces los cielos de foros como éste se encuentran plagados de nubes cargadas de ideas; hace falta que hagamos llover propuestas prácticas, hechos. Si es el caso, queremos llegar a formular propuestas concretas que no se limiten a una declaratoria; por tal razón será imperativo que la modalidad del trabajo rebase la exposición magistral o al panel de expertos, y que las organizaciones civiles, activistas, académicos y estudiantes puedan opinar y aportar toda su experiencia y conocimiento.

Hace poco platicaba con una ferviente luchadora social, que de joven se atrincheró en sierras y sueños joviales y a la que ahora le ha tocado tomar decisiones desde las instituciones gubernamentales, sobre la necesidad de volver a la primavera que hizo florecer el grito de la imaginación al poder. No con un afán estético o por mera nostalgia. Se trata de recurrir al maná de la creatividad para poner empeño en concretar una cultura de vigencia de los derechos humanos, que no es más que humanizarnos, sin más, sin menos, pero ya. Las patrias nuevas deben dejar de ser proyectos nonatos para convertirse en realidades. Y allí las universidades, los activistas, funcionarios y estudiantes, le debemos una respuesta a la realidad toda, pero a nuestra conciencia en principio.

El VI Foro, creemos, será un espacio, cuyo gesto mínimo de decencia con la causa de los derechos humanos, se centrará en tejer propuestas a partir de la colorida diversidad de quienes ofrecerán conferencias, compartirán su experiencia y su lucha, impartirán cursos y participarán de él.

Será, pues, una ocasión propicia para aportar en la construcción de las patrias nuevas donde anhelamos convivir y desarrollar nuestra humanidad, la de nuestras amigas y amigos, la de quienes están creciendo y la de quienes pronto y más tarde nos acompañarán, y quizá se verán estimulados a consolidar esas estructuras de convivencia amalgamadas por el respeto a los derechos humanos y que otras y otros, antes que ellos, se apresuraron a sembrar: los que ahora somos.

Estaciones de soledad

Edgar London

EDGAR LONDON

La Habana, 1975. Escritor, crítico y ensayista. Numerosos artículos suyos han sido incluidos en revistas nacionales y extranjeras. Ha publicado los libros de cuentos *El nieto del lobo* (2000) y *(Pen)últimas palabras* (2002).

Esclavos de los dogmas, hoy, pensar en el otoño es cubrir de gris y tristezas el entorno. Ya sea por las hojas que caen o la temperatura declinante, por la eminente aparición de los abrigos, aisladores del cuerpo en su ilusoria benevolencia, o por la simple prédica de un poema melancólico en estaciones, todos somos propensos a cubrir de espacios, de distancias, a veces insalvables, nuestro propio ser, anhelante de calor. El verano, en cambio, favorece las condiciones para un roce fortuito, la ligereza de vestidos se convierte en reflejo de la ligereza del alma, y las circunstancias, en oportunidad de encuentro, beneficio mayor que proporciona el calor ajeno desde una relación que acentúa el ser comunitario que somos. Sin embargo, ahora que el verano acecha, inevitable, la humanidad parece desierta y nosotros, su esencia, continuamos jugando a explorar Marte o a descifrar códigos genéticos sin conocer siquiera los gustos del vecino con quien nos cruzamos a diario.

“El hombre es nostalgia y búsqueda de comunión” (*El laberinto de la soledad, Posdata y vuelta a El laberinto de la soledad, México: FCE, 1999, p. 211*) afirma Octavio Paz, y aún después, agrega que “todos nuestros esfuerzos tienden a abolir la soledad” (p. 212). Yo me solidarizo con tales aseveraciones, pero no puedo dejar de preguntarme por qué entonces nos atormenta esta certidumbre de hallarnos completamente solos. Bastaría, quizás, poner de ejemplo a una buena amiga que año tras año, el día de san

Valentín, recibe gustosa una postal llena de elogios y felicitaciones. Una postal idéntica a otras tantas millones dirigidas a otras tantas amigas, y que ella espera con verdadera ansiedad, aunque recibe con fingida sorpresa porque es ella, mi amiga, quien se la ha enviado, por tercer año consecutivo, a falta de un remitente mejor.

Asegura que hay muchas mujeres en Estados Unidos y Europa que actúan igual, y no pongo en duda la sinceridad de su comentario. Mis vacilaciones son otras. Resulta irónico que, a medida que se incrementa exponencialmente la densidad de la población mundial, a juicio de hombres y mujeres, decrezcan las posibilidades potenciales de hallar pareja (tomando el término “pareja” cual complemento físico y espiritual). La paradoja disfraza su falsedad ante la razón. No somos números, así que no por rodearnos de mayor cantidad de personas estaremos más acompañados. La sensación de soledad habita en nosotros y debemos arrancarla desde adentro.

En cambio, sí somos seres sociales, y la sociedad, ese monstruo abarcador, alterna sus funciones de receptor y emisor de nuestra individualidad. El trabajo o el arte pueden ser medios para canalizar dicha individualidad y hacerla asequible a los demás. Las leyes, los prejuicios, por el contrario, en su propósito director, frecuentemente hacen de barrera contra las intenciones de sobrevivir al ascetismo que

imperera en el ambiente moderno. Cabría precisar: incomunicación. Es un error frecuente tener por sinónimo de conjunto la suma de individualidades. Vale citar para ello el conocido fenómeno del internet. Socialmente, la red de redes no puedo entenderla de otra manera que no sea como una multitud de soledades. En internet no existe verdadera intimidad, sino una interrelación de proyecciones personales. Es sabido que por la red no viajamos nosotros, lo hace la idealización de una imagen, con suerte y verdadera honestidad, el *yo* que pretendemos ser. No compartimos experiencias, en su lugar divulgamos relatos que las abordan. La única experiencia verdadera y común entre dos internautas se limita a su encuentro fortuito en la red o la pérdida de la conexión: un “hola” y un “adiós”.

La sociedad es conjunto y es relación entre sus miembros, en perpetuo diálogo con la esencia humana que nos caracteriza. En ella solemos (y ¡debemos!) encontrar el importante equilibrio comunitario que nos salve de la nostalgia. Por eso la familia, base de la sociedad, juega un papel preponderante en esta búsqueda que hemos de soportar desde que abandonamos el vientre materno (único refugio donde estamos a salvo de nosotros mismos). Una familia unida constituye un punto de partida inmejorable para interactuar con el medio que nos rodea. Ahora bien, si la familia es la base de la sociedad, considero a la pareja base de la familia y, por consiguiente, de la *antisoidad*. Y es que el enemigo por antonomasia del *uno* no ha de ser ni el tres ni el cuatro ni el millón, sino el dos, vecino disoluto y fatal que lo duplica, lo equilibra, le resta su arrogancia habitual para obligarlo a compartir. Somos, por naturaleza, animales comunitarios y cuando nos convencemos de la importancia de una pareja, ya el miedo a quedarnos sin esa otra mitad no nos ha de abandonar jamás.

Afortunadamente, el raciocinio ha evolucionado en esta generalizada necesidad

y, sobre la base del amor o del desarrollo social, ha logrado simplificarla a su esencia primigenia: constituir un complemento físico y espiritual ineludible para cada individuo. Sin ánimos de totalizar (porque de absolutismo no está hecho el mundo), podemos afirmar que han quedado para excepciones los matrimonios arreglados, la fobia a las uniones interraciales o a las que exhiben sin pudor una marcada diferencia de edad entre los cónyuges. Cada quién se sabe libre de escoger a la persona con quien desea compartir su vida e incluso se ha incrementado el número de aquellos que obvian los trámites legales o las prescripciones religiosas al momento de formar una pareja.

Sin embargo, todo conjunto implica selección y cualquier sistema de selección, paralelamente, aporta exclusiones. La sociedad, conjunto al fin y al cabo, no escapa a esta verdad. Por tal motivo no debe asombrarnos que en las elecciones presidenciales a celebrarse este año en los Estados Unidos, uno de los puntos que abordan los candidatos sea el controvertido tema de la oficialización de los matrimonios entre homosexuales (criticado a la par de las invasiones preventivas, la tasa de desempleo o la pena de muerte). Al margen de la evidente supresión de derechos a individuos que no cumplen las imposiciones del gobierno norteamericano y que así los aísla, resulta una querrela irónica al comprobar que en algunos países europeos el matrimonio entre homosexuales ya ha sido aprobado. Señalemos a Dinamarca o Países Bajos, en este último, incluso, algunas parejas estables han conseguido la posibilidad legal de adoptar niños.

Criterios personales a un lado, las regulaciones excluyentes en el orden social pueden adquirir trazas ridículas. En Cuba, por ejemplo, se requiere que un arquitecto dé constancia de la cantidad de metros cuadrados de una residencia si sus anfitriones desean incorporar al núcleo familiar otro integrante. En caso de que el arquitecto califique de insuficientes la cantidad de metros, legalmente

no se permitiría al nuevo inquilino vivir en la casa.

El ridículo también puede ceder su lugar a las más espantosas manías de aislamiento en las actitudes políticas a escala internacional. Mientras los dirigentes proclaman amistad y solidaridad, se levantan nuevos muros para separar naciones (que es separar familias, individuos, conciencias, otra manera de quedar náufragos). Muros cuyo destino final es siempre idéntico: la fragmentación tardía, su reducción a piezas museables que ha de recoger el patrimonio local para que forme parte de su acervo histórico. Entretanto, no se puede romper con mazas y picos la sensación de soledad que el muro ha instalado en los corazones de quienes aleja. En la nueva Alemania las soledades se superponen o se engullen unas a otras. Nunca se funden. La mezcla de dos soledades atenta contra la esencia que la distingue. Aún hoy, si tuviéramos el imán adecuado, podríamos seleccionar de una pasada gigante por encima de la nación germana los antiguos ciudadanos de la República Democrática Alemana y la República Federal Alemana.

Ya sea por causas sociales, políticas o económicas, esta distancia existencial que se infiltra no hay balsero o espalda mojada que la remonte. Es lejanía entre las almas. Nostalgia de la que podemos ser presa en cualquier nación, seno familiar o relación de pareja. De ahí que muchos miren hacia arriba aguardando apoyo espiritual. Sabemos que Dios creó a la mujer porque el hombre estaba solo, y ahora todos (hombres y mujeres), en el colmo del egoísmo, ansiamos convertirnos en la compañía de Dios.

Otros, lastimosamente, asumen con rispida dignidad su estado solitario y tratan de acomodarse a él. Actitud que, de propagarse, nos arrastraría peligrosamente hacia el insensible e hiperbólico mundo descrito por Asimov en *El sol desnudo*, donde sus moradores se espantan con la simple idea de tocarse. Acepto el carácter exagerado de la comparación si se toma literalmente y con

carácter global. En el orden individual, no obstante, el espanto sí nos hiere (no al roce físico, sino a la fragilidad espiritual) y por ello evitamos reconocernos en el papel de robinsones ambulantes en esta isla que llamamos conciencia. Al paso del tiempo solemos perder el sentido de la existencia y paulatinamente, cual nostalgia que se desangra, el de la vida. El suicidio cobra súbito auge. Se transforma en una solución redentora, fácil y viable. Triple engaño. El suicidio es la manifestación sublime de la soledad. Clímax letal. Sospecho en cada suicida un único ser, indivisible, que procura formar parte del universo mientras se separa irremediablemente de él. Al resto, aquellos que resistan, no les será deparada mejor suerte. Sencillamente descubrirán un día que han envejecido y tendrán entonces que someterse al fracaso porque “envejecer —dijo George Bernard Shaw— es irse quedando solo”.

Pero la solución existe. No importa si en otoño o en verano. Es imprescindible enfrentar la soledad desde la soledad. Nada de estrategias vanas o autoengaños. Cuando admitamos que estamos verdadera y eludiblemente solos, podremos ser capaces de encontrar una compañía afin, otro ser que desde el laberinto de sus miedos acuda a nuestros brazos, no para romper su aislamiento, sino para encontrar la otra parte de sí mismo, el complemento que lo justifica como ser humano. Se trata, en cada saludo, de abrir los corazones a la par que extendemos una mano. Y si alguien mañana nos pide refugio muy adentro, en el alma, demostrar que siempre habrá en ella espacio suficiente.

Apenas necesito que me perdonen esta leve traición: permanecer sentado, con un montón de papeles por única compañía y desgarrado en reflexiones. La literatura es, *a priori*, un oficio que se practica en solitario. De cualquier forma ya tengo bien pensado mi primer paso en este largo camino que ha de llevarme rumbo a la felicidad.

Prometo, el próximo día de san Valentín, enviarle a mi amiga una postal, una flor, y regalarle un beso. ♡

Tristezas de la erótica

Mario Antonio Rosa

MARIO ANTONIO ROSA

San Juan, Puerto Rico, 1965. Fue cronista cultural de su país en la Feria Internacional del Libro de Guadalajara (1998–2000). Ha publicado *Misivas para los tiempos de paz* y *Tristezas de la erótica*; actualmente se encuentra en prensa *Duelo de la transparencia* (Instituto de Cultura Puertorriqueña).

Como un rastro de vino hacia la ausencia
tus ojos se despiden
ofrecen los cansancios de un celaje
y el baile manso
se apalabra en el espectro que nos usa.

Desnuda y última
la miel de tu sueño creador
va tallando el viaje pronunciado
el cuerpo se retira a las cenizas

la vestidura es nueva
en infinita cal sobre sus luces

cuerpo final
al que no pude nacer con mi semen y mis palabras
para vivir libre sobre los días de una fábula soleada
cantando los hijos del destierro

te voy amando extraño

el cuerpo miente y tus ojos se marchan.

Fragmento del libro *Tristezas de la erótica*, Editorial Isla Negra, 1998.

El aroma *del viento* Daniel Zetina

*Y en la piel de las uvas
me pareció tocarle*

PABLO NERUDA

DANIEL ZETINA

Distrito Federal, 1979. Radica en Morelos desde 1987. Es Licenciado en Letras por la UAE Morelos, editor de la revista *Tabique* y de la gaceta *Humanidades*. Ha participado en radio y difusión cultural y ha trabajado como corrector de estilo. Colabora en suplementos y revistas de Morelos. De 2001 a 2002 coordinó *El café con letras*.

I

La carne cuando choca duele;
bienvenida sea la sangre de los que caen,
los atormentados que desayunan despacio,
quienes pasan delante de todos y no ven nada,
los que muerden los puntos de la aurora;
los mejores y los desaparecidos.

Ven,

vamos a la casa del refugio,
por la miel que abre todas las puertas,
en los perímetros de la casa a oscuras.

II

Las ventanas acercan cada segundo el viento.
Nos quedamos mirando,
de pie, la carne.

III

Dejo el camino
y tomo la vereda más grande
y pura de tus perlas de agua.

Qué se vayan todos los que no estuvieron despiertos,
qué se vayan.

De este pecho no mamarán los pobres
ni los cobardes;
vamos a incendiar el viento
para ver nuestro horizonte.
Venceremos.

Venceremos y seremos vencidos,
y seremos cadáveres,
ejes vencidos por el tormento.

IV

Se acerca el día.
Vamos a quedarnos mirando
de pie, la carne.

Las piernas muerden el espacio.

Me llevo en tu pelo la nostalgia.

Tu carne es el mejor olor del viento.
(Tu sexo renombra el tono de la carne, toda).

V

Espérame en la esquina del espejo,
voy a regresar a decirlo todo
y voy a huir, como tú, al pecado, al fuego.

Cuando ya no tenga sangre
refugiaré la herida en las almohadas.

Dormiré tranquilo, tal vez, pero aún con miedo:
la carne cuando choca muere;
los hombres desnudos ya no hablan;
tu risa cruza, eternamente, la madrugada;
los pasos quedarán marcados, por siempre;
la carne es vigilia.

VI

Ha sido descubierta la locura en nuestros cuerpos.
Anidaré en los matices de tu nombre.

La carne es más pura que la piel,
la sangre resucita todo el año.

Cuando se encienda la luz del cuarto voy a perderme
y te miraré cantando.

VII

Recuerdo que tu olor es la mejor carne de todos los vientos.

Qué Sherlock Holmes me explique el dolor

Jesús Gerardo Segura Medina

JESÚS GERARDO SEGURA MEDINA
Saltillo, Coah. 1955. Profesor y egresado de la licenciatura en Filosofía por la UANL. Crítico de cine por la UIA ciudad de México, licenciado en Letras Españolas por la UA de C y diplomado en Análisis Político y Administración Municipal y en Letras Modernas por el Centro de Extensión Saltillo de la UIA Torreón. Ha sido consejero del periódico *Palabra*, del Grupo Reforma; maestro, investigador y funcionario en diferentes centros de enseñanza media y superior; coordinador de la red *altexto-ANUIES* región noreste. En el gobierno de Coahuila ha desempeñado diversos cargos. Actualmente es coordinador de la Unidad de Crónica y Memoria del Despacho de Rectoría y coordinador editorial de la colección *Siglo XX*. Escritores coahuilenses de la UA de C, consejero editorial del *ICOCULT* y editor independiente. Ha publicado varios volúmenes de poesía, narrativa e investigación. Entre otros, ha sido distinguido con los premios "Julio Torri" de cuento (*ICOCULT*) y Nacional de narrativa erótica (*El Correo Chuan*, Monterrey).

A la memoria de don Margarito Vázquez

A los documentos hay que tratarlos como a las mujeres para que te digan la verdad. Esta sentencia la dejó caer Alfonso el mediodía en que nos conocimos por puro accidente, sin ninguna otra circunstancia más que la casualidad, y tal vez una confabulación de estrellas que coincidieron para presentarnos. Él había caminado en silencio hasta la mesa donde desparramé, a primera hora de la mañana, docena y media de documentos coloniales, y ante cuya muralla inexpugnable se me ensortijaban las ideas sin encontrar la punta de la madeja.

Me volví a ver al que, sin anuncio ni ceremonia, ya me hablaba de tú. Me volví para conocerlo de frente, y hoy todavía me pregunto si debí hacerlo: era un tipo de ojos grandotes, sonrisa de santo y manos palpitantes, que como si nada, se siguió de frente armando taxonomías de documentos, e instruyéndome sobre la manera correcta de tomarlos para evitar roturas; o haciendo alusión a los detalles que uno debe observar para no dejarse engañar por escribanos apócrifos: por ejemplo, advertir la tinta empleada, las florituras de las rúbricas o su sencillez.

A la hora de cerrar, comenté el encuentro con Alfonso, y una compañera del

Archivo dijo: eso no es nada, espérate a que conozcas a don Margarito.

Alfonso siguió apareciendo ante mi mesa, con sus ojos grandotes, su sonrisa de santo, y siempre blandiendo una frase célebre por saludo. Entonces iniciaba su lección espontánea y brillante acerca del manejo de documentación histórica. Así fue como fabricamos una amistad lírica, fundada en el sobresalto de la palabra escrita, y exenta de protocolos.

Una tarde me invitó, como parte de un grupo, a tomar una cerveza a su casa para presentarme a su papá: don Margarito. No sólo de mi compañera había escuchado comentarios asombrados acerca de don Margarito y su sapiencia, sus maneras crudas, de la socarronería con que disfrazaba un chiste o un consejo; también los amigos sabían que una tarde con el padre de Alfonso era una tarde que bien justificaba un trozo de vida.

Don Margarito había resistido inundaciones y carencias; conocía a su pueblo como a su propia sangre; escribía diariamente; era un bebedor placentero; y, por sobre todo, un lector voraz, especialista en *El Quijote*.

Perfecto, pensé. Quien dice Cervantes, dice Conan Doyle. Y armado con mi fantasía, me presenté en casa de Alfonso dispuesto a sostener con don Margarito una

larga conversación acerca de Sherlock Holmes.

Fue, sin embargo —confieso ahora que ha pasado tanto tiempo—, una velada pasmosa y antiuniversitaria: ron a manos llenas, sones a borbotones, libros, autores, músicos, cháchara; un cariño de barlovento de parte de los comensales hacia don Margarito, quien con su conversación pícaro, a veces de académico de la lengua, a veces de pirata, sostuvo el peso de la tarde, que se convirtió en noche, y despuecito en madrugada, hasta que tuvimos que marcharnos, porque, como dijera el jurista, ya es de orden.

En el filo de la banquetta, con el amanecer reventando en su propio anuncio, pedí a don Margarito su opinión sobre Conan Doyle.

—No es Cervantes, desde luego —dijo—, pero en la literatura hay escritores que aunque no sean luminosos, son buenos conductores de luz.

Con esta paráfrasis de *El Sabueso de los Baskerville* en la mente, regresé a Conan Doyle esa misma tarde, y como al desgaire releía parte de su obra. De tanto en tanto, en medio de las visitas que hacía Alfonso a la mesa donde desparramaba documentos coloniales, le preguntaba que cuándo volvería a ver a su padre, lo que por fortuna ocurrió muchas veces más. Pero en ninguna de ellas hablamos de Sherlock Holmes. Ciertamente bebimos cerveza y escuchamos a la Sonora Matancera, y él diseccionó al *Quijote*, y disertó sobre la reina Isabel, y analizó el comportamiento de la Corona española en el Renacimiento, y narró su travesía por la vida, y sus encuentros con la historia, pero de Holmes, ni sus luces. Creo que no era necesario.

Esta semana una llamada traperera me anunció, a primera hora de la mañana, que don Margarito se había marchado a vivir con Don Quijote para siempre. No supe qué hacer, salvo sentarme a llorar quedito,

para no despertarlo; recordar su modo de charlar, casi asmático; sus cejas pobladísimas, su risa de muchacho travieso; y seguí triste de frente, hasta esta hora, sin saber cómo llamarle a Alfonso y decirle todo lo que lo sentía, y sin saber cómo defender estos ojos papujos y esta necesidad de estar con él.

A ver, qué Sherlock Holmes me explique el dolor. ☹

21 de mayo de 2004



Tras una *poética sapiensblataria* en “*Trópico de cucarachas*”

Jesús Antonio Rodríguez

JESÚS ANTONIO RODRÍGUEZ

Estudiante de la maestría en Estudios Latinoamericanos en la UNAM. Coautor de los discos compactos *Rolas y De acordes y caracoles*, producidos por Dibujos Animados. Ha publicado poesía y textos varios en la revista de literatura *Estepa del Nazas* y en el suplemento *Siglo Nuevo*.

“El desempleo lleva a situaciones insólitas pero no irracionales”. Así comienza “Trópico de cucarachas”,* cuento de Saúl Rosales Carrillo. Escrita en primera persona, la historia se desliza entre el humor y la crítica a una sociedad antropófaga –cucarachófaga, dirá el narrador y personaje principal de la historia– que provoca la depredación entre sus propios integrantes.

El argumento es, a primera vista, simple: un joven periodista capitalino llega a una ciudad de la provincia. Tras obtener un empleo mediocre como corrector de estilo en un diario, logra hacerse de una casa de interés social que descubre infestada de cucarachas. Molesto por esa situación, el inquilino comienza a practicar diversas técnicas y recetas para el exterminio de los insectos, pero sus esfuerzos resultan vanos y cada día parece haber más cucarachas en la casa. En el trabajo es ascendido a reportero, lo que significa una mejoría en su calidad de vida, o cuando menos eso piensa al principio. Sin embargo, en sus reportajes, el joven periodista empieza a tocar a personajes importantes en la vida pública y éstos emprenden una campaña de exterminio contra él. Ante la presión, prefiere renunciar, no por cobardía, sino por impo-

tencia, según lo aclara en sus reflexiones. Entonces, el odio hacia las cucarachas que comparten su soledad se transforma. En el fondo ellas y él no son tan distintos, son víctimas del rechazo y la segregación. Y si de la identificación común a la simpatía hay un paso, también es cierto que, aunque no se tenga empleo, algo hay que comer.

Esta historia le sirve de plataforma a Rosales Carrillo para crear toda una poética (entendida no sólo como construcción estética o discursiva, sino como una cosmovisión) basada en las similitudes entre los insectos de las alcantarillas y los humanos. El lenguaje y la psicología del personaje irán tornándose confusos, haciendo evidente que la pertenencia a uno u otro género (humano o insecto) no es una cuestión tan definitiva como la ciencia ha pretendido establecer.

El protagonista, del que no conocemos su nombre, es visible en el texto a través de los recuerdos, la reflexión y las descripciones que hace de sí mismo y de su entorno. Por cortesías de la memoria, en una voz siempre en primera persona y no exenta de ironía denunciante, el personaje central expone ante el lector la forma como

pasó de ser un individuo productivo, con expectativas en ascenso y enemigo de las cucarachas que *era antes*, a ser el rechazado social, noctívago y solidario con los insectos que *es hoy*.

Así, la mayor parte de los acontecimientos narrados se ubican en un pasado indefinido, nostálgico–nebuloso, aunque no completamente lejano (“Yo no sabía nada de esto”, “llegué de un lugar”, “fue entonces cuando advertí”, “en aquel tiempo aún me permitía”...) que terminará desembocando en el “momento actual” que permea a todo el cuento y desde el cual todo es recordado, evocado, retrotraído. Es el regreso a ese “momento actual”, principio y fin de la narración, lo que constituye el efecto único y el desenlace de la historia; al final, el narrador confiesa que él también es cucarachófago: “Sobrevivo gracias a mis crujientes pero jugosos congéneres.”

LA METÁFORA, BASE PARA UNA POÉTICA

Si definimos la metáfora como “el entrecruzamiento de dos campos semánticos distintos para producir nuevos significados”, el cuento de Rosales podría ser considerado un gran sistema metafórico en el que son frecuentes las alusiones a los insectos (blátidos, cucarachas, ortópteros, blatarios) como seres humanos. De igual forma, por sus actitudes depredadoras y rastreras, en ocasiones las personas son referidas como si se hablara de insectos:

Además, las cucarachas aludidas en mis notas con presteza telefoneaban a la Dirección. Desde allí me ordenaban medida, tenga en cuenta, anunciantes, funcionarios públicos, etcétera. Hay que ver lo positivo. Es lo que más conviene al país/ claro salvo ciertos casos; otra vez etcétera. Las cucarachas me hacían sentir cucaracha. Yo no sabía responder con coraje/ aplastarlas, remolerlas con las suelas (p. 22).

Las constantes alusiones anfibológicas con las que el narrador alude a las cucara-

chas de uno y otro género (las de corbata y las de antenas), logran crear en el texto lo que hemos llamado una poética *sapiensblataria* permanente, que refuerza y habilita este sistema metafórico:

Lo cierto es que cada milímetro del mundo les pertenece. Entran y salen de la dirección de empresas, oficinas públicas, bancos; de coladeras, resumideros, cloacas, alcantarillas, atarjeas, registros de los drenajes caseros y de la calle (p. 27).

La metáfora no es gratuita. Gracias a ella, queda expuesta la decepción y la inconformidad inicial del personaje con su entorno; una sociedad cada vez menos humana, polarizada, regida por leyes evolutivas y donde prolifera la antropofagia social:

En el perro mundo y en el mundo donde la precariedad y la opulencia, la necesidad y el sibirismo se encuentran, los humanos comen escarabajos, murciélagos, monos... (p. 19).

Pudiera pensarse que este sistema metafórico (matrimonio semántico entre humano y cucaracha) produce una poética lúgubre, sombría y desesperanzada. Sin embargo, la característica principal de este Gregorio Samsa latinoamericano es el humor casi optimista con el que asimila su convivencia con los alados y salados insectos. Una relación difícil al principio, que se volverá tolerable con el tiempo (lo que no mata refuerza), para terminar trenzados en un amor simbiótico, eliminando cualquier diferencia entre blátido y humano:

Como se ve, ya para entonces me encontraba muy familiarizado con ellas. Observarlas me sacaba de la preocupación diaria del desempleo y la subalimentación. Aparte de verlas caminar por mis superficies epidérmicas –no había relatado que ya las procuraba y las montaba en mi cuerpo para darles algún placer premortuario– ya no me enfadaba verlas hurgar entre las cerdas de mi cepillo

dental, tampoco me inquietaba mirarlas empuñadas en meter su hocico bajo la falda de las tapas de las cocas; acepté que se posesionaran de la estufa, los trastos; que caminaran por el jabón del baño y que deambularan por cualquier área de la casa (p. 33).

La intencionalidad en la anfibología se acentúa cuando tratamos de ubicar el lugar “desde donde nos habla” el personaje principal. ¿Es desde el género humano o desde el género cucarachístico? Tal parece que desde los dos. La ambivalencia de la voz narrativa se hace notoria en un párrafo en el que el personaje rememora los intentos de *ellos* (los vecinos) por terminar con *nosotros* (las cucarachas). Hemos diseccionado este párrafo para ejemplificar el problema, porque creemos que en él son distinguibles los diferentes momentos y lugares de enunciación que se entrelazan en el monólogo interior del personaje:

1) Cuando se refiere a aceptar el destino, el origen ortóptero de las cavilaciones del personaje central parece muy claro: “tenía uno que aceptarlo, acostumbrarse. El destino cucaracho es cohabitar con los humanos” .

2) Sin embargo, algunas líneas más adelante, el protagonista reflexiona sobre su parte física, que es eminentemente humana: “el polvo, entonces, elevado por el viento y suspendido al alcance de nuestras narices y nuestros pulmones y nuestra precaria humanidad, era el insecticida...”

3) La disertación interna, semejante a la caída del caballo de san Pablo, termina con una proclama solidaria entre blatarios: “Olvidada la inutilidad del intento, lo repetirían los vecinos al siguiente año. Para nuestra desgracia lo hacen aún.” (p. 27 y 28).

Quedan, en la cucaracha-narradora, residuos visibles de aquel próspero periodista que fue antes. Entre ellos, la costumbre de leer el periódico, aunque sólo sea para coleccionar datos interesantes sobre los hábitos de los ortópteros (como el número de

especies existentes, el récord Guinness de velocidad registrada por estos bichos o la antigüedad de su estancia en el planeta); hasta la misión de detectar la guerra encubierta que se ha emprendido en contra de las cucarachas a nivel mundial y que es cada vez más evidente (y perceptible incluso en su dimensión armamentista: numerosos inventos que van desde trampas eléctricas hasta recetas milenarias incluidas en el viejo testamento). Del antiguo ser humano quedan también las constantes referencias literarias (desde Schahrazada hasta Henry Miller) y esa obsesión por la corrección de estilo, presencia constante en la escritura del texto; lo que hace evidente que no se trata simplemente de un relato oral, sino también de un texto literario escrito por cucarachas de génesis humana.

Sin embargo, no es este sistema poético *sapiensblatario* la única metáfora presente en el cuento. Podemos observar pequeñas metáforas que, aunque no se corresponden directamente con este gran sistema metafórico humano-cucaracho, pululan con efectividad por los rincones e intersticios del texto, denunciando el atinado uso de recursos literarios por parte de Rosales: Preferí deslizarme por los rieles de la lectura para atraer al sueño” (p. 22). “No debía permitir que con su tránsito ahuyentaran mi apetito de dormir” (p. 24). “Le compré lo elemental, una estufa económica, un refrigerador enano” (p. 20). “Sobre la albura del cielo de yeso blanco peregrinaban las rinocerónicas con su tridimensionalidad hiperbolizada por la sombra hijastra de la luz eléctrica” (p. 24).

Entre los recursos más notables utilizados en “Trópico de cucarachas”, están los juegos de palabras destinados a reforzar la idea de un filin cucarachezco, blatídico. Rosales Carrillo acuña un léxico propio que va desde la utilización de los sustantivos como adjetivos (cucarachas rinocerónicas, superficies algodonosas), hasta la creación de nuevos vocablos necesarios para denunciar la violación a los derechos

cucarachos (cucacultura, culturacha, exterminarachas, cucarachicida y matamoscas-matacucarachas). De igual forma, mediante la inclusión de una repetición de fonemas, Rosales ubica al lector en medio de una franca proliferación blataria, el ambiente se transforma entonces, gracias a la cacofonía, en un verdadero mitin de ortópteros saliendo de las alcantarillas del texto: "rachacuca rachacuca rachacuca racha." (p. 29).

FRENTE A FRENTE CON GREGORIO

Hemos ya señalado a la metáfora como el génesis de la poética *sapiensblataria* contenida en la obra. No obstante, en el estudio de la metáfora es importante tomar en cuenta lo señalado por Fernando Vallejo: se usa una palabra figuradamente para designar un referente nuevo o viejo, sin nombre o con él. Una vez que el hablante se acostumbra a la atribución de la palabra metafórica al referente a que antaño no le correspondía, ésta pierde su carácter de préstamo y se convierte en propia. Es decir que cuando el significado figurado se difunde, deja de sentirse como tal y la palabra adquiere un nuevo significado propio. De aquí que la inmensa mayoría de las palabras sean metafóricas sólo históricamente: no en la conciencia del hablante. No podemos decir, por ejemplo, que el *brazo* o la *pata*, hablando de la silla, sean acepciones metafóricas de ambas palabras. Algún día lo fueron; hoy en el idioma español, son acepciones generalizadas (*LOGOS: una gramática del lenguaje literario*, 1982).

En este sentido, la expresión *me hicieron sentir cucaracha* no es, obviamente, una frase original de Rosales. No obstante, la reutilización del lugar común para, a partir de ahí erigir toda una cosmovisión, sí lo es. Aunque en *La metamorfosis* Franz Kafka parece establecer una relación similar entre un individuo como ser económicamente autónomo, su percepción del mundo y la percepción que los demás tengan de él como medio de supervivencia, el autor che-

coslovaco lo hace en términos muy diferentes de los sugeridos por Rosales Carrillo. Mientras Kafka plantea una transformación *física* del personaje que trae como *consecuencia* la segregación social y familiar, Rosales ofrece la perspectiva contraria: la del desempleo y el rechazo social que provocarán en el sujeto una transformación interna, *psíquica*, y al mismo tiempo, afectará la percepción que él tiene de su entorno: él es una cucaracha, cierto, pero los demás *también* lo son.

La cuestión formal es aquí muy importante. Mientras Kafka prefiere un narrador ajeno y distante de los personajes, Rosales hace narrador a su personaje central, permitiéndonos ser testigos privilegiados de la mutación, sin intermediarios ni interpretaciones.

Por último, consideramos importante también revisar la forma de resolver el conflicto establecido por las dos historias. Para Kafka el problema no puede sino desembocar en la muerte del individuo. Después de escuchar las voces de su familia planeando la forma de deshacerse de él, Gregorio Samsa sabe que es el momento propicio para morir. Ya no despertará al día siguiente, será solo un caparazón seco y sin vida. El personaje de "Trópico de cucarachas", por el contrario, demuestra una gran capacidad (y humor) para adaptarse a los cambios extremos y termina sobreviviendo *gracias a sus congéneres*, no a pesar de ellos. Vale decir que, si el mundo es caníbal, antropófago y cucarachófago, pásenme una antena y una ala, porque yo ya tengo hambre.

EN CONCLUSIÓN

Creemos pertinente una aclaración en este punto. Al aventurarnos en esta breve comparación entre textos, no pretendemos instaurar criterios de valor que establezcan la superioridad de una u otra obra en ningún sentido. Sabemos que fueron escritas en épocas y en circunstancias muy distintas y, haciendo justicia, debemos ad-

mitir que Rosales Carrillo estuvo, casi con seguridad, influenciado por el texto de Kafka. Si nos atrevemos a hacer un análisis comparativo es únicamente porque ello nos facilita ilustrar lo diferente que pueden resultar dos intentos de metaforización similares. Estas diferencias, más que establecer jerarquías, pondrían de manifiesto el valor de cada obra no sólo en el sentido artístico estricto, sino en lo que se refiere a su relación con el lenguaje y la cultura.

La importancia que tiene el uso de la metáfora como base para una construcción poética (un enunciado discursivo complejo, diría Bajtín) como la contenida en “Trópico de cucarachas”, no debe pasar inadvertida. Por el contrario, es fundamental hurgar entre los orígenes de una obra artística para entender la riqueza, la complejidad y la diversidad contenidas en esta cosmovisión particular. En la medida en que

seamos capaces de asimilar las infinitas dimensiones manifiestas en un texto (desde la estética, lingüística y gramática, hasta las complejas lecturas de lo social y antropológico que pudiera ofrecer), nuestra relación con las palabras, con el mundo y con la vida se verá modificada y enriquecida. 🎧

Saúl Rosales Carrillo, *Memoria del plomo* (cuentos), Programa Cultural Enlace Lagunero, Colección Tierra que fue mar, Comarca Lagunera: 1999.

BIBLIOGRAFÍA

- Bajtín Mijail Mijaílovich, *Estética de la creación verbal*, Siglo XXI Editores, undécima edición, México-Buenos Aires: 2003.
- Kafka Franz, *La metamorfosis*, Colección Obras Selectas, Edimat Libros, Madrid: 2000.
- Sánchez González Arnulfo, *Los elementos literarios de la obra narrativa*, UNAM, México: 1989
- Vallejo Fernando, *LOGOI: una gramática del lenguaje literario*, primera edición, Fondo de Cultura Económica, México: 1983.



Aparecía *en sueños*

Federico Corral Vallejo

una y otra vez
con alas de papel periódico
tatuando llagas
en el vientre de la soledad

animal cautivo
presa doméstica
seduciendo quimeras
en hoteles de paso

–insomne carnaval–

FEDERICO CORRAL VALLEJO
Parral, Chihuahua, 1969. Diseñador gráfico, editor y poeta. Ha publicado los libros *Disfrazado de dolor* (1992), *Pequeñeces* (1993), *Arco iris en penumbra* (1994), *Covacha sin fe* (1998), *24 gotas de amor* (1999), *Mujer de humo* (2000), *Vomitara mi muerte* (2000), *Al filo del machete* (2001) y *Carcajada de noche oscura* (2001). Dirige el proyecto editorial Tintanueva.

Escritores argentinos

en el México actual:

un breve panorama

Jaime Muñoz Vargas

JAIME MUÑOZ VARGAS

Licenciado en Ciencias de la Información y candidato a maestro en Historia. Investigador en el Archivo Histórico Juan Agustín de Espinoza, sj, y coordinador del Taller Literario de la UIA Torreón. Ha publicado entre otros, *El augurio de la lumbre*, *Pálpito de la sierra Tarahumara*, *El principio del terror*, *Juegos de amor y malquerencia*, y recientemente, *Tientos y mediciones*. *Breve paseo por la reseña bibliográfica* (UIA Torreón / ICOCULT).

Aunque voy a mencionar muchos apellidos, no quiero incurrir en la monotonía de armar este veloz sumario con una enumeración caótica. Cabe señalar, en principio, que el lector mexicano corriente tiene aún, visto estadísticamente y a sabiendas de que no es un lector voraz, poco contacto con la literatura de otros países latinoamericanos. En este contexto, el mayor número de autores latinoamericanos conocidos y leídos en México —por supuesto que después de los mexicanos— es argentino, así sea de manera limitada no sólo por la cantidad de escritores, sino también por la nómina de los libros que de ellos se consumen. Dado que las principales casas editoriales que publican en nuestra lengua tienen sus matrices en España pero cuentan con filiales en algunas ciudades de América Latina, no es raro además que los autores extranjeros más consumidos por los mexicanos sean, precisamente, los españoles y, en segundo término, los argentinos que recién han visto crecer su prestigio, a rangos de *best-seller*; en el mercado europeo, lo que crea una especie de flujo triangular Argentina-España-México. Así, en México circulan los nombres de Pérez-Reverte, Muñoz Molina, Marías, Montalbán, Gala, entre los más exitosos, y también de España nos llega el oleaje literario levantado por Piglia, Aira, Andahazi,

Martínez, Saer, Aguinis y algunos otros que, por cualquiera que sea la razón, han encontrado en suelo mexicano una considerable cuota de seguidores.

Por supuesto, la venta no es el único parámetro que nos indica si un autor ha sido bien acogido. A lo mucho, eso atañe más que nada a la mercadotecnia y a los estados financieros de las casas editoras. Hay otros comportamientos de la realidad que, bien observados, pueden darnos idea de la presencia que un autor está marcando en determinado ámbito. Deseo pensar, por lo pronto, en dos contextos para atisbar, a partir de allí, el peso actual que los argentinos tienen entre los lectores mexicanos: el periodístico y el educativo.

En el primero, es indudable que las revistas y los suplementos han servido como cajas de resonancia a la calidad de algunos argentinos hoy famosos. Reseñas, entrevistas, artículos, ensayos y fotografías sobre autores argentinos, todo es material frecuente en los medios periodísticos mexicanos. Prácticamente no pasa semana sin que algún espacio ofrezca noticias sobre el tema. Basta recordar tres ejemplos frescos, tres ejemplos cuya recurrencia no ha decaído en el lustro más reciente: Federico Andahazi recibió en México incontables elogios reseñísticos —lo que a la postre le granjeó cuantiosos lectores— sobre todo

gracias a *El anatomista*, y puedo recordar que en su viaje de promoción el también autor de *Las piadosas* fue entrevistado durante una hora, casi como prueba de su notoriedad, en un programa difundido en todo el país por una de las televisoras mexicanas más importantes. Otro caso relevante, y tal vez el de mayor penetración, es el de Ricardo Piglia; con *Plata quemada*, sin duda su novela más conocida, Piglia se fue convirtiendo en un autor de culto para muchos lectores mexicanos, en un secreto maestro en el arte y la teoría del cuento y la novela. Igual que Andahazi, Piglia ha tenido en suelo azteca una extraordinaria recepción, y casi podría asegurar que en México es el autor argentino que imprime la más visible marca de continuidad tronchada tras la muerte de Cortázar y de Borges. El tercer autor que me sirve para ejemplificar ese eco del periodismo cultural mexicano es Tomás Eloy Martínez. Cierto que el tucumano alcanzó en todo el mundo la cima de la visibilidad con el premio Alfaguara 2002 otorgado a *El vuelo de la reina*, pero no es menos cierto que años antes la presencia de Martínez en México ya era evidente y arreció con *La mano del amo*, *la novela de Perón* y *Santa Evita*, obras que propiciaron un amplio catálogo de juicios favorables en suplementos y revistas.

Estos tres casos, los más tangibles si se quiere, no son, como ya insinué, únicos. Prácticamente no pasa semana sin que el periodismo literario mexicano dé testimonio informativo o crítico sobre el hacer de algunos escritores argentinos, y por ello para el lector atento comienzan a ser al menos familiares los nombres de Aira (publicado por Era), Saer (por Planeta) y de los pocos que recién han conseguido publicar ensayo en una universidad privada, como es el caso de la Iberoamericana ciudad de México), Iparraguirre (por Alfaguara), Aguinis (por Planeta), Valenzuela, Fresán, Caparrós... Tal insistencia mediática va de la mano, obvio, de la distribución

que hacen las propias editoriales comerciales. Sin embargo, y salvo en las capitales importantes como el Distrito Federal, Guadalajara y Monterrey, en México las novedades editoriales no circulan con la agilidad que sí tiene el trabajo periodístico, así que muchas veces la importancia de un autor se afirma a partir de las opiniones o los datos vertidos sobre él, y no tanto a partir de su propia obra.

La consideración frecuente y por lo regular elogiosa que el periodismo mexicano hace de los autores argentinos, por otro lado, no está dirigida sólo a los escritores jóvenes (o nada jóvenes, pero de reciente ascenso, como es el caso de Tomás Eloy Martínez y de Ricardo Piglia). Nuestros medios han mantenido desde hace muchos años, décadas incluso, una constante apertura al trabajo literario emprendido por argentinos, y aunque puede resultar obvio, son dos artistas los que acumulan mayor número de referencias de este tipo: Borges y Cortázar, ello sobre todo a partir de los sesenta y crecientemente, sin decaer, hasta la hora actual. Ambos son, quién puede dudarlo, los escritores argentinos más apreciados en el mundo, y México no podía ser la excepción. Si los demás autores se reparten apariciones y titulares, Borges y Cortázar monopolizan páginas al grado de que puedo afirmar que nuestro periodismo literario sobre argentinos está tiránicamente *borgianizado* y *cortazarizado*. Un par de ejemplos recientes los encontramos en el centenario del natalicio de Borges y en el veinte aniversario de la muerte de Cortázar, efemérides que en México fueron recordadas con ensayos, publicación de textos poco conocidos o inéditos y ciclos de conferencias en los foros más prestigiados de la nación. Un caso que también debe equipararse es el de Sábato; como sus contemporáneos Borges y Cortázar, el autor de *El túnel* goza de amplio aprecio en México, un aprecio basado en sus novelas, mucho menos en sus ensayos y, en la etapa más

cercana, gracias a la estupenda circulación que tuvieron, y tienen aún, dos libros de corte memorístico: *Antes del fin* y *La resistencia*.

Mucho menos frecuente, casi podría afirmarse que olvidada, es la difusión de autores que —como Borges y Cortázar— ya han muerto y que supongo en Argentina no carecen de aprecio un solo día. Muy esporádicamente algún crítico despacha en México pareceres sobre, por ejemplo, Mujica Lainez (*Bomarzo* es su novela más conocida), Bioy (*La invención y la trama*, antología del FCE, es su obra más localizable y comentada), Manuel Puig (*Boquitas pintadas* y *El beso de la mujer araña* son sus libros más visitados), Osvaldo Soriano (algo sobre *Triste, solitario y final* se dijo en 2003, a treinta años de su primera edición). Por último, hay un sector de extraordinarios autores argentinos que ni vivos ni muertos han llegado a figurar en anaqueles o, al menos, en espacios periodísticos de México, ni siquiera con vagas referencias: Roberto Arlt, Marco Denevi, Rodolfo Walsh, Antonio Di Benedetto y tantos otros que son tan valiosos como prácticamente inencontrables.

Hay dos autores argentinos que he dejado aparte porque ambos son bien conocidos en México debido sobre todo a su larga residencia en este país. Uno es fundamentalmente ensayista, Noé Jitrik, y, el otro, Juan Gelman, acaso es en la actualidad el poeta argentino más leído por los mexicanos. Las relaciones que los dos mantienen con México han facilitado su edición y, consiguientemente, su vinculación con el público y con el periodismo mexicano. Aparte de varios libros publicados en los setenta y ochenta (*La memoria compartida*, *El callejón*, *Historia de una mirada*, entre otros), el Fondo de Cultura Económica editó hace poco la novela *Evaluador*, de Jitrik, y la Universidad Iberoamericana publicó *Juan Gelman: poesía de la sombra de la memoria*, de Elena Tamargo, obra que estimula el aprecio que se le tiene a Gelman,

de quien por cierto también circuló con éxito la grabación de sus poemas en *Voz viva de América Latina* editada por la UNAM.

Recapitulo hasta este momento: nadie ignora que México es un país con poquísimos lectores; en ese escenario, los asiduos compradores y lectores de libros tienen entre su lista de predilectos a varios autores argentinos, y esto se debe en buena medida a la constante presencia de esos escritores en los medios de comunicación impresa.

Paso ahora al desolado territorio de la educación. Parto de una terrible base: la gradual marginación que han padecido en México los estudios literarios no sólo se hace evidente en las escuelas de periodismo y comunicación (donde se supone que son necesarios), y sólo falta que se deje de estudiar literatura en las carreras de Letras. Por lo menos en el lugar donde vivo, los programas que antes contemplaban el estudio de cuatro o cinco materias sobre literatura han dejado en cero o, en el mejor de los casos, en uno o dos los cursos dedicados a este propósito. Allí donde se imparte alguna clase relacionada con las Letras, no falta sin embargo la machacona, aunque nunca despreciable, presencia de Borges y Cortázar. Ambos son autores muy visitados en las aulas básicamente por sus cuentos y sus ensayos, y esto se debe a que no es nada difícil encontrar sus obras hasta en el más recóndito recoveco de la patria.

Fuera de Borges y Cortázar, los apellidos argentinos escasean en la didáctica literaria mexicana. Nada, absolutamente nada, por ejemplo, se sabe de literatura colonial argentina, y sólo por la antología de Seymour Menton, muy usada en las aulas mexicanas, sabemos que el género nació en Hispanoamérica con “El matadero”, de Echeverría, durante el arranque del Romanticismo americano. Nuevamente, allí donde en México es impartido un curso de literatura general o latinoamericana es muy probable que aparezcan, ape-

nas sobrevolados, Sarmiento y Hernández, tal vez Lugones, quizá Almafuerte, no más. Ayuda a apoyar estas inclusiones en la cátedra la buena cantidad de ediciones que circula en México del *Facundo*, del *Martín Fierro* (Porrúa las ha reimpresso varias veces) y de las diversas antologías de cuento y poesía que recogen a Lugones (además del *Lunario...* y muy recientemente *Los caballos de Abdera* en una edición popular de gran tiraje). De allí al Borges y al Cortázar maduros hay muchos años, pero en la educación literaria mexicana la nómina parece achicarse hasta caber en los cinco dedos de una mano: Sarmiento, Hernández, Lugones, Borges y Cortázar.

Útiles sobre todo para las carreras de Letras, los ensayos escritos por argentinos y asequibles en México no son tampoco numerosos; más bien puede afirmarse que son escasísimos. Quizá la más popular sea la *Historia de la literatura hispanoamericana* de Enrique Anderson Imbert, obra que ha gozado de formidable circulación desde que la imprimió el FCE en la colección Breviarios. También del FCE, el editado y vuelto a editar *Ficcionario* de Borges, libro fundamental desde que apareció. Se puede pensar en otras instituciones y en otros críticos: la Universidad de Puebla, la Veracruzana y la Autónoma de México publicaron bastante a Noé Jitrik; la Veracruzana a David Lagmanovich (*Estructuras del cuento hispanoamericano*), la UNAM a Emilio Carilla (*El Buscón, esperpento esencial y otros ensayos quevedescos*), la mencionada UIA en el Distrito Federal a Juan José Saer (*Una literatura sin atributos*, y poco después *El concepto de ficción* bajo el sello de Planeta), entre algunas más, y no faltan ensayos de circulación comercial que también son conocidos en México y usados en la cátedra, como *Crítica y ficción*, de Piglia, y *Así se escribe un cuento*, de Mempo Giardinelli.

Finalmente, me da la impresión de que, en un país sin lectores como México, los que leen son únicamente los que escriben (en acto o en potencia), y entre ellos

hay muchos que le dan especial énfasis al consumo habitual de autores argentinos. Sin embargo, y ante todo por razones de distribución, es difícil para cualquier mexicano conocer a la enorme cantidad de escritores que pueblan la literatura de aquel país, y lo urgente sería procurar mecanismos editoriales y didácticos que busquen afianzar, como en su momento intentaron hacerlo Reyes y Borges, los vínculos directos, sin la intermediación del mercado español, entre las literaturas mexicana y argentina, como lo propone el *Diario 1911-1930* del erudito regiomontano. He aquí una lista –enorme como la pampa– de escritores que no deberían quedar fuera de cualquier sumatoria y que por ahora nadie en México frecuenta, salvo dos o tres iniciados que en términos reales equivalen a cero: Macedonio Fernández, Leopoldo Marechal, Eduardo Mallea, Olga Orozco, Beatriz Sarlo, David Viñas, Jorge B. Rivera, Alejandra Pizarnik, Abel Posse, Juan Carlos Martini y una cauda largísima de escritores más. Esta lista es tan amplia como la calidad de esos autores, una calidad que a mi modesto parecer recibió su mejor elogio cuando un amigo cercano, refiriéndose a otro que tenía fama innegable de contar con una excelente prosa, afirmó: “Qué chiste tiene para él escribir bien. Todos sabemos que hizo trampa: se la ha pasado leyendo a escritores argentinos”. 🍷

Comarca Lagunera, 3, abril y 2004

Texto leído en el VII Congreso de Hispanistas celebrado en la Universidad Nacional de Tucumán, Tucumán, Argentina, mayo de 2004.

Tengo miedo torero

Pedro Lemebel sale al ruedo

Juan Pablo Neyret

JUAN PABLO NEYRET

Mar del Plata, Argentina, 1963. Licenciado en Letras por la Universidad Nacional de Mar del Plata. Ha publicado numerosas crónicas, entrevistas y artículos en diferentes medios académicos y culturales de Argentina, Chile, España y Estados Unidos. Ha dictado seminarios y conferencias en Rutgers University (New Jersey), Boston University, University of Texas at Austin y Alamo Community College (San Antonio). Es editor y cronista de la sección cultural del semanario marplatense *Noticias & Protagonistas*. Como escritor ha participado en los volúmenes *Colección borgesiana*, *El Carli* (antología del Premio Municipal de Literatura "Osvaldo Soriano"), y ha montado *El apellido*, obra teatral de su autoría.

*No corras si te llamo de repente,
no te vayas si grito "¡piérdete!",
a menudo los labios más urgentes
no tienen prisa dos besos después.*

"Todavía una canción de amor"

JOAQUÍN SABINA y ANDRÉS CALAMARO

A Sergio Parra

De todas las formas posibles de definir a Pedro Lemebel, el cronista elige la que honestamente estima más justa: uno de los mejores prosistas contemporáneos de la lengua castellana. Lengua que él le saca al idioma, lengua que retuerce y que meneaa obsceno desde su condición de roto, marica, izquierdista, antipinochetista; lengua con la que habla en Radio Tierra, la emisora feminista de Santiago que lo abriga; lengua que ejerce cotidianamente en las páginas asimismo santiaguinas de *Punto Final* *The Clinic* y que enrolla, como los rollos de la Biblioteca de Alejandría, en libros que reúnen sus crónicas: *La esquina es mi corazón*. *Crónica urbana* (1995, reeditado por Seix Barral de Chile en 2001), *Loco afán*. *Crónicas de Sidario* (1996, LOM), *De perlas y*

cicatrices. *Crónicas radiales* (1997, LOM) y el flamante *Zanjón de la Aguada* (2003, Seix Barral). A ellos hay que sumarles un inencontrable volumen de cuentos, *Incontables* (1986, Ergo Sum) —que él jura jamás salió editado—, y una novela, *Tengo miedo torero* (2002, Seix Barral). Una suerte de Monsiváis chileno, del que en México se ha editado poco, demasiado poco como para paladear, degustar, saborear su letra marginal por nacimiento y naturaleza.

Aunque, pensándolo bien, el cronista —este humilde cronista marplatense que escribe sobre su colega— estimaría igual de justo definir a Lemebel como, ante todo, un militante, no de los de la izquierda trasnochada (y qué larga traspasada lleva la izquierda latinoamericana), sino de los que ponen los cojones donde haya que ponerlos, tanto en su ideología política como en su militancia homosexual, ésta última potenciada hasta tal punto por la Academia del Primer Mundo (donde, efectivamente, Lemebel ya es objeto de análisis, especialmente en los estudios de "género", ese eufemismo posmoderno por "sexo", como apuntó sabiamente David Lagmanovich) que termina por opacar la otra. Este cronista argentino pensó mucho tiempo si las

exégesis del sexo lemebeliano no oscurecían su supina postura política, hasta que encontró la respuesta en “Pedro Lemebel: el amargo, relamido y brillante frenesí”, prólogo del igualmente gran cronista mexicano Carlos Monsiváis a la reedición de *La esquina es mi corazón*. Dice allí el autor de *Los rituales del caos*:

Antes de señalar la militancia ostensible de la literatura de Lemebel, me detiene la reflexión de siempre: ¿se puede ser escritor y militante? En el caso de Lemebel la respuesta viene del hecho prosístico: su militancia es indistinguible de la forma en que la expresa, no sólo es “comer rabia para no matar a todo el mundo” sino escuchar lo que él mismo va escribiendo, captar las melodías verbales con gran cuidado y cerciorarse de la relación profunda entre las ideas y las palabras que las describen con exactitud.

Sólo así, en su crónica “La loca del carrito (o ‘el trazo casual de un peregrino frenesí’)”, puede describir el trapo que el personaje santiaguino usa en su cabeza (como Lemebel gusta de usar los suyos) para incrustar en el barroco incontrastable de su escritura una herida —una cicatriz, diría— de extrema referencialidad ideológica:

La loca del carrito conduce su bote de supermercado coleccionando mugres que Santiago desecha en su flamante modernidad. Por ahí agarra una muñeca manca y la arropa con ternura subiéndola a su barca rodante. Por acá se enamora de un trapo desflecado que lo rescata para cubrirse la cabeza. Y así, con el trapito anudado en su barbilla sin afeitar, como una abuela sureña o una extraña Madre de Plaza de Mayo...

Tengo miedo torero significó una suerte de consagración para Lemebel, quien, en una entrevista con Nelly Richard en la *Revista de Crítica Cultural* de Chile, deja caer una perla respecto de su probable fama: “Aunque a uno lo inviten a palacio, siem-

pre tiene que saber dónde está la puerta de salida”. Y mientras le recuerda a la académica que “El intento de escribirlo respondió a un desafío frente a los New Cowboys de la literatura chilena. Pero fíjate que a la gente corriente de la calle, le gusta el libro: al taxista, la vieja que vende cebolla en la vega”. Y corrido por la omnipresencia de *Tengo miedo...* en el ranking del diario prócer *El Mercurio* y sus posibles efectos colaterales de éxito, responde: “¡Otra vez con lo mismo: esa inquietud sospechosa por mi hilachento protagonismo cultural al borde de ser cooptado! Te cuestiono la pregunta por reiterativa. Además, desconozco la situación de beneficios y privilegios a la que aludes. Desde la precariedad de mi habitat, desde la escenografía de esta casa donde hacemos la entrevista bajo zinc, ¡el ranking de *El Mercurio* es como una tiara de rubíes en la cabeza de un pato malandra!”

No huelga agregar que, ante *Zanjón de la Aguada*, bajo el título “Derrida en el arrabal” y la referencia a que Lemebel “sitúa sus crónicas en el filo de la navaja que separa al talento de la vulgaridad”, el exiliado José Promis dice filosóficamente en su crítica:

El último libro de Lemebel refleja un indudable agotamiento del ingenio, la repetición un tanto exasperante de las mismas imágenes, de idénticas irreverencias; una sobredosis de las mismas afirmaciones agresivas. Sus lectores, que lo admiramos, ya sabemos quién es él, cómo piensa y qué rechaza y desprecia. Lo hemos sabido desde sus primeras actividades públicas y desde su primer libro, hace más de quince años. Ahora, quizás, nos gustaría saber cuáles son sus propuestas, en qué podría haberse transformado el minúsculo pirigüín de su “primer embarazo tubario”.

Responderemos a este desafío en nuestra propia e inminente crítica de *Zanjón de la Aguada*.

EN EL RUEDO

“¡Creo que el libro era para película!”, exclama Lemebel ante Richard, y el final de *Tengo miedo torero* (eso mismo: ¿por qué no empezar por el final?), el del encuentro de los dos protagonistas en una playa de Viña del Mar, tiene una innegable textura de celuloide en su descripción, en la urgencia del diálogo último entre la Loca del Frente y Carlos, el guerrillero del Frente Patriótico Manuel Rodríguez. Y un aire a melodrama que nunca es ajeno a la escritura de Lemebel y que podría llevar en un principio a compararlo con Almodóvar, por lo menos en este pasaje. El final cinematográfico de una novela de ningún modo es nuevo, y en ese sentido, el cronista recuerda inmediatamente *Crónica de una muerte anunciada*, donde el asesinato de Santiago Nasar es tomado por un quinteto de cámaras, ésas que la crítica literaria llama “puntos de vista”. Aquí, sin embargo, se respira un aroma de melancolía, de canción urgente, de bolero que no es ajeno a *El beso de la mujer araña* o *Fresa y chocolate*, tal vez las dos mayores influencias de Lemebel al momento de escribir esta novela, que de todas maneras no se agota en ellas, sino que va más allá. ¿A dónde?

En principio, a la florecida prosa extendiéndose de la miniatura de una crónica a 217 páginas, lo cual significa un ejercicio de estilo no sólo para el autor, sino también para los lectores. El barroco de Lemebel no es el de Carpentier ni el de García Márquez, aunque en él jueguen igualmente la música de las palabras y la cadencia de las canciones. Es un barroco de acá, del Sur, barroco de barro arrastrado por el río Mapocho. Se trata, en principio, de la emergencia (en el doble sentido del término) de la escritura homosexual, siempre bord(e)ando el *kitsch* pero, y eso es lo que lo diferencia de aquella oscilación entre el “talento” y la “vulgaridad”, con conciencia del artificio. Lo que parece

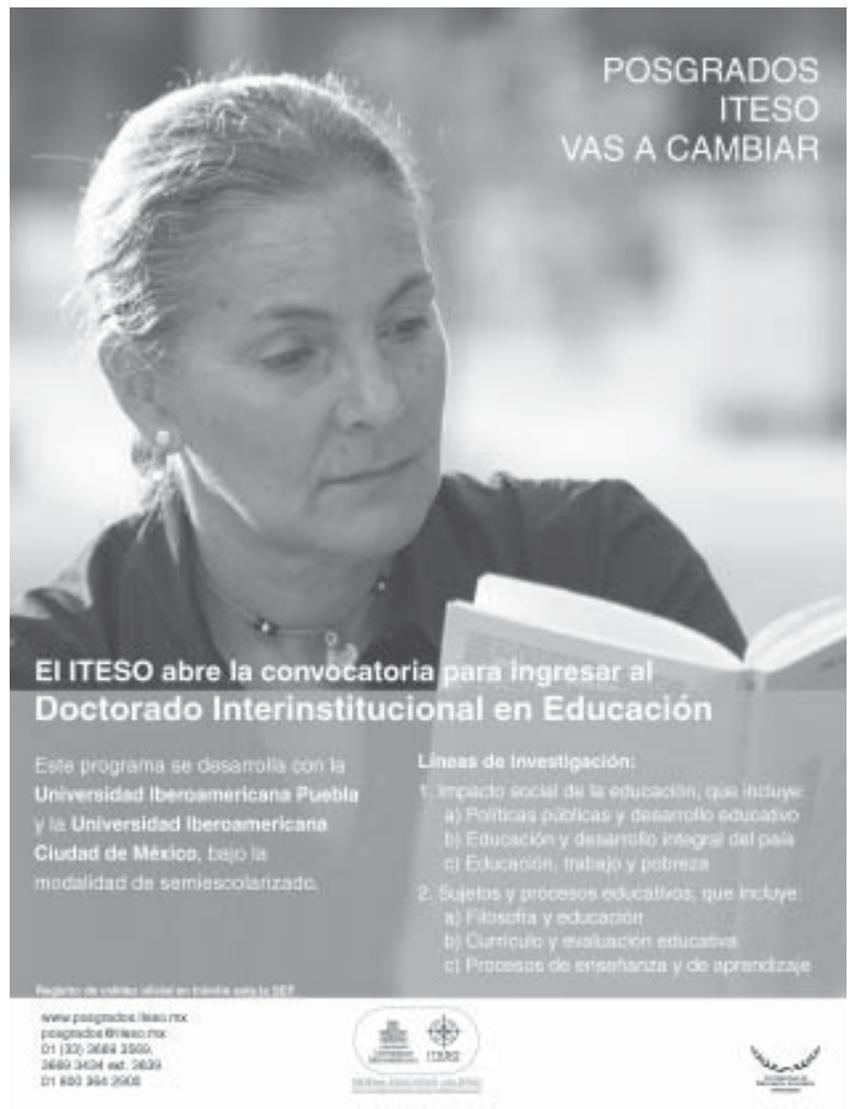
fluir como la conversación de una pajarraca parlanchina (para usar comparaciones lemebelianas) es en realidad un apretado trabajo de redacción y, más aún, de corrección, que no deja palabra ni puntuación libradas al azar. La alternancia entre el género femenino y masculino al momento de referirse a la Loca del Frente, la interminable cadena de sinónimos que se utilizan para nombrarla, dan cuenta de un estilo envidiablemente encabalgado entre la espontaneidad y la elaboración, ya conocido en las crónicas, pero al que quien lee debe habituarse a lo largo de páginas y páginas, y cuando se vence el recelo inicial —que lo hay—, la prosa se desliza, Cortázar *dixit*, “como un río de serpientes”.

Tengo miedo torero alterna la historia sentimental–militante entre la Loca y Carlos con la pesadillesca existencia (en rigor, es una pesadilla para todos, solamente que existan fuera de un libro) de Augusto y Lucía Pinochet, todo ello en 1986, año del atentado del Frente Patriótico Manuel Rodríguez que por poco no acaba con la vida del dictador. La novela posee una solidez estructural igualmente envidiable, en su oscilación entre una y otra vertientes, que hábilmente se van entrelazando hasta límites, algunos previsible (como el atentado) y otros, imprevisible (que el cronista no anticipará, por supuesto). Asimismo, el contrapunto entre las dos parejas, entre la marica y su príncipe rojinegro *versus* el genocida y la auténtica pajarraca parlanchina, va construyendo un juego de vasos comunicantes que solidifica la de por sí sólida trama. Ángulos opuestos por el vértice, ambos dúos muestran mejor que cualquier escorzo pontificador las distancias que pueden existir entre los seres humanos, éticas y estéticas, que en ellas se resumen la carne y el espíritu.

Se intentará —ya se ha intentado, por empezar, en la contratapa del volumen— ceñir *Tengo miedo...* a “la identidad homo-

sexual, la alternativa travesti y sus complejidades”, temática que, desde ya, en absoluto es ajena a Lemebel; todo lo contrario, es central, pero menos mal que Monsiváis dijo oportunamente lo suyo porque la militancia de Lemebel no se limita al sexo. O, mejor dicho, puede partir de y llegar textualmente a él, pero jamás sin esa incrustación de la ideología política, como en la memorable escena de la represión popular posterior al atentado, cuando la Loca recuerda que lleva en su bolsillo la fotografía de un desaparecido, alfa y omega de la excepcional evolución psicológica de un personaje que, sin embargo, siempre supo lo que estaba haciendo, y esto último es un reflejo más de la ideología que preside la novela.

Tengo miedo torero amerita uno de los mayores logros de que se pueda preciar una obra de ficción (aunque tan cercana a la realidad), esto es, que durante los instantes suspendidos de un vuelo sobre la Cordillera, de la espera en el no-lugar de un aeropuerto, de la almohada doblada en dos en la habitación de un hotel de la calle San Antonio en el Centro Viejo de Santiago siempre con un señalador con la foto cabalística de Rita Hayworth –o los de cualquier otro lector en cualquier otra circunstancia–, Lemebel haya ido llevando al cronista tan naturalmente por su fluir, como si todo ocurriese por vez primera y al final, paradójicamente sin quebrar la vara de Próspero de esa magia, le dé cuenta de que todo estaba milimétricamente calculado. Oficio de novelista, que lo llaman, y que desde esta *opera prima* en los márgenes de la crónica (sólo él puede lograr que la novela sea un género marginal), coloca, instauro, incrusta a Pedro Lemebel como uno de sus mejores cultores. 🎧



POSGRADOS
ITESO
VAS A CAMBIAR

El ITESO abre la convocatoria para ingresar al Doctorado Interinstitucional en Educación

Este programa se desarrolla con la Universidad Iberoamericana Puebla y la Universidad Iberoamericana Ciudad de México, bajo la modalidad de semiescolarizado.

Líneas de Investigación:

1. Impacto social de la educación, que incluye:
 - a) Políticas públicas y desarrollo educativo
 - b) Educación y desarrollo integral del país
 - c) Educación, trabajo y pobreza
2. Sujetos y procesos educativos, que incluye:
 - a) Filosofía y educación
 - b) Currículo y evaluación educativa
 - c) Procesos de enseñanza y de aprendizaje

Recursos de calidad al servicio de la ICFE

www.posgrados.iteso.mx
posgrados@iteso.mx
01 (32) 2664 3500
2660 3404 ext. 2639
01 800 954 2900


Universidad Iberoamericana Puebla
ITESO


Universidad Iberoamericana Ciudad de México

Ocho

microrrelatos

David Lagmanovich

DAVID LAGMANOVICH

Nació en Córdoba, Argentina en 1927. Estudió Literatura Española en la Universidad Nacional de Tucumán, institución donde también ha desempeñado una larga carrera docente. Obtuvo su doctorado en la Escuela de Lenguas y Lingüística de Georgetown University, especializándose en lingüística teórica y aplicada, y lengua española. Ha impartido cursos y conferencias en varias universidades argentinas; trabajó como profesor en Chile, México y Venezuela, y en importantes universidades norteamericanas. Su trabajo en Europa se ha desarrollado sobre todo en las universidades alemanas de Colonia, Berlín y Augsburg. En su amplísima bibliografía destacan *Oficio crítico. Notas de introducción a la literatura hispanoamericana*, *Estructuras del cuento hispanoamericano* y *Estudiar literatura*. Es director de la colección *Cuadernos de Norte y Sur* (Torreón-Tucumán) junto con Jaime Muñoz Vargas.

ERRATAS

El corrector sentía que, dentro de la máquina, un duende malicioso se complacía en introducir errata tras errata. Donde debía decir “merecedora” aparecía “mecedora”; para “entretuve” le metía por las narices “entre tubos”; si se hablaba de Descartes, la sustitución por Ricarte parecía obligatoria. Él a veces pescaba la errata, y muchas veces no. Una tarde en que la lluvia de erratas parecía tan incontenible como una precipitación de meteoritos, en su desesperación metió la mano donde no debía y murió electrocutado. El periódico publicó al día siguiente una encomiosa nota necrológica, en la que se hablaba de su *contradicción* al trabajo y se lamentaba su imprevista *definición*.

18.11.2003

TRANVÍA

Subo al tranvía en la calle Maipú, apenas pasada la esquina con San Juan, en la vecindad de la Escuela de Comercio. Mis trece años están todavía sacudidos por la experiencia de ese día, el examen de ingreso (escrito) de cuyo resultado dependerá que pueda o no cursar estudios secundarios. Creo que me fue bien, pero ahora habrá que esperar dos semanas para conocer el puntaje obtenido. Mientras el tranvía marcha sin prisa por Maipú, por Chacabuco, por Piedras, cierro los ojos y dormito. Me despierta el grito del conductor: “¡Plaza del Mercado!” Por la ventanilla advierto el paisaje de una ciudad extraña. El tranvía se ha detenido junto a una amplia plaza adoquinada; en su centro hay quioscos

de manzanas y de libros; al otro lado, el cartel en la fachada de un edificio de dos plantas dice *Konditorei*. “¿No bajas aquí?”, pregunta el guarda. Indico que no con la cabeza y cierro los ojos. Estoy seguro de que, cuando vuelva a abrirlos, el tranvía estará llegando al Mercado de Abasto, sobre la calle Miguel Lillo, muy cerca de mi casa. Todo es cuestión de saber cuándo dormir y cuándo soñar.

10.12.2003

SILENCIO

No me contestaste cuando te pregunté si me querías. Nada dijiste cuando te pregunté si amabas a otro. Te mantuviste silenciosa cuando te pregunté por qué habías dejado de quererme. No dices nada ahora, ahí tendida sobre la cama que fue nuestra, con la garganta envuelta en la sangre que sale del tajo como un inacabable collar de rubíes.

10.12.2003

BANQUETE

Fueron con recelo a ese banquete. Después de todo, eran los representantes de la oposición en la política pueblerina, y cargaban en la cuenta del oficialismo algunas muertes misteriosas de enemigos del régimen. Había que concurrir, sin embargo, porque los del partido del gobierno lo presentaban como un acto de reconciliación. Era repudiar la vieja política e ingresar en una era civilizada; por fin sería posible disentir sin por ello llegar a la injuria ni a los ataques a la integridad física. Acordaron que concurrirían diez dirigentes de cada bando. Durante la cena, gracias en

parte al vino procedente de la bodega del jefe oficialista, la atmósfera fue mejorando hasta llegar a una temperatura casi amistosa; como dijo alguien, todos somos hombres públicos y trabajamos por la felicidad del pueblo. Ya estaban en la etapa de los postres y era seguro que, en el momento del café, se pronunciarían discursos patrióticos y enternecedores. Entonces, al otro lado del ventanal que daba a la plaza, sonó un silbato, y los diez políticos oficialistas se arrojaron al suelo. Atónitos, los diez opositores no llegaron a ver al policía que, desde la abertura, segaba con las ráfagas de su metralleta las cabezas todavía erguidas.

13.12.2003

IDAS Y VUELTAS

Como escribía muy bien, el gobierno le dio un cargo en París, en la delegación argentina ante la UNESCO. En París se dedicó a la vida bohemia, tal como ésta se entiende a orillas del Riachuelo. Dejó de escribir pero adquirió una cirrosis y otras peculiaridades psicosomáticas. Suspendido sin goce de sueldo, lo pusieron en un sanatorio para rehabilitarlo. Mientras se encontraba allí volvió a escribir y produjo un relato de su caída y regeneración que fue traducido al francés y publicado en una revista de Marsella. Conmovido, su ex jefe gestionó su regreso a Buenos Aires, donde ahora vive tratando de reproducir los episodios de su bohemia parisiense. Ha dejado de escribir, pero un amigo influyente está tratando de convencer al ministro para que lo envíen a la delegación ante la UNESCO en París.

18.12.2003

ESCRITURAS

La línea levantó la cabeza y me mordió la mano con que la escribía. Comprendí que mi obsesión con el microrrelato era excesiva y me puse a escribir un cuento de extensión convencional. Un párrafo se enroscó y saltó hacia mí, hiriéndome en el calcañar con su cola ponzoñosa. Entonces me instalé en el territorio más conocido de la novela. Algunos capítulos suscitan

mi desconfianza. Vivo inquieto, maquinando estrategias para proteger la yugular.

21.12.2003

EL CARPINTERO

José aceptó el anuncio del ángel sobre el embarazo de su mujer, María, con tranquilidad y sin demasiadas averiguaciones. No prestó mucha atención al asunto, pues estaba preocupado por las condiciones de una madera, desconocida para él, y de la que había oído hablar. Al parecer ese material procedía del Oriente: tendría que esperar el paso de una caravana para obtener algunos tablones. Con ellos elaboraría muebles para sus amos romanos, los únicos que pagaban un buen precio por su trabajo. La cuestión del Mesías le interesaba también, pero menos. Después de todo, un buen carpintero no tenía por qué meterse en política.

23.12.2003

LOS TRES MERCADERES

Venían de tierras lejanas y se sentían extrañados en Judea, no por desconocer el camino, sino por la extrañeza que les producían la gente y el paisaje. El ambiente natural, tan inhóspito; los hombres de la región, tan primitivos y supersticiosos. Los tres mercaderes se habían desviado de la ruta habitual porque en ese pueblo insignificante trabajaba un carpintero que labraba muy buenos muebles y podría interesarse en las riquísimas maderas que iban a ofrecerle. A la entrada del pueblo, bajo un techado semejante al de un establo, advirtieron el alboroto que causaba un grupo de pastores. Curiosos, detuvieron sus camellos y se aproximaron. Por cortesía, cuando vieron los aspavientos de los pastores, se inclinaron reverentes ante la parturienta y su hijito recién nacido, suponiendo que esos eran los modales de los lugareños en casos semejantes. Así nació la leyenda que los transformó en reyes orientales, venidos expresamente a rendir homenaje a aquel niño cuyo nombre no alcanzaron a conocer.

24.12.2003

Sólo quedaban los pájaros

Fernando Martínez Sánchez

FERNANDO MARTÍNEZ SÁNCHEZ

Escritor y periodista. Fue profesor de literatura en la UTA Torreón. Cronista de la ciudad. Ha publicado *Nada y ave*, *Suma presencia*, *Los pájaros del atardecer* e *Innovación y permanencia en la literatura coahuilense*, entre otros. Algunos de sus textos han aparecido en la revista *Fronteras* y en el suplemento cultural de *La Jornada*.

“La plaza de Armas. Un poco de cemento, una fuente sin agua y varias bancas”

Acuarela. ORDÓÑEZ

Don Luterio Raygoza, tan delgado como un quelite, presidente municipal del pueblo, elegantemente vestido con frac y cuello de pajarita, soltero inveterado, paseaba con la señorita doña Eustolia Reséndiz por la Plaza de Armas del pueblo. Saludaba, sonriendo a las personas que encontraba. De pronto, luego de quitarse la chistera al saludar a doña Eufrosina Valleverde, exclamó malhumorado: “malditos pájaros”, y se limpió la cara con el pañuelo de hilo al que su madre le había puesto las iniciales L y R con aplicaciones bordadas.

El pueblo conservaba un ambiente de aldea en pleno porfirismo, no por nada Luterio era descendiente de un antiguo hacendado que se escapó a las malandanzas de la Revolución —como decía él—.

—A ver como le va haciendo, ingeniero Godina, para acabar con esta plaga. Mire, asómese. ¿Ya lo vio?, cuánta suciedad. No me acaban los fajineros ni los borrachos que metimos anoche al bote para limpiar el piso y las bancas del jardín, con tanta —perdón por la palabrota— cagarruta de pájaro.

Luterio dejaba ver una vena que le atravesaba la frente y que, al menor enojo, se le hinchaba peligrosamente, como queriendo estallar. Al grado de que Eustolia Reséndiz, su novia en turno, se tapaba la cara por miedo de que la salpicara de sangre.

—Don Luterio —exclamaba Godina convocado para el caso— yo soy ingeniero agró-

nomo y, no me enseñaron en Chapingo a matar pájaros.

—Debían haberlo hecho Godina, pero no me venga con que no sabe. Ustedes los profesionales tienen la obligación de conocer la forma de matar todo tipo de plagas.

—Es imposible matar a los pájaros con D.D.T., don Luterio, replicó irónicamente el chapinguero.

—Usted sabe como me los mata, a resor-terazos, como sea, pero me los mata. Esos pajarracos son una vergüenza para el pueblo. Mire nada más como me han dejado el traje que acabo de estrenar. Cuando nos casemos Eustolia y yo, a ella no le va a acabalar el tiempo para lavarme y plancharme las camisas manchadas con las cagarrutas de esos animales.

A Eustolia se le frunció la cara por lo que consideró una declaración de amor y aferrándose al brazo de Luterio, le limpió con su pañuelo los verdosos deshechos de los gorriones, y atolondrada le dijo:

—Me invita a tomar un helado, Luterio.

Pero no apartaba los ojos del ingeniero, guapo como el solo, comentó luego Eustolia a sus amigas.

En el restaurante La Copa de Leche, la muchacha, preciosa como la mayor parte de las jóvenes del pueblo, una vez sentada en la mesa, sin miedo a los enojos del edil, acaparó la conversación:

—Hasta ahora, nadie sabe la procedencia de los pájaros...

Luterio interrumpió:

—El pueblo se haya en medio del desierto Tola... En los alrededores hay pocos árbo-

les. Con trabajos trae agua el río. Solamente en la Plaza, la Alameda, y la Calzada se levantan cientos de árboles.

Con la mirada intensa como luna azul, Tola replicó:

—El hecho es que todos los días, al atardecer, vienen volando de todas partes a pasar la noche en los árboles de nuestros parques y paseos. ¿Quién sabe de donde vendrán los pobrecillos para refugiarse en el único islote vegetal en este mar de arena y piedra?

—Mira por la ventana Tolita —a Luterio le cambiaba el modo cuando se dirigía a su pretendida con tanta ternura que parecía fingimiento— miles, ¡míralos! Tapan el crepúsculo como las flechas de los indios que salen en la última película que vimos en el cine Imperio.

—Son preciosos.

Unos decían que disque eran gorriones. Otros los mentaban chileros. Para mí que eran pajaritos del sol. Yo me entretenía las tardes enteras viéndolos, desde que el sol comenzaba a borrarse del cielo. Eran curiosos los animalitos. Disciplinados como soldados. Formaban escuadrones como si fueran aeroplanos. Ninguno se empalmaba, ni chocaban entre sí.

Sólo quedaban los pájaros. La tierra nada más sirve para levantar polvaredas. La industrialización quedó en veremos. Si se fueran los pájaros, perderíamos hasta el paisaje.

La voz le cambió a Luterio cuando se acercó el ingeniero.

—Tanta suciedad espanta al turismo. Esos pájaros cochinos..., todavía estoy esperando que los extermine, ingeniero.

—Si pudiera, señor presidente, pero no hay forma. Sólo que taláramos la plaza.

—No diga babosadas. Truéneles unos cuantos “caramazos” de esos que acostumbramos el 16 de septiembre, pero en lugar de hacerlo en la madrugada, hágalo en la tarde y hasta que se vayan. Ya verá como se asustan y no vuelven.

Mientras Luterio exponía su plan al ingeniero, éste se sentó a la mesa y, de casuali-

dad, sus rodillas rozaron con las de Eustolia, quien no dilató en verse por las tardes con el profesional de Chapingo. No tardaron en verlos muy acaramelados, del brazo y entrando solos al cine dominical.

Al munícipe lo trajo dando vuelta y vuelta. Una tarde en que Luterio se le acercó, en el paseo de los jueves, embarrado todo el traje de suciedad de pájaro, le rechazó el anillo de compromiso. Jamás volvió a hablar con él.

Pobres pájaros, vueltos locos no atinan con su rama de árbol. Se han de haber quedado sordos. Pobres, se cansaron de tanto cantar y sólo les quedó el chillido.

—Son muchos pájaros, señor presidente, no los podemos recoger con la escoba.

—Metan la pala mecánica, pero no dejen ni uno en la plaza ni en la calzada. El piso debe brillar como un espejo, en dos horas más.

Todos los pájaros murieron. Acostumbrados al canto, no aguantaron el trueno. Se hicieron montón debajo de los árboles y se fueron muriendo.

Sólo quedaban los pájaros.

Luterio Raygoza mandó llamar al ingeniero Gabriel Godina y con mucha sorna le dijo:

—Fue buena idea esa de tronarles la pólvora a los pájaros, ¿no ingeniero? ¡Pos, qué les enseñan a ustedes en Chapingo? Hágame el favor de presentarse en el departamento de personal para que le hagan su liquidación. Así no lo puedo sostener, señor Godina. Yo solo acabé con la plaga, y sabe cómo se me ocurrió el remedio. ¡Cómo acabamos la plaga de borrachos, homosexuales y comunistas?, acuérdesese. A puros sustos, ingeniero, no hay mejor remedio. Si los hombres se asustan con los gritos fuertes, cuanto y más los pájaros.

El frío acabo con los árboles. No resistieron la última nevada.

Sólo nos quedaban los pájaros, ahora ni árboles tenemos. Eustolia se casó con el ingeniero Godina. Raygoza va a los bailes a buscar novia, pero ya no usa frac ni corbata de pajarita. Sigue odiando a los pájaros. ♣

Dominio

selvático

Adán Echeverría García

ADÁN ECHEVERRÍA GARCÍA

Mérida, Yucatán 1975. Biólogo de profesión. Desde el 2001 es integrante del Taller Literario del Centro Yucateco de Escritores, AC. Ha publicado los poemarios *El ropero del suicida* (2002) y *Delirios de hombre ave* (2004) y su obra aparece también en algunas antologías. Colabora en las revistas *El Jaguar*, *Bisal*, *Navegaciones Zur* y la que publica la Universidad Autónoma de Yucatán. En 2002 recibió el Premio Estatal de Poesía Juvenil Jorge Lara y en 2003 le fue concedida la Beca del Programa de Fomento a la Creación y Desarrollo Artístico con el proyecto "Xenan-Kó: refugio poético de la fauna yucateca".

En la herida de la jungla
viviré
colgado de lianas enredaderas de luz.

En la sombra que desnuda los helechos
dormiré
comeré hongos frutos amargos de las cuevas.

En los ríos de esta selva de tasistes
nadaré
entre ofidios caimanes.

Me tatuaré insectos en las piernas
para atraer a los iguanos.

Endulzaré de sangre la muerte selvática
seré feliz
exigiendo al tiempo olvidarme en las lechuzas.

Bajo *la arena*

Brenda Azucena Muñoz

Todo el teatro sale de las humedades confinadas.

*Todo el teatro verdadero tiene un profundo
hedor de luna pesada. Cuando los trajes hablan,*

*las personas vivas son ya botones de hueso
en las paredes del calvario.*

Yo hice el túnel para apoderarme de los trajes

*y, a través de ellos, haber enseñado el perfil
de una fuerza oculta cuando ya el público*

no tuviera más remedio que atender;

lleno de espíritu y subyugado por la acción.

FEDERICO GARCÍA LORCA

Es 20 de agosto de 1936. A poco tiempo de iniciar la Guerra Civil Española, los Falangistas de la Escuadra Negra apresan en Viznar, Granada a Federico García Lorca junto con otros republicanos; los obligan a cavar sus fosas para enterrarlos después del fusilamiento. La ejecución se lleva a cabo, el último en caer es Federico García Lorca; tiempo después la justificación oficial para su brutal muerte sería la homosexualidad. Hoy, a casi 70 años de este acontecimiento, la homosexualidad sigue siendo causa de represión.

Fue hasta 1976 que los herederos de Federico García Lorca autorizaron la publicación de la obra de teatro más compleja del poeta. Una pieza que, cada vez que la leía a sus amigos suscitaba reacciones de

escándalo, por su elección de la libertad sexual del individuo: *El público*.

Se puede hablar de dos etapas en la obra de Lorca: en la primera trata de retratar la España de su tiempo, sus tradiciones, caracterizada más que nada por lo que llamaríamos gitanismo lorquiano.

Como los gitanos se concentran en Andalucía, Lorca asimila sus tradiciones, la canción popular, el folklore... y tiñe con estos aspectos su poesía y dramaturgia. Ya que tanto el andaluz de la época del escritor como el de la actual, es un mestizo producto de españoles y gitanos, estas características hicieron popular a Lorca; en su producción poética encontramos *El romancero gitano*, *El poema del cante jondo* e *Impresiones y Paisajes*, y sus libros de poemas más difundidos.

En un segundo momento, su producción se torna surrealista, cuando el poeta hace contacto con Nueva York, ciudad fría que se contrapone a su personalidad española. Este surrealismo lorquiano crea poemas dotados de una estructura compleja, cuyo tema fundamental es la impresión que deja la ciudad en él. En *Poeta en Nueva York* encontramos un elemento que hace a esta etapa afín a la anterior: el espacio de cuatro poemas destinados a *los negros*, recuerda un poco el gitanismo con la dife-

BRENDA AZUCENA MUÑOZ

Alumna de la licenciatura en Comunicación y miembro del Taller Literario en la UJA Torreón.

rencia de que más que retratar sus costumbres, la finalidad es denunciar su situación en la sociedad de esa metrópoli, al describir la desesperación y angustia que el autor observa en ellos. “La obra refleja, a lo largo de su desarrollo, una honda preocupación y la incomodidad frente al drama cotidiano y ante una sociedad en extremo indiferente”.

Estas dos épocas se perciben también en sus obras de teatro: *Mariana Pineda*, *Doña Rosita la soltera*, *Bodas de sangre*, *Yerma* y *La casa de Bernarda Alba* –las más conocidas–, que representan a la mujer andaluza y retratan las costumbres arraigadas en el pueblo español de principios del siglo xx. Y por otro lado, *El público* y *Así que pasen cinco años...* se acomodan en la época surrealista del poeta.

De estas dos últimas piezas teatrales, la que más revuelo causó es *El público*. La historia pareciera sencilla de plantear, pero los conflictos emocionales, psicológicos y sexuales que presenta, adheridos a múltiples símbolos y a una especie de sueño eterno, la enmarañan:

Se ha representado una obra de teatro, *Romeo y Julieta*, pieza con la que “el público” debiera quedar fascinado, pues es la historia mejor contada sobre un amor puro. Pero no es así. “El público” está molesto porque ha descubierto a la actriz que supuestamente interpretaba a Julieta amordazada bajo las butacas, y en el escenario está un niño de quince años. Julieta es un hombre, como Romeo.

Lo que el autor propone es que existe un mundo subterráneo, llamado “teatro bajo la arena” en la obra, donde se expone la realidad y se abordan los temas tabú para la sociedad. Cuando “el público” descubre que en el escenario hay dos hombres enamorados, han detectado este tipo de teatro, como verdadera representación de la existencia humana y sus conflictos. Sin embargo, “el público” de la época de Lorca no es

taba preparado para discutir abiertamente la homosexualidad, por lo que antes de que este teatro emergiera, fue necesario asesinar al director de teatro, personaje siempre oculto tras una máscara.

El director de escena vive en carne propia este conflicto sexual, y ha sido obligado por la sociedad a ocultar la realidad; cuando él se propone no engañar más a “el público” y ofrecerles un “teatro al aire libre”, es el mismo público el que quiere matarlo. Pero para que puedan lograrlo será necesario que “el público” entre al “teatro bajo la arena”. En este contexto de persecución, también se narra la historia de amor entre el director de escena y un hombre, Gonzalo, personajes por medio de los cuales García Lorca expone distintos conflictos sexuales.

La acción inicia con la aparición de tres hombres que se presentan con el director y lo obligan a enterrar su teatro, ya que perciben que “el público” no lo soportará; uno de estos hombres es el amante de Enrique, el director. Cada uno de estos hombres y Enrique representan una duda sexual diferente, que revelarán al desenmascarar al director de teatro:

El conflicto homosexual del director, Enrique, consiste en ser una mujer atrapada en el cuerpo de un hombre; el hombre 2, es un homosexual que pretende enamorarse de una mujer, es decir que se reprime a sí mismo; el hombre 3 es un bisexual sadomasoquista; contrario a todos ellos, el hombre 1, Gonzalo, es el homosexual libre.

Sin embargo, también pudiera ser que los hombres dos y tres sólo sean alter egos del director y Gonzalo, acrecentando el conflicto de identidad que viven los protagonistas. El autor juega con este desdoblamiento de la personalidad del director y de Gonzalo en distintos momentos de la pieza.

García Lorca nos muestra un amor puro, el del director y Gonzalo, a través de estos mismos personajes y otros que los representan. Todo va dirigido a desnudarse,

es decir, a mostrarse tal cual se es, sin caretas: a aceptarse y buscar la aprobación de “el público” para salir al aire libre.

El segundo cuadro es bellissimo porque expone el conflicto de amor entre Enrique y Gonzalo a través de dos figuras que los representan: una de pámpanos (director) y otra de cascabeles (hombre 1). En este diálogo de las figuras se expresa el sentir de un homosexual a quien la sociedad le exige que sea un hombre “más hombre que Adán”. Esta parte de la obra también nos muestra la lucha interna de los homosexuales, que son fuertes para aceptar su identidad sexual, pero frágiles para sostenerla frente a la sociedad.

Lorca deja sembrada una esperanza en “el público”: no todos están en contra de que Julieta sea también un hombre, ya que unos estudiantes asimilan esa forma de ver la vida y el amor, aceptando la realidad como lo que es. Prefieren el teatro bajo arena porque es más sincero, no admiten el comportamiento del resto del público que quiere asesinar a Romeo y Julieta. De igual manera, unas mujeres del público muestran un grado de tolerancia hacia la homosexualidad, aunque no la investigan, creen también que el asesinato es un exceso. Son estos grupos sociales, jóvenes y mujeres, quienes con el tiempo adquirirían mayor fuerza, dando lugar a una mayor de tolerancia a la homosexualidad en la vida real, como lo vislumbró el autor.

El público es una obra de teatro que, además de tratar el tema del amor universal, denuncia el sentido y compromiso del arte como medio para reflejar la vida real. “El público” de la época de Lorca no es el mismo que el actual, sin embargo, la obra es vigente porque aún hay personas que no alcanzan a comprender o aceptar este tema. La obra atraviesa por diversas transformaciones, mismas metamorfosis que la sociedad ha sufrido, pero, lamentablemente, la mayor parte del *teatro* sigue enterrado, regulado por convenciones sociales.

Así, nos queda claro que más que dar a escoger entre dos formas de teatro, los tres hombres proponen al director –y Federico García Lorca nos propone a nosotros– dos formas de vivir artística, social y sexualmente: al aire libre o bajo la arena. 🎭



Kill Bill: *vuelve la* *tarantinomanía (II)*

Miguel Báez Durán

MIGUEL BÁEZ DURÁN

Egresado de la licenciatura en Derecho por la UIA Torreón y maestro en Letras Españolas por la Universidad de Calgary, Canadá. Ha publicado reseña cinematográfica y ensayo en los colectivos *Hoy no se fía* y *Sueños de La Laguna*, así como relatos en *Enseñanza superior* y *Acequias de cuentos*. Textos suyos han aparecido también en el periódico *La Opinión Milenio* y en las revistas *brecha*, *Estepa del Nazas* y *Arteletra*. Es autor de *Vislumbre de cineastas* (2001) y *Un comal lleno de voces* (2002). Fue profesor de español como segunda lengua en la Universidad de Calgary y de literatura en el área de Integración de la UIA Torreón. Actualmente imparte clases en la Escuela de Escritores de La Laguna "José Carlos Becerra" y participa en el programa semanal *Letras al aire* de Radio Torreón.

Siempre me he cuestionado si de veras hay películas que marquen la existencia de su espectador. Y también me he preguntado por qué razón se da este fenómeno. Sí, es un lugar común muy manido por pseudo-críticos-cinematográficos-provincianos, lo sé. Pero, en mi particular caso, también es una verdad. Hace poco lo comprobé de nueva cuenta. Sí, hay películas que obsesionan y aunque sean vistas decenas de veces no cansan al espectador, pues siempre están dispuestas a ser reinterpretadas en una vis(i)ta más. Han sido pocas las veces en que una película ha trastornado por completo mi concepto del cine. Sucedió hace mucho con *Naranja mecánica* de Stanley Kubrick y más tarde con *El cocinero, el ladrón, su esposa y su amante* de Peter Greenaway. No se diga con *El ciudadano Kane* de Orson Welles. Sin embargo, hay casos en los que dicho impacto resulta increíble. No existe algún argumento racional para explicarlo. Así me sucedió —como ya lo había escrito en una reseña anterior— con la cuarta cinta de Quentin Tarantino: *Kill Bill*. El por qué de su huella en mí todavía no lo sé. ¿Qué elementos (psicológicos, sociológicos, biológicos, químicos, etcéte-

ra) se unen para que tenga una reacción así ante una novela, una pintura o un filme? Quién sabe. Tal vez sea esa incertidumbre lo que hace al arte misterioso y hasta divino.

Sin embargo, mi experiencia de *Kill Bill Volumen 2*, después de ser tan sobrecohedora la de *Kill Bill Volumen 1* —como podrá apreciarse con la lectura del artículo anterior— se vio entorpecida a causa de los mercachifles de la cinematografía en La Laguna (no digo nombres ni marcas, pero todos aquí sabemos quienes son). Sí, ésta fue la película más esperada para mí en el 2004. Ni siquiera necesito que termine el año para afirmarlo. Y, para hacer mi espera más larga y mi tortura más lenta, los distribuidores locales decidieron aplazar por quién sabe qué motivos el estreno del segundo volumen del cuarto filme de Quentin Tarantino (de seguro, como siempre, esos motivos son monetarios, y obligan a dar preferencia a títulos tan entretenidos, aunque también tan execrables e intrascendentes, como *Troya* o *El día después de mañana*). Dicho estreno, entonces, se vio atrasado aquí en Torreón dos semanas con respecto a las principales ciudades

de la república. Es decir, Torreón es una ciudad de primer mundo para churracos como *Troya* o *El día después de mañana* (las dos aparecieron por nuestras tierras en estreno simultáneo con gringolandia y el mundo entero); pero sigue siendo el mismo rancho ciclistero de siempre para el cine de autor. De eso, no me queda la menor duda. Así que ese veintiuno de mayo del estreno nacional de la cinta, el adjetivo “nacional” sonó un poco amargo aquí en La Laguna. Al menos para mí. Fue en esos momentos cuando, a pesar de la posible condenación de los hipócritas mercachifles, pude exclamar ¡bendita piratería! Y para que esos mismos hipócritas no vayan a denunciarme con alguna autoridad como usuario de la piratería, les diré: quédense tranquilos, cuando el largometraje se estrenó (y a pesar de haberlo visto ya más de cinco veces en VCD pirata) fui a verlo otras tres y a pagarles los morlacos que ustedes tanto desean. Y eso con ciertas dificultades. (¿Debería extenderme un poco más en este apartado quejumbroso para explicar que una de esas tres veces me topé con el argumento de que el proyector en la sala donde exhibían *Kill Bill Volumen 2* se había descompuesto y gracias a cierto maguito mucho más comercial habían decidido no exhibirla en ese horario? No, mejor no. ¿De qué serviría?)

Para entrar en materia y dejar las dificultades atrás, debo decir lo siguiente: muchos prejuicios rodean al segundo volumen de *Kill Bill*. Habrá que hacerlos a un lado antes de abordarlo. Prejuicio uno: este volumen es una secuela. En realidad, ésta es la misma película. No la terminamos de ver el año pasado. *Kill Bill Volumen 1* es sólo la primera mitad de un largometraje de aproximadamente cuatro horas. La cinta entera fue filmada sin interrupciones significativas. Por lo tanto, nadie puede aferrarse al tan manoseado argumento de “segundas partes nunca fueron buenas” para descalificarla ni tampoco podemos lanzar improperios contra Taranti-

no alegando que el señor quiso aprovecharse del relativo éxito de la primera para sacar más dinero en la segunda. Prejuicio dos: vamos a ver exactamente lo mismo que en el volumen precedente (sangre, decapitaciones, balazos, *anime*, saltos acrobáticos, etcétera). Es decir, veremos mucha más violencia con estilo. Lástima. ¿Cómo va a ser eso posible si, dentro de la trama, los enemigos de La Novia ya están sobre aviso? ¿Acaso los mejores asesinos del mundo la recibirán con una sonrisa? ¿Le habría convenido a Tarantino darnos más de lo mismo en la segunda mitad de su obra? Conociendo un poco la aún corta filmografía de este director, creo que no. ¿Le convenía romper el patrón en el que La Novia se enfrentaba a sus enemigos de una manera diferente? Por segunda vez, no. En este caso, en la variedad está el gusto. Y si a los adolescentes no les gusta, ni modo. Muchos de ellos de seguro la tildarán de aburrida comparada con el primer volumen. Y, en cambio, los que ansiaban esos diálogos “tarantinescos” pocas veces detectados en la entrega previa saldrán satisfechos porque aquí es donde se nos explica el origen de la kilométrica venganza. La relación entre La Novia –de cuyo nombre oficial nos enteramos por fin en el capítulo nueve: es Beatrix Kiddo (sí, todas esas veces que pensábamos que Bill le decía “niña” o “nena”, “kiddo”, en realidad se estaba refiriendo a su apellido)– y su ex jefe alcanza el punto culminante.

Aquí, en el volumen dos, La Novia (Uma Thurman) va tras las personas con las cuales estuvo involucrada de forma emocional: Bill (David Carradine), su ex amante, Budd (Michael Madsen), el hermano de éste, y Elle (Daryl Hannah), la sustituta en el corazón roto de Bill. El segundo volumen sigue una estructura idéntica al primero: preludio, cinco capítulos y epílogo. Sólo por eso, podríamos especular que, al tener frente a sí la propuesta de Miramax de dividir la obra en dos volúmenes o verla mutilada en uno solo, tal vez Taran-

tino decidió darles una estructura cerrada a cada una de las dos entidades. Los más observadores —o los más obsesivos— podrán percibir además una estructura de espejos que le da circularidad a toda la cinta (ya no dividida en volúmenes, sino en un solo sentón de cuatro horas), una estructura que une los diez capítulos en varios círculos concéntricos los cuales dibujarán el ascenso desde el infierno de esta Novia vengativa. De antemano una advertencia al lector: si no ha visto *Kill Bill*, más vale no seguir leyendo, pues muchas de las sorpresas del filme son reveladas en los siguientes párrafos para hacer más claro mi análisis.

PRIMER CÍRCULO: 5 Y 6

En esta estructura, el círculo central estaría compuesto por el capítulo seis, “Masacre en Two Pines”, y el cinco, “Duelo en la Casa de las Hojas Azules”. Me detendré por ahora en el seis: Quentin Tarantino engañó a sus espectadores durante todo el volumen uno. En el episodio “Masacre en Two Pines” (o “Masacre en Dos Pinos”, benditos traductores) se enterarán de que la tan famosa Novia ni siquiera era una novia de verdad. El día de la masacre en la capilla Two Pines de El Paso no era el día de su boda. Era el día del ensayo de la boda, un ensayo con vestuario incluido. Las cosas no son tan melodramáticas como las cuenta la leyenda. Es en este segmento, a la mitad del camino, donde todo lo presenciado durante los anteriores empieza a aclararse. Además de la fugaz aparición (o *cameo*) de Samuel L. Jackson como el organista, Tarantino le da a sus espectadores una de las escenas más enternecedoramente estrujantes de su carrera. Cuando La Novia escucha la flauta de Bill, se estremece y se acerca con lentitud hacia él y, en lugar de reclamos, escuchamos susurros. El terrible villano que es capaz de dispararle a la cabeza a una mujer embarazada y que durante el primer volumen entero estuvo oculto bajo su voz, muestra su rostro. La aparición tan anunciada de un personaje

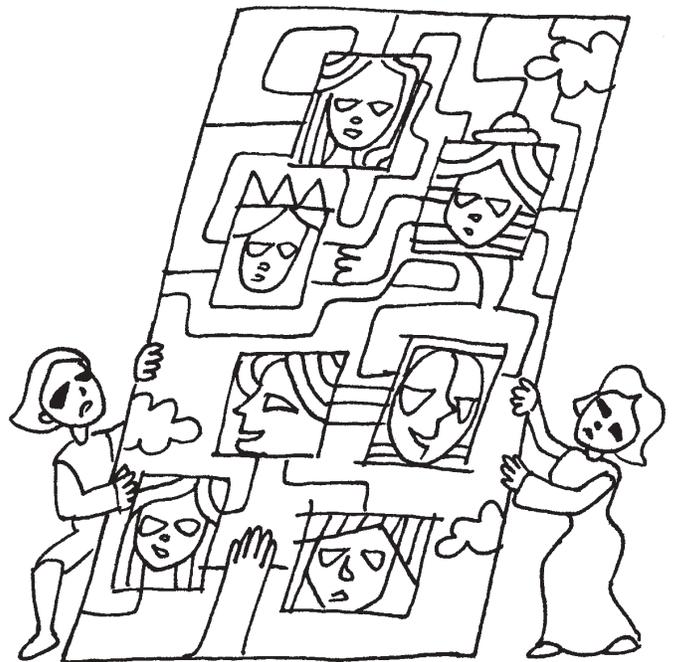
medular para el argumento recuerda a aquella brillante entrada de Orson Welles en *El tercer hombre*. Bill, como el flautista de Hamelin con las ratas, es el encantador de serpientes (de hecho, en los créditos finales nos enteramos de que ése, “Encantador de Serpientes”, era su sobrenombre en el grupo de asesinos DIVAS). Igual efecto mágico surten las voces de los protagonistas y, con el diálogo, se obtienen pequeños pero deslumbrantes flashazos de lo que fue su relación. Una relación de amantes, sí; pero también una relación de padre-hija, de maestro-pupila y quizás, hasta de padrote-prostituta. Esto último quedará mucho más claro con el personaje de Esteban Vihairo en el capítulo diez. Bill es la esencia de lo *cool* y en ningún momento se altera. Tampoco grita. Al contrario, su voz es suave y delicada, casi un murmullo. Pero ya todos en la sala de cine sabrán cómo va a terminar su cordial visita al ensayo. Para rematar, la cara de este hombre es la misma que la del Pequeño Saltamontes de la serie *Kung-Fu*.

Este capítulo correspondería en su reflejo especular con el último del volumen uno, el quinto del filme completo: “Duelo en la Casa de las Hojas Azules”. Los dos episodios se identifican entre sí por sus contrastes. El cinco, ubicado en Tokio, es un homenaje a los filmes de samuráis. Éste, ubicado en El Paso, al género del *western*. En los dos se llevan a cabo masacres: la de la boda será el detonante de la del restaurante japonés. La primera en la cronología, pero segunda en el tiempo destrozado de la cinta, se nos escamotea, no es explícita, el realizador sólo nos detalla el antecedente y al final únicamente escucharemos los balazos desde afuera. La primera en el tiempo del filme, pero segunda en la cronología, es explícita, en colores vibrantes (por lo menos, así era en un principio hasta que vino la censura gringa y Tarantino le bajó el tono cambiando algunas partes —las más violentas— a blanco y negro) y es tan prolongada que ese capítulo, el cin-

co, es uno de los más extensos. Además, a lo largo del volumen uno lo más intrigante para el espectador eran esas retrospectivas de la golpiza contra La Novia que deberían haberse visto en “Masacre en Two Pines”. Cualquiera esperaría la escena completa en esta ocasión. Pero Tarantino sigue alterando los prejuicios asentados en el volumen uno y continúa con sus prestidigitaciones porque, cuando terminan los balazos, viene el silencio y el *fade out* hacia el siguiente capítulo: “La tumba solitaria de Paula Schultz”.

SEGUNDO CÍRCULO: 4 Y 7

El segundo círculo sería el formado por los capítulos siete y cuatro, “La tumba solitaria de Paula Schultz” y “El hombre de Okinawa”. El siete es un episodio abierto en el instante en que los dos hermanos, Bill y Budd, se reencuentran después de algún tiempo. Tarantino nos presenta aquí a uno de los personajes más complejos de la historia. Los espectadores no saben exactamente cuál fue el motivo de la separación entre los hermanos, pero intuyen que quizás en él esté involucrada la masacre no vista en el capítulo seis. Bill viene a advertirle a su hermano menor que la ira de La Novia caerá muy pronto sobre él. Y en la respuesta de Budd fulgura la complejidad del personaje. Sí, esa mujer merece su venganza, dice, pero ella también, como los integrantes ahora separados de *DIVAS*, merece morir. Y es que Budd, de ser uno más en el escuadrón de asesinos de su hermano, ahora, por esa misma masacre en la capilla Two Pines, es un perdedor: guardia en un club de taiboleras en California y alcohólico empedernido. Sus sentimientos son ambivalentes respecto a La Novia. Claro, la odia y, gracias a la advertencia de Bill, logra capturarla, le ofrece a Elle Driver la espada Hanzo a cambio de un millón de dólares y entierra viva a su ex cuñada por “haberle roto el corazón” a su hermano. Sin embargo, le da la oportunidad de escaparse con la linterna. ¿Por qué? Tal vez Budd está



arrepentido de la masacre y, aunque le guarde rencor a su hermano por hacerlo cómplice de esa injusticia, también desea ver muerta a La Novia. De ser un asesino a sueldo del millonario grupo de Bill se convierte en un borrachín de mirada perdida y sonrisa socarrona que aguanta como una penitencia la humillación de un jefe al cual con mucha facilidad podría cortar la lengua. ¿Por qué? Tarantino nunca se detiene en el pasado del personaje y esa explicación la deja en manos del público. Al fin y al cabo, Budd podría ser el arquetipo del hombre enigmático sacado de una vieja película de vaqueros.

Los capítulos cuatro y siete se unen gracias al objeto que sintetiza la venganza de La Novia: la espada de Hatori Hanzo (Sonny Chiba). En “El hombre de Okinawa” Beatrix debe convencer a Hatori Hanzo –quien ha jurado nunca más hacer un objeto de destrucción– para que le forje una espada con la cual pueda enfrentarse a Bill. El sólo hecho de recordarle el nombre del alumno que traicionó sus enseñanzas –tampoco se sabe con certeza, pero lo podemos deducir– basta para persuadir al maestro retirado. Hanzo le confecciona la mejor espada del mundo y la masacre del capítulo cinco es un despliegue de la habilidad de La Novia y del poder de su arma. Sin embargo, es en el siete, “La solitaria tumba de Paula Schultz”, donde el objeto se pierde. La espada, entonces, cobra un papel de suma importancia para los planes de Budd, pues será el señuelo para que Elle Driver, la cuarta en la lista de La Novia, cumpla con su destino y pelee contra su rival. Y aún después del siete el arma seguirá siendo importante como un fetiche del tema de la película. La obtención de la espada y su pérdida serían frases que con facilidad resumirían estos dos episodios.

TERCER CÍRCULO: 3 Y 8

El lazo entre los capítulos ocho, “La cruel tutela de Pai-Mei” y tres, “El origen de

O-Ren”, formaría el tercer círculo. El ocho es uno de los capítulos más divertidos de toda la obra aunque sea comenzado con una solemne escena donde Bill demuestra sus dotes de narrador al contarle a La Novia la leyenda de Pai-Mei. Gordon Liu, a quien vimos morir en el primer volumen como Johnny Mo, regresa en una parodia exagerada y caricaturesca del maestro de artes marciales, cuyo sadismo es una de sus principales características. Aquí es donde los espectadores más despistados podrán denostar a la cinta. Si se toma en serio al personaje de Pai-Mei, se está condenado a no entender en absoluto este episodio de *Kill Bill* (o el largometraje entero, en el peor de los casos). No hay que olvidar el juego paródico propuesto desde el principio del primer volumen. Síntesis de todos esos maestros inmensamente crueles de las artes marciales, Tarantino manipula de manera ambigua la figura de Pai-Mei. Por un lado, transmite la obediencia ilimitada que La Novia debe tenerle si desea sobrevivir al entrenamiento; por el otro, no es posible ignorar lo caricaturesco y ridículo que resulta el personaje (la abundancia de sus cejas, el peinado estrambótico y el jugueteo constante con su barba). Sí, homenaje al mismo tiempo que parodia. En este capítulo también se sientan las bases para enfrentar a los últimos dos nombres en la lista de La Novia: Elle Driver y Bill.

El homenaje –otro motivo más allá de lo recurrente durante los diez episodios– es sólo uno de los elementos que alían los capítulos tres y ocho: “El origen de O-Ren” y “La cruel tutela de Pai-Mei”. Por una parte, tenemos el *anime*, y por la otra, las películas de kung-fu: China y Japón con un sabor oriental algo pasteurizado. Pero otro engranaje los hace girar juntos y es el tema del aprendizaje de una asesina. Ya se vio, a través de aquel grandioso *anime* del primer volumen, a través de un género venido de Japón, cómo O-Ren (Lucy Liu) venga la muerte de sus padres y des-

pués se convierte en una homicida a sueldo. Se atestiguó además por qué razones esta niña asustada se transforma con los años en una de las mejores serpientes venenosas del mundo. Presenciamos por qué razones una asesina quiere ser la número uno. Ésta es la historia de una venganza proyectada hacia el pasado. Ahora, en el capítulo ocho sabremos cómo La Novia también se convierte en una víbora mortífera a través de las enseñanzas de Pai-Mei y cómo este cruel maestro que odia a las mujeres caucásicas y gringas termina convencido de que Beatrix es probablemente la mejor alumna que ha tenido. Pai-Mei, escondido entre las montañas chinas, le facilitará otras armas a La Novia, además de la espada Hanzo, para vencer a sus oponentes. Ella ha perdido su “acero japonés”, sí. Pero eso no será importante si la heroína tiene a disposición sus puños para escapar de la tumba de Paula Schultz. Ésta, la de Beatrix, es la historia de la venganza en el presente y, por supuesto, habrá una en el futuro. Sin embargo, eso quedará claro más adelante, en el quinto círculo.

CUARTO CÍRCULO: 2 Y 9

En el cuarto círculo se encontrarían “Elle y yo”, el capítulo nueve, y “La Novia cubierta de sangre”, el dos. Desde el título del nueve Tarantino está jugando con el significado de las palabras. Sin duda, resulta interesante que el pronombre personal “yo” (“I”) sea palabra homófona en inglés de “ojo” (“eye”) pues son precisamente los ojos (el ausente y el sano) los que destacan en la asesina más traicionera, malvada e imponente del grupo *DIVAS*. Elle Driver es la peor villana de este volumen y, en sí, su personaje nos promete la pelea más emocionante. Elle detesta a Beatrix aunque afirme su respeto por ella como profesional del homicidio (según dijo durante su rápida aparición como enfermera en el volumen uno). Después de todo, Driver vino a sustituir a La Novia como la amante de Bill. De ser la dos, con la ma-

sacre de Two Pines, se transformó en la número uno. Quizás su sueño sea estar a la altura de su predecesora. Al menos, ante Bill. Sin embargo, antes de que Budd sucumba por la picadura de la Mamba Negra –artimaña para que las sospechas de la muerte recaigan sobre Beatrix; después de todo, su sobrenombre en *DIVAS* era precisamente “Mamba Negra”–, Elle confiesa que se siente decepcionada de no haber enfrentado a la mejor guerrera en el campo de batalla y, sobre todo, de que su mayor contrincante haya caído a manos de un pelagatos traicionero como él. Sin embargo, la Driver es tan traicionera como su actual y moribundo cuñado. A diferencia de La Novia, que en el volumen uno encaró a Vernita y a O-Ren en duelo siguiendo los códigos de honor establecidos por las cintas de samuráis o los *westerns*, Elle es capaz de cualquier estratagema con tal de salir victoriosa del enfrentamiento. Elle podrá respetar a Beatrix, pero es difícil pensar que el respeto sea mutuo.

El personaje interpretado por Hannah transita con soltura entre el capítulo dos y el nueve. Su primera aparición se dio en el volumen uno mientras silbaba complaciente en el hospital de El Paso, durante aquel homenaje técnico a Brian DePalma, poco después de la masacre en la capilla y cuando estuvo a punto de matar a una Novia comatosa. Además de la presencia de Elle Driver, en los episodios dos y nueve se frustran los homicidios anunciados. El primero, Elle contra Beatrix. El teléfono celular de Bill impide la introducción del “regalo” de Elle en el cuerpo de La Novia durante la secuencia del hospital (porque para Bill asesinar a una contrincante mientras duerme lo rebajaría). Elle, como ya vimos, afirma tenerle respeto a La Novia. Pero en realidad no respeta a nadie. Por algo mata a traición a Budd. Y años antes hizo lo mismo con Pai-Mei, el maestro de Beatrix. Al enterarse La Novia, en una ominosa escena que remite a otras películas donde el alumno debe vengar la

muerte de su maestro, se da el otro homicidio frustrado. Una de las peleas más esperadas finaliza con un anticlímax. ¿Por qué Beatrix no mata a Elle Driver? ¿Por qué después de la ira contra sus enemigos mostrada en el primer volumen se limita a sacarle el ojo sano? Quizás La Novia no la mata porque le ha perdido el respeto. Su contrincante en la batalla es una traicionera, ha transgredido los códigos de honor y no está a su altura. Aunque sí alcanza a vengar la muerte de su maestro Pai-Mei sacándole el otro ojo. De ahí la homofonía entre “yo” y “ojo” en el idioma original del filme.

En estos dos episodios también es relevante la identidad de La Novia. Dentro de la capilla, en “La Novia cubierta de sangre”, el personaje central deja de ser Arlene Maquiavelli –su alias para huir de Bill–, antes de poder transformarse en la señora de Tommy Plympton, y pasa a ser La Novia. Es así bautizada por las autoridades tejanas gracias al vestido usado en el ensayo. Y durante todos estos capítulos la hemos conocido como La Novia. Cuando algún personaje ha dicho su nombre verdadero (Vernita, O-Ren, Bill) éste era ocultado por el director con un pitido molesto más que nada para atraer la atención sobre su identidad. Pero ahora, durante el capítulo nueve, Elle Driver dice al fin el nombre de La Novia: Beatrix Kiddo. Así, esta mujer cambia de identidad como cambia de sobrenombres: Mamba Negra como integrante de un grupo de asesinos, Arlene Maquiavelli como fugitiva del mismo, la señora de Tommy Plympton como una ilusa sin pasado, La Novia como furia vengativa y por último volverá a ser Beatrix Kiddo y, sobre todo, Mami.

QUINTO CÍRCULO: 1 Y 10

Los capítulos diez, “Cara a cara”, y uno, “2”, trazarían el siguiente círculo. Si en otros episodios China y Japón parecían observados a través de un lente con enfoque inverosímil, algo semejante sucederá con

México, el país donde se halla Bill. ¿Qué hace aquí, por ejemplo, una canción como “Tu mirá”? La última escala de La Novia, antes de enfrentarse a su ex jefe, ex amante y ex maestro, es la de la “cabaña” del padrote Esteban Vihaio (Tarantino intenta otro juego con tal apellido, un juego nada efectivo para nosotros pues Vihaio tal vez lo pronunciaría un anglo parlante como “viejo”). Éste es, entonces, el México pasteurizado de Robert Rodríguez, “hermano” de Tarantino de acuerdo con los créditos finales del primer volumen –aunque si deberíamos agradecer que en este México los personajes tomen tequila y preparen sándwiches con pan Bimbo–. Esteban es un reflejo de la personalidad de Bill. Como dice La Novia, el padrote es una figura paterna más del homicida. Y Bill, como su modelo, también es un padrote. Sin embargo, él, en lugar de prostitutas, recluta asesinas. De ahí que afirmara antes que la relación entre Bill y Beatrix también se da en el plano padrote–prostituta. Si Gordon Liu repite papel con Pai-Mei, ¿por qué no iba a hacer lo mismo el actor norteamericano Michael Parks? En el volumen uno era el sheriff Earl McGraw y ahora será el empresario retirado cuyo origen queda en la duda, pues ese mismo acento de supuesto mexicano lo hizo Parks en la serie *Twin Peaks* cuando interpretó a un quebequense. Sin embargo, lo importante es que Esteban le indica el camino a Beatrix para hallar a Bill. El espectador llega al momento de la catarsis y hasta de eso se burla Tarantino cuando en boca de Bill hace un guiño autoreferencial: “Antes de que esta historia de venganza sangrienta llegue a su clímax, voy a hacerte algunas preguntas”.

Cuando Beatrix arribe a la lujosa guarida de Bill, se llevará la gran sorpresa que al final del volumen uno nos estremeció tanto: la hija que La Novia creía muerta, está viva. La historia de Beatrix Kiddo alcanza el punto álgido en este instante. La asesina queda guardada unos minutos para dar

paso a la madre (esa doble personalidad sobre la que más adelante hablará Bill en su largo discurso sobre los superhéroes de los cómics). El preludeo del primer volumen cuenta en blanco y negro cómo Bill le dispara a Beatrix en la cabeza mientras ella le dice que el bebé que espera es suyo. Tras el estridente balazo, entra el oportuno y tristísimo tema de Nancy Sinatra, “Bang, Bang (My Baby Shot Me Down)”. El inicio de la aventura se ve reflejado en el “bang, bang” de la pequeña B. B. con su pistola de juguete cuando La Novia apunta a Bill con la suya, la de verdad. De esta manera, la reunión con la niña concuerda con el instante de la pérdida. Y la última pelea da inicio aquí, cuando Bill le presenta a la niña a Beatrix. La hija de los dos asesinos (bautizada adecuadamente en el guión original como B. B. Gun o, en cristiano, “Escopeta de salvas”) es el arma psicológica que le queda a Bill para defenderse de su ex pupila. El reencuentro de los antiguos amantes remite de inmediato al capítulo con el que abre el volumen dos, el de “Masacre en Two Pines”, dándole circularidad a esta segunda parte sin afectar la del conjunto entero, la de los diez capítulos.

Cuando la criaturita está dormida y, una vez dadas las explicaciones, Bill y Beatrix se enfrentarán en un duelo de espadas. El enfrentamiento dura escasos segundos. Bill es el mejor espadachín. Pero ella (a final de cuentas la heroína de la historia) tendrá un as bajo las yemas de sus dedos, un as otorgado por Pai-Mei. Si ya le rompió una vez el corazón a este *killer* sentimental –por citar el título de la noveleta de Luis Sepúlveda– ¿por qué no podría volver a hacerlo?

En el penúltimo círculo se verán encadenados los capítulos “Cara a cara” y “2” por los ojos de las niñas. El episodio uno y el diez se corresponden por las presencias de Nikki, la hija de Vernita Green, y B. B., la hija de La Novia. En “2”, La Novia hizo lo posible por no matar a Vernita (Vivica A. Fox) enfrente de la niña porque, después de todo, Beatrix escapó del grupo a

causa de su maternidad y hasta cierto punto, una vez conocida la larga explicación, Vernita es la Víbora Mortal con la que más se podría identificar. Logró lo que La Novia no pudo: ser madre y retirarse del negocio. Sin embargo, La Novia fracasa y la niña ve cómo muere su madre. No le sucederá lo mismo en el diez. Beatrix esperará a que su hija se duerma para alcanzar el objetivo codiciado desde su renacimiento del coma: matar a Bill. Con estos dos capítulos, Tarantino siembra las semillas para la venganza del futuro, la que podría ser, ahora sí, la secuela de *Kill Bill*; otra cinta donde Nikki le tome la palabra a La Novia con aquello de “Te estaré esperando” y trate de vengar la muerte de su madre en B. B. Gun. Pero, para eso, los fanáticos de *Kill Bill* tendremos que esperar mucho más en comparación con los de *Harry Potter* o *La guerra de las galaxias*. Según Tarantino, ese proyecto no lo retomará hasta dentro de quince años.

SEXTO CÍRCULO: LA VENGANZA Y LA LEONA

El último círculo encerrará las otras circunferencias y estará constituido por dos frases. En la reseña anterior, la del primer volumen, mencioné la cita de *Viaje a las estrellas* con la que Tarantino, minutos antes del balazo en la cabeza, abre *Kill Bill*: “La venganza es un manjar que se sirve mejor frío”. Al final del segundo volumen, cuando termine la película con madre e hija abrazadas frente a la televisión, vendrá la frase “La leona se ha reencontrado con su cachorra y todo está bien en la selva”. Esta frase es gemela del “epígrafe” del primer volumen. Con la leona (el emblema que Hanzo inscribe en la espada de Beatrix) cierra el círculo más grande dentro del cual quedan encapsulados los otros, dándole así a toda la obra una estructura circular y perfectamente cerrada.

Tengo que admitirlo. Quizás esta estructura especular de círculos concéntricos no haya sido la intención de Tarantino. O tal vez sí, puede ser que lo haya planeado

muy bien. Lo más probable es que sean especulaciones de alguien que ha visto demasiadas veces *Kill Bill*. Sin embargo, gracias a la división de la película en dos tomos y al buen tino del director, *Kill Bill Volumen 1* y *Kill Bill Volumen 2* funcionan también como entidades independientes. Después de todo, cada una posee su introducción, desarrollo y final. Ya veremos qué tal le queda a Tarantino la edición completa de la cinta, presentada en el Festival de Cannes en mayo pasado. En mi opinión, la estructura se presenta mejor ante los ojos del tarantinómano cuando termina por cerrarse. Y si habrá pronto o no en las salas de cine una edición especial para las cuatro horas de *Kill Bill*, importa poco. Al fin y al cabo, sí hay películas, completas o divididas, que marcan la existencia. 🎬

Torreón, agosto de 2004

Kill Bill: La venganza. Volumen 1 y Volumen 2 (Kill Bill: 2003 y 2004), director: Quentin Tarantino; protagonistas: Uma Thurman y David Carradine.

Suscripción nacional por 1 año \$ 200.00
Suscripción internacional por 1 año US \$28.00
Publicación Trimestral

Ampe hombre para hoy

Antropología de Zubiri

A mitad del sexenio
(Chiapas y Derechos
Humanos)

49

Por favor enviar **GIRO POSTAL ORDINARIO** a:
Jorge Manzano, Admón. 39. Apdo. 39-129
44171 Guadalajara, Jalisco.

O depositar a la cuenta no: 56-50637614-9
Serfin sucursal La Paz y enviarnos un FAX
-fax (01-33) 3669 34 34 ext. 2975 de la ficha de depósito.

xipe totek

Filosofía y Humanidades, iteso, Guadalajara.



didac

Diseño curricular
e innovaciones metodológicas

Universidad Iberoamericana, A.C.
Dirección de Formación Valoral

Prolongación Paseo de la Reforma 880
Lomas de Santa Fe, Deleg. Álvaro Obregón
México, D.F., C.P. 01210
Tels: 52-67-40-00 Fax: 52-67-43-31 (exts. 4019 o 7600)

ARCHIVO HISTÓRICO



Juan Agustín de Espinoza, sj

¿Sabía usted que, de acuerdo a las estadísticas de popularidad y número de visitas obtenidas por ALEXA, compañía perteneciente a Amazon.com, el Archivo Histórico de la UIA Torreón ocupa el cuarto lugar de popularidad entre los 85 archivos del mundo que cuentan con servicios en línea en lengua castellana? Tan sólo le preceden los Archivos Españoles en Red, el Archivo General de la Nación (México) y el Archivo General de la Universidad de Alicante.

El Archivo Histórico de la Universidad Iberoamericana Torreón cuenta con una página web <http://www.lag.uia.mx/archivo> que le gustará visitar. Sin necesidad de registros ni claves de acceso, ofrece gratis varios servicios en línea, como su revista virtual *El Mensajero*, los siete tomos de la colección Lobo Rampante, 70 mil fichas de catálogo de sus diversos fondos documentales y una galería virtual. ¡Visítelo!



dejamos huella en la educación...

Revista del
Departamento
de Educación
y Valores

24 Sinéctica

Tendencias en
la educación

Separata:
FERNANDO
REIMERS

Suscripciones y ventas:
iteso Periférico Sur
Manuel Gómez Morán 8585
Tlaquepaque, Jalisco, México
Tel: 36693450
E-mail: shirley@iteso.mx

ITESO

Invitación a colaborar

Acequias es una revista interdisciplinaria que aparece cuatro veces al año, paralela a las estaciones: en primavera (marzo), verano (junio), otoño (septiembre) e invierno (diciembre); editada por la Vicerrectoría Educativa y dirigida, sobre todo, a la comunidad que integra la UIA Torreón.

Se llama *Acequias* porque es una palabra con la cual se identifica la atmósfera agrícola de La Laguna, porque remite a la feracidad del agua vertida en el desierto y, además, porque este vocablo sugiere, entre sus grafías interiores, las siglas de la UIA: **acequias**.

Su distribución es gratuita para los alumnos, empleados y profesores de la Universidad.

Si eres alumno o ex alumno de cualquier programa académico, personal académico de tiempo o asignatura, personal administrativo o de servicio, miembro de asociaciones vinculadas con la Universidad o amigo de la UIA, ***Acequias* te invita a colaborar con ensayos, artículos, entrevistas, crónicas, reseñas de libros, textos de creación literaria, dibujos, historietas o caricaturas.** Tomando en cuenta la diversidad de lectores a la que está dirigida la revista, habrás de evitar el lenguaje muy especializado, así como la excesiva acumulación de datos o referencias eruditas. Los textos deberán estar escritos de manera clara, sencilla y bien estructurada. Te sugerimos considerar la fecha de salida del siguiente número al elegir tu tema.

La extensión de las colaboraciones es de dos a cuatro cuartillas a doble espacio: se recomienda que el tamaño de la letra fluctúe entre 12 y 14 puntos. Los colaboradores deberán entregar el original impreso y su versión en disquete (que será devuelto luego de copiar el archivo correspondiente).

Los textos deberán ir acompañados, **en hoja por separado**, de la siguiente información:

- Nombre del autor
- Dirección, teléfono y correo electrónico
- Área de trabajo, estudio o relación con la UIA
- Brevísimas referencias curriculares
- Autorización para agregar dirección electrónica en la ficha de autor

El Comité Editorial, sin conocer el nombre y procedencia del autor, determinará la inclusión de los materiales recibidos dentro de la revista según criterios de calidad, oportunidad, extensión y cupo. Los artículos que así lo requieran, recibirán corrección de estilo.

Los materiales propuestos para su publicación deberán ser entregados o enviados al Centro de Difusión Editorial de la UIA Torreón. También pueden entregarse directamente al editor o mandarse a la dirección electrónica **acequias@lag.uia.mx**

La fecha de cierre del número 30 de *Acequias* será el 1 de noviembre de 2004

FE DE ERRATAS: En el número anterior fue publicado el poema "Yo señor indistinto..." de Daniel Maldonado, cuyo verso final "Esto es mierda" no apareció por un error de edición.